Lucian Boia

LA TRAGEDIA ALEMANA 1914-1945



LUCIAN BOIA

Profesor de Historia en la Universidad de Bucarest, es uno de los más reconocidos historiadores rumanos y europeos. Autor de una original y variada obra, que ha sido traducida al francés, al inglés y al alemán, se ha dedicado a la historia de las ideas y del imaginario, explorando también las mitologías del comunismo, el nacionalismo y la democracia. En español ha publicado Entre el ángel y la bestia: el mito del hombre diferente desde la antigüedad hasta nuestros días (Andrés Bello, 1997) y ¿El fin de Occidente?: hacia el mundo del mañana (Eneida, 2015).

Lucian Boia

La tragedia alemana, 1914-1945

TRADUCCIÓN DEL RUMANO POR JOAQUÍN GARRIGÓS



ESTA OBRA HA SIDO PUBLICADA CON EL APOYO DEL INSTITUTO CULTURAL RUMANO (A TRAVÉS DEL PROGRAMA TPS)



DISEÑO DE CUBIERTA: MARTA RODRÍGUEZ PANIZO

FOTOGRAFÍA DE CUBIERTA: CONCENTRACIÓN DE LAS SS EN EL MÍTIN DE NÚREMBERG, 1936

FUENCARRAL, 70

28004 MADRID

TEL. 91 532 20 77

FAX. 91 532 43 34

WWW.CATARATA.ORG

LA TRAGEDIA ALEMANA, 1914-1945

ISBN: 978-84-9197-424-7

E-ISBN:978-84-9097-434-6

DEPÓSITO LEGAL: M-4.423-2018

IBIC: HBJD/1DFG/HBWN/HBWQ

AL LECTOR

No hay que buscar en las líneas que siguen un estudio erudito ni una síntesis comprensiva. Es un ensayo basado en trabajos e interpretaciones recientes. La hipótesis propuesta por el autor sostiene una tesis según la cual el patinazo nazi no puede imputarse a ninguna "predisposición" alemana, sino que se presenta como resultado de una trágica concatenación de acontecimientos.

INTRODUCCIÓN
SOBRE LA 'EXCEPCIÓN ALEMANA'

Tras el desastre nazi, la historia de Alemania fue sometida a un drástico proceso de revisión. Una revisión en un primer momento predominantemente negativa, con la sombra del nazismo proyectándose sobre la totalidad del pasado de Alemania. Impregnada de autoritarismo y militarismo, nacionalista, racista y expansionista, Alemania tomó un camino que solo podía conducirla a Hitler y a todo lo que siguió. Interpretación unívoca que encontramos al final mismo de la guerra en una exposición de conjunto de la historia germana debida al británico Alan J. P. Taylor y, un decenio y medio más tarde, en la síntesis sobre el Tercer Reich escrita por el norteamericano William L. Shirer[1], un libro convertido en clásico. Los historiadores alemanes conservadores se opusieron a ese proceso de desvalorización: en especial, Gerhard Ritter, quien negó siempre la filiación entre la Alemania de Bismarck, o sea, la guillermina, y el Reich de Hitler[2]. Sin embargo, la culpabilización de Alemania resulta del agrado de una nueva generación de historiadores. "El golpe" historiográfico lo dio a es-te respecto Fritz Fischer, con su famoso libro publicado en 1961 y que trata de los objetivos que impulsaron a Alemania a la Primera Guerra Mundial[3]. Fischer

detallaba los planes expansionistas de Alemania y la consideraba principal responsable del estallido de la conflagración. La culpa de una sola guerra podría recaer en Hitler, pero la de dos era de Alemania, una Alemania que, de un régimen a otro, había perpetuado su naturaleza agresiva. El historiador Heinrich A. Winkler comenta que el libro de Fischer "tuvo el efecto de una liberación: privó de fundamento científico a la versión nacional-alemana tradicional que negaba toda responsabilidad específica por parte del Imperio alemán en la Primera Guerra Mundial. En el XXVI Congreso de Historiadores Alemanes, que tuvo lugar en octubre de 1964 en Berlín Occidental, tras animados debates, la tesis de Fischer se impuso por una gran mayoría"[4]. *¡El efecto de una liberación!* Los alemanes tenían la satisfacción de librarse del propio pasado. Ganaba terreno la imagen de una Alemania Occidental que había roto completamente con el antiguo Estado nacional alemán: era un Estado democrático nuevo, nacido en la *hora cero*, 1945. De ahí la actitud de muchos intelectuales que se opusieron a la idea de reunificación del país. Una Alemania escindida para siempre les parecía tanto un castigo merecido por lo de Auschwitz y por los otros descarríos del pasado como también una garantía contra el peligro del renacimiento del Estado nacional, que tanto daño había hecho a lo largo de su corta existencia. Por desgracia para ellos, la reunificación de 1990 (y todo el comportamiento ulterior de Alemania) invalidó su opción política sin derecho de apelación.

En un primer momento, la perspectiva del renacimiento de una Alemania "entera" provocó una ola de emociones entre los

socios europeos. Margaret Thatcher, todavía primera ministra de Gran Bretaña, se pronunció claramente en contra: "Los vencimos dos veces y ahora ahí los tenemos de nuevo", exclamó rabiosa la Dama de Hierro. La Alemania guillermina, la Alemania nazi y la Alemania democrática de Helmut Kohl seguían siendo Alemania, al fin y al cabo. Tampoco Mitterrand, el presidente de Francia, el aliado más próximo y buen amigo del canciller Kohl, se mostró encantado. Naturalmente, ni hablar de volver a las fronteras de 1937. Pero incluso las fronteras de 1945 —es decir, la mera incorporación de la Alemania Oriental, un país con una población casi cuatro veces menor que la Alemania Occidental—, podían parecer una extensión preocupante. Alemania volvía a ser el país más grande y más potente de Europa. El mismo que había desencadenado dos guerras mundiales. El país que había aspirado a dominar el continente. ¿Y si finalmente ese proyecto tenía éxito no mediante la guerra, sino por medios pacíficos, como consecuencia de su superioridad demográfica y económica? Por entonces, escuché a un profesor universitario italiano (y no era el único que tenía tales inquietudes) abogar por la integración de Rusia en la Unión Europea, es decir, una Europa hasta Vladivostok. Era un argumento de peso: sería la única solución para que Alemania no dominase de nuevo Europa. ¡A Dios gracias existe una Rusia!

Entre tanto, los ánimos se han calmado. Alemania tuvo grandes dificultades para "asimilar" a la Alemania Oriental. Su dinamismo económico cayó de forma considerable; la natalidad es muy baja, la población envejece y el número de habitantes cae

de un año para otro. Dentro de unas décadas, si se mantienen las tendencias actuales, Francia, con una creciente natalidad, conseguirá superar a Alemania. El margen de superioridad demográfica y económica del que todavía dispone está lejos de asegurarle una posición hegemónica en Europa y menos aún en el mundo globalizado de hoy. Si buscamos un candidato a la hegemonía, tendríamos que mirar con más atención a China, en absoluto a Alemania.

Apaciguadas las pasiones en la actualidad, lo que falta es normalizar el pasado, cosa que no es tan sencilla. Se advierte la preocupación de poner fin "a la excepción alemana": una Alemania "distinta" a las otras naciones, motivo de orgullo para los alemanes antes de 1945, motivo de desazón después de 1945. Antes de la reunificación, la democracia fue el gran mito fundador de la Alemania Occidental (y no de cualquier manera, sino incluso formando parte del nombre mismo del país de la menos democrática República Democrática Alemana). No obstante, al volver a ser un Estado nacional, Alemania asume inevitablemente tal pasado. Y es difícil pretender que alguien soporte un pasado predominantemente negativo. La capital del país podría haber seguido estando en Bonn. Pero de forma significativa volvió a Berlín, la antigua capital del Reich (desde 1871 hasta 1945). Si, según aparece en el proyecto, se reconstruye el palacio real e imperial de los Hohenzollern, demolido por el régimen comunista, eso significaría dar otro paso adelante para traer la historia al presente. La construcción de un gran monumento al Holocausto en el corazón de Berlín testimonia que la

recuperación de cierto pasado no entraña el olvido de otro, sino asumir por igual todo lo que fue. Pero reequilibrar la historia resulta una tarea dificultosa: se han añadido demasiados folios al dosier de las múltiples "excepciones" y culpabilidades alemanas. Heinrich A. Winkler, renombrado historiador alemán, publicó una voluminosa y detallada historia política de Alemania en los siglos XIX y XX. Fiel a la línea inaugurada por Fritz Fischer, no encuentra casi nada bueno en su país antes de 1945; en su opinión, la clave de la "excepción" reside en la falta de democracia y la sociedad alemana tendría que recorrer un largo y difícil camino hasta hacer suyos los valores democráticos de tipo occidental[5].

Fuera de Alemania, puede apreciarse la evolución de las interpretaciones comparando el libro de Shirer con la síntesis más reciente sobre el Tercer Reich debida al historiador británico Richard J. Evans (la más documentada y equilibrada)[6]. Se acabó con lo de la "inevitabilidad" del nazismo. No obstante, según Evans, sí queda una "predisposición". No en el sentido de rasgos en verdad "excepcionales". Todas las características "negativas" de la Alemania bismarckiana y guillermina (autoritarismo, expansionismo, nacionalismo, racismo, antisemitismo…) se encuentran, en grados y combinaciones diferentes, también en los otros países europeos. "La excepción alemana" residiría en que solo en Alemania todos esos factores *están presentes al mismo tiempo y con la misma intensidad*.

La revisión más sensible la encontramos en algunos historiadores franceses de la Primera Guerra Mundial que renunciaron

a seguir viendo a Alemania como la gran responsable del conflicto: un "reequilibrio" y una matización de las responsabilidades tanto más significativa por venir de Francia, antaño su principal adversario. Y si se revisa la Primera Guerra Mundial, significa que es menester volver a analizar todo el proceso que, partiendo de allí, condujo a la deriva nazi.

¿Hasta dónde puede llegarse en la normalización de la historia de Alemania? Evidentemente, la excepción nazi permanece. ¿Y el resto? ¿Es la excepción nazi parte de una excepción alemana más amplia? ¿O es una excepción incluso en comparación con el resto de la historia alemana? A este respecto, surgen dos preguntas: ¿qué similitudes o qué diferencias presentaba, en relación con "los otros", la Alemania anterior al nazismo? ¿Y cuál es su parte de responsabilidad en el desencadenamiento de la Primera Guerra Mundial, dado que todo lo que siguió, tanto la deriva totalitaria como la Segunda Guerra Mundial, tienen su punto de partida en ese acontecimiento fundador del siglo XX?

¿FUE ALEMANIA MÁS NACIONALISTA?

Dos modelos se confrontaron en el proceso de constitución de las naciones: pueden denominarse el modelo francés y el modelo alemán[7]. El primero es político y el segundo étnico. Las diferencias entre ambos se explican por la historia. La nación francesa se formó en el interior de un Estado con siglos de antigüedad, muy anterior al fenómeno nacional; un Estado unificado y consolidado sin cesar por una larga serie de reyes cuya obra fue continuada y perfeccionada por la Revolución y los regímenes ulteriores. Se entrelazaron así en un tronco común y, de forma paulatina, se homogeneizaron elementos inicialmente diversos: durante la Revolución, la mayoría de los franceses aún no hablaban francés. Lo que los unió no fue la identidad étnica, sino un proceso político consecuente. Sin embargo, Alemania no existía; entre el imperio medieval y el Estado nacional moderno hay una interrupción de varios siglos. Tan solo existía un espacio físico alemán, muy fragmentado políticamente, pero ligado por la lengua y la cultura.

El proyecto alemán aspiraba a reunir a todos los alemanes, mientras que el francés perseguía (y lo consiguió) transformar en franceses incluso a quienes no eran franceses de origen. Cua-

lesquiera que sean sus diferencias, la nación se define como una gran solidaridad: es la solidaridad suprema. No hay nada por encima de ella, nada la iguala en importancia, todo está subordinado a ella. Por eso, no puede hablarse de nación cuando predominaban otros tipos de solidaridad: de clase, religiosas o regionales, pues estas o bien fragmentaban en sentido social o territorial el espacio de las futuras naciones o bien tendían a soluciones de unidad más allá de las fronteras existentes (como, en el Medievo occidental, la Iglesia, el imperio o la cultura latina). Hasta el siglo XVIII, incluso en vísperas de la afirmación decisiva del fenómeno nacional, se manifiesta un cosmopolitismo de las luces aristocrático e intelectual opuesto, desde muchos aspectos, a la cercana ideología nacional.

Federico el Grande elevó a Prusia al rango de potencia europea y preparó el terreno al poderío alemán posterior; sin embargo, hablaba y escribía en francés y despreciaba la cultura alemana; su amigo Voltaire era un gran francés que, no obstante, no vaciló en felicitar al rey de Prusia cuando derrotó a los franceses en Rossbach. ¡Ni Federico ni Voltaire vivían aún en la era de las naciones! Pero también por aquel entonces Jean-Jacques Rousseau afirmaba en *El contrato social* (1762) que la soberanía pertenecía al pueblo; así pues, a cada miembro de la comunidad en igual medida. Y algo más tarde, Johann Gottfried Herder, en *Ideas para la filosofía de la historia de la humanidad* (1784-1791), veía al mundo compuesto de pueblos, cada uno con su espíritu propio y con su destino en el mundo. El imaginario democrático es el fundamento de la ideología nacional; los pue-

blos asumen su destino (al menos, en sentido simbólico, cuando no de hecho). La Revolución francesa estimuló enormemente esas evoluciones, primero, instituyendo en Francia los nuevos principios políticos y, después, extendiéndolos en Europa como consecuencia de las guerras revolucionarias y las napoleónicas y, también, paradójicamente, por la resistencia de los pueblos al expansionismo francés. La ideología nacional alemana se perfiló en el contexto de lo que llegó a ser una auténtica guerra de liberación contra la dominación francesa.

No hay una "receta" única para hacer una nación. Pero sí es menester un aglutinante potente, sea cual sea. En Francia, los principios revolucionarios y los valores republicanos. En el territorio germánico, la lengua y la cultura (con la particularidad de que la lengua literaria, que parte de la traducción de la Biblia, es la que unificó un espacio lingüístico fragmentado). Teóricamente, el modelo francés puede considerarse como más evolucionado desde el punto de vista político, porque implica una elección libre por parte de los ciudadanos y no una fatalidad "hereditaria". En este sentido se citan las palabras de Ernest Renan: "La nación es el plebiscito de todos los días". Suena bonito, pero eso no sucede en la realidad, naturalmente. ¡Francia no se hizo por un plebiscito! Los únicos territorios que entraron a formar parte de Francia tras una consulta popular fueron Saboya y Niza en 1860 (pero, en cualquier caso, después de que su anexión ya estuviera decidida). Los franceses no aceptaron ningún referéndum ni siquiera para Alsacia y la zona germanófona de Lorena después de la Primera Guerra Mundial, lo que

habría tenido la ventaja de poner punto final a una larga disputa; les pareció más normal volver a hacerse, lisa y llanamente, con las provincias perdidas medio siglo antes, como si fuera un derecho incuestionable.

Quizá el modelo alemán sea más "primitivo", pero es el más extendido. La nación implica algo diferente a la etnia, pero, en la mayoría de los casos, las etnias constituyen el fundamento de las naciones modernas. Y la etnia suele percibirse por la lengua que habla una comunidad. De entre todos los elementos que pueden tomarse en consideración, la *lengua* es, por consiguiente, el aglutinante más común y más seguro. Podremos discutir hasta la saciedad lo que significa ser alemán o ser francés. Pero es difícil de refutar el hecho de que, antes de identificarse mediante otras "señas particulares", el alemán habla alemán y el francés habla francés. Si en Alemania ello fue el punto de partida para perfilar el espacio nacional, en Francia es un resultado al que se llegó por una política activa e insistente de homogeneización cultural. En Francia ya no hay minorías, no hay lenguas ni culturas minoritarias, ni siquiera se han conservado los dialectos franceses. Todos los franceses son franceses, en el sentido político, naturalmente, pero también en el lingüístico y cultural (la dificultad reside ahora en integrar en la misma medida a los emigrantes, cada vez más numerosos y diferentes de lo que antaño fueron los bretones, los provenzales o los alsacianos desde el punto de vista cultural y religioso).

Al fin y a la postre, la mayoría de los europeos se acercaron más al modelo alemán que al francés. La tendencia, bastante ge-

neralizada, fue la de transformar espacios etnoligüísticos en espacios nacionales. Así pues, Alemania está lejos de ser la excepción, ¡sino que esta más bien la ha constituido Francia! Pero Alemania tenía un problema en comparación con el resto de Europa: el espacio nacional alemán, definido por sus rasgos étnicos y lingüísticos, se presentaba como el más extenso y poblado del continente si exceptuamos el ruso. El famoso himno alemán *Deutschland über alles* definía con precisión sus límites:

Von der Maas bis an die Memel,
Von der Etsch bis an den Belt.

Es decir, desde el Mosa, el río paralelo al Rin que se consideraba el límite occidental del territorio alemán, hasta Memel, la última ciudad de la Prusia Oriental, y del Adige, el río que atraviesa el Tirol del Sur, al estrecho de Belt, al este de la provincia de Schleswig, la cual se disputaron Dinamarca y Alemania. Además del territorio que llegó a englobar efectivamente la "pequeña Alemania" creada en 1871, entraban también en este conjunto "ideal" las regiones alemanas del Imperio austriaco (austrohúngaro): la Austria propiamente dicha, el Tirol, los Sudetes… Los mapas etnográficos alemanes anteriores a la Primera Guerra Mundial se "anexionaban" también Holanda, el Flandes belga y Luxemburgo, ya que sus respectivos idiomas se consideran dialectos del alemán (lo cual no es incorrecto desde el punto de vista lingüístico: es difícil decir cuándo un dialecto deja de serlo para convertirse en un idioma autónomo). Al mar-

gen de la pertenencia lingüística, Holanda al menos era desde hacía mucho tiempo una nación independiente, una de las mejor perfiladas del continente. Ciertos ideólogos, como Friedrich List (en la primera mitad del siglo XIX), la veían integrada en una confederación germana, mientras otros más realistas reconocían sus peculiaridades.

La controversia en torno a las germanófonas Alsacia y Lorena ilustró con todo dramatismo la oposición entre los modelos francés y alemán. Desde el punto de vista francés, los alsacianos eran indudablemente franceses, su origen alemán y el dialecto alemán que hablaban no tenían ninguna relación con su pertenencia nacional; sencillamente, habían elegido ser franceses. Por el contrario, con arreglo al modelo alemán, los alsacianos eran alemanes sin discusión, por el simple motivo de que… eran alemanes. Cada uno tenía razón desde su punto de vista y, en esa cuestión, tampoco existe una razón absoluta. Alemania se anexionó Alsacia en 1871 sin que a sus habitantes se les preguntase nada y la sometieron a una política de germanización; pero también Francia se la había anexionado antes, prescindiendo igualmente de la opinión de sus habitantes y procedió, de un modo que conocía a la perfección (de forma más sutil y eficaz que Alemania), a afrancesarla (con idéntico criterio, los mapas etnográficos alemanes extraían también del territorio francés a los bretones, a los vascos y a los corsos; a veces, trazaban una línea más discreta que separaba a los franceses del norte de los del sur).

La frase “desde el Dniéster hasta el Tisa”[8], que define a la Ru-

mania ideal, es el equivalente perfecto de los versos anteriormente citados de *Deutschland über alles*: una Rumania que se extienda hasta los confines del territorio habitado por rumanos (¡por más que en la zona del Tisa los rumanos sean muchos menos que los húngaros!). Con anterioridad a 1918, la Gran Hungría (a la sazón, en el marco de la monarquía austrohúngara) se alineó con el modelo francés, "generoso", pero, sobre todo, asimilador: una sola nación, la nación húngara, que englobaba tanto a los magiares como también a las demás nacionalidades (rumanos, eslovacos, serbios, croatas y germanos). Por su parte, las nacionalidades se oponían a la asimilación conforme al espíritu del modelo alemán, que justificó finalmente la separación de Hungría y la creación o constitución de muchos estados nacionales, según el criterio étnico-lingüístico. Los húngaros se quedaron en una Hungría casi sin minorías e incluso ellos mismos fueron repartidos entre diversos estados (Eslovaquia y Rumania, en especial); pasaron del modelo francés, que, en la práctica, no les sirvió para nada, al alemán para mantener juntos, al menos en el sentido cultural, a todos los que, fuera de Hungría, tenían un origen y un idioma comunes.

Sin embargo, cuando Serbia reúne en torno a sí a una buena parte de los eslavos del sur y da origen a Yugoslavia, o cuando los checos y eslovacos forman un único país, el modelo alemán rebasa incluso el caso de Alemania, pues junta pueblos, cierto que con lenguas muy parecidas, pero que a la postre resultaron demasiado diferentes para poder convivir. Si tenemos en cuenta todos estos ejemplos, no hay nada de "escandaloso", exagerado

o inédito en las aspiraciones nacionales alemanas. Una Gran Alemania tendría menos minorías que la Gran Rumania, por no hablar de la Gran Hungría, y sería una nación más auténtica que Yugoslavia o Checoslovaquia. También los albaneses sueñan con una Gran Albania, los búlgaros quisieron una Gran Bulgaria y los rumanos lograron llevar a cabo la Gran Rumania. Pero la Gran Alemania sería mucho más grande que cualquier Estado europeo que se extendiese hasta los últimos confines étnicos e incomparablemente más potente y, en consecuencia, amenazadora para el equilibrio del continente.

CAPÍTULO 2
¿FUE ALEMANIA MENOS DEMOCRÁTICA?

La respuesta no ofrece dudas: sí. Antes de la Primera Guerra Mundial, Alemania fue menos democrática en comparación con los principales países occidentales, Francia, Gran Bretaña y, al otro lado del océano, Estados Unidos, al igual que con algunos países occidentales más pequeños como Bélgica y Holanda, por ejemplo.

El régimen político alemán instaurado en 1871 se presentaba como un compromiso entre la herencia feudal, incluso absolutista, y los valores modernos liberales y democráticos. El Imperio era una confederación formada por veinticinco estados de dimensiones muy desiguales: cuatro reinos y, el resto, grandes ducados, principados y ducados, así como tres ciudades libres (Alsacia-Lorena, territorio del Imperio, gozaba de un estatuto especial). ¿Alianza de príncipes o verdadero Estado nacional? Una u otra cosa o las dos, según se interprete. Los estados disponían de cierta autonomía, cada uno tenía su soberano, Gobierno y Parlamento. Pero Prusia era "más igual" que todos los otros juntos: sumaba el 60% del territorio y de la población del país. El rey de Prusia era también emperador de Alemania y su primer ministro, canciller del Imperio. La influencia de Prusia

era, así pues, abrumadora… y no en sentido democrático. Venía de una larga tradición militarista y autoritaria. Resistió hasta el final contra el sufragio universal: el Parlamento prusiano era elegido por sufragio universal desigual e indirecto basado en tres niveles de renta, lo que favorecía a la aristocracia terrateniente y a la alta burguesía. Los estados o, más bien, los príncipes enviaban delegados al Consejo Federal (Bundesrat). La democracia, tanta como había, se concentraba en el Reichstag, el Parlamento de toda Alemania, el único elegido por sufragio universal (masculino), igual y directo. Solo que el Gobierno no dependía del Reichstag, ya que al canciller lo nombraba o destituía directamente el emperador. Sin embargo, el Reichstag tenía la prerrogativa de aprobar el presupuesto y, de este modo, ejercía determinado control sobre el Gobierno. Su papel creció constantemente hasta la Primera Guerra Mundial, pero sin dar el paso decisivo para introducir la responsabilidad gubernamental. El emperador disponía de una amplia gama de poderes: el Gobierno dependía de él, al igual que dependían muy especialmente las competencias reservadas, que eran la política exterior y el ejército. Este, a su vez, se presentaba como un cuerpo privilegiado, una especie de Estado dentro del Estado, menos controlado por el factor político. La formación política de Alemania combinaba así elementos absolutistas (el emperador), feudales (los príncipes, la aristocracia terrateniente), militares (en la tradición del militarismo prusiano) y liberal-democráticos (el Reichstag). Curiosa constitución para un país que, en muchos aspectos, se hallaba al frente del progreso europeo.

Curiosa sobre todo vista desde hoy. En la época, el retraso político de Alemania, denunciado por algunos, se veía como una virtud. Lo cierto es que la democracia tiene sus carencias y riesgos, subestimados en el presente y sobrevalorados hace un siglo. Existe el riesgo de una deriva populista y, lo que es más grave, el riesgo de confiscar el poder en nombre del pueblo. La masa es más fácil de manipular que la elite. Los totalitarismos se construyeron sobre un fundamento democrático, por regla general en una primera fase de la democracia (el periodo de entreguerras), en condiciones de un masivo descontento social y, con frecuencia (no es el caso de Alemania, pero sí el de Rusia e incluso de Italia), de precariedad cultural. La miseria y la frustración de las masas, fáciles de atraer a la trampa de las promesas y utopías, se entrelazaron en muchos casos con el miedo de las elites a la democracia, las cuales, sobreestimando sus peligros, prefirieron lo que parecía ser el mal menor de unos regímenes de mano dura (el caso típico es el de Alemania en 1932-1933). En la actualidad, la democracia funciona relativamente bien en el espacio occidental, no solo gracias a su propio mecanismo, sino también, en buena medida, gracias al nivel económico alcanzado y a haberse atenuado las contradicciones sociales, con lo cual la mayor parte de la población ha llegado a pertenecer a la clase media. Resulta difícil decir qué efectos tendría sobre el sistema el retorno (hipotético) a los grandes desequilibrios de los años de entreguerras. El régimen político de la Alemania imperial quería ser una combinación de principios democráticos con principios conservadores e incluso autoritarios,

ya que el resultado (ideal) es el equilibrio y el control recíproco de los diversos poderes. Era un mecanismo extremadamente complejo, pero ese tipo de complicación institucional puede ser un escudo ante posibles derivas. Incluso para una democracia auténtica, el equilibrio de poderes (el poder que se opone al poder) no es menos esencial que el sufragio universal o la responsabilidad gubernamental. Alemania era incontestablemente un Estado de derecho. Se conducía según reglas conservadoras, pero de forma reglada. El poder judicial estaba organizado y era lo bastante autónomo, aunque fuese también de espíritu conservador ("hay jueces en Berlín", son las palabras, probablemente apócrifas pero significativas, con que el molinero agraviado se dirigió a Federico el Grande en una época en la que nadie había oído hablar de democracia). A pesar de algunos abusos (como fue la doble campaña anticatólica y antisocialista de Bismarck), los derechos esenciales estaban garantizados: la libertad de palabra, la libertad de reunión y asociación, la libertad de prensa… ¡Alemania no era muy democrática, pero tampoco antidemocrática!

Cuando se hace responsable al régimen de Bismarck o del káiser de la evolución nazi posterior, se pasa por alto con mucha ligereza que el nazismo no fue un fenómeno conservador, sino revolucionario. Sin duda que tomó ciertos postulados del autoritarismo y personificación del poder presentes en la sociedad alemana, pero eso sucedió en el contexto de la evolución democrática tras la caída del Imperio. Habría sido imposible en tiempos de Bismarck y de Guillermo II. Lo hizo posible no el siste-

ma imperial, sino el derrumbamiento de dicho sistema.

Una particularidad de Alemania, estimulada por su rápido crecimiento industrial, fue la amplitud que obtuvo el movimiento socialista. En vísperas de la Primera Guerra Mundial, el Partido Socialdemócrata Alemán, con sus más de un millón de militantes, era, con mucho, el mayor partido del país y el mayor partido socialista del mundo (en realidad, el mayor partido del mundo, lisa y llanamente). Con una potente organización, en el espíritu de una ideología republicana, anticapitalista y antimilitarista, había conseguido integrar a sus partidarios en todo tipo de asociaciones complementarias, culturales, educativas, deportivas, etc. ¡Era ya otra Alemania! En las elecciones de 1912 fue el partido más representado en el Reichstag: 110 escaños de un total de 397, casi el 28%; en número de votos, el porcentaje fue incluso mayor, el 35%: con otras palabras, uno de cada tres alemanes votaron a los socialistas. De nuevo, un desequilibrio alemán: este partido tan influyente no se adhería al sistema, él mismo se situaba fuera y el sistema a su vez lo rechazaba. Entre los socialdemócratas y las otras fuerzas políticas no se atisbaba una vía de colaboración. Vuelve el problema, nada fácil de resolver, del ascenso posterior del nazismo. La sólida tradición socialista, al igual que, en el lado opuesto, la tradición aristocrática y conservadora, tendrían que haber sido, lógicamente, obstáculos decisivos frente a las tendencias que propulsaron más tarde el nazismo. En 1914, un comentarista político tan solo habría dado unas posibilidades insignificantes a semejante corriente extremista. La discordancia fundamental entre la

izquierda y la derecha, entre los socialdemócratas (y luego también los comunistas), por un lado, y los partidos “burgueses”, por otro, abriría una grieta que los nazis sabrían utilizar, aunque solo en las condiciones especiales que surgieron a raíz de la Primera Guerra Mundial.

El largo camino de Alemania hacia Occidente, con otras palabras, la ardua asimilación del modelo democrático occidental, ofrece a algunos historiadores la clave de los desdichados experimentos de la historia de ese país. Gran Bretaña y Francia, cada cual a su manera, simbolizan las soluciones antagonistas. Sin embargo, durante mucho tiempo, Gran Bretaña se destacó más por el liberalismo y menos por la democracia (prueba de ello es la lentitud con la que se llegó al sufragio universal, todavía incompleto en 1914, o las prerrogativas de la Cámara de los Lores que subsistieron hasta vísperas de la guerra). Y, precisamente, la potente armazón liberal libró a los británicos de deslizarse por vías autoritarias o totalitarias. La democracia europea más avanzada del siglo XIX fue, indudablemente, la francesa. Pero también la más propensa a dar “sorpresas”. La confrontación entre las “dos Francias” (la monárquica y la republicana, la católica y la laica) dio lugar a repetidos terremotos de grandes proporciones. También estaba el argumento de los que oponían el orden alemán al desorden francés. De igual forma, se transmitieron (¡hasta hoy mismo!) a la democracia francesa (con raíces en el absolutismo del Antiguo Régimen) una idea “monárquica” del Estado, la tentación del “unanimismo” republicano por encima de los intereses particulares, la centralización excesiva y el recha-

zo de las minorías étnicas y lingüísticas. En 1848, ningún país había avanzado tanto por la vía de la democracia como Francia. Por vez primera, se pone en práctica el sufragio universal (masculino). La consecuencia inmediata es el régimen autoritario del Segundo Imperio, donde pudo verse, con exageración pero con cierta razón, una anticipación de los sistemas totalitarios del siglo XX; Napoleón III asentó su régimen sobre una base popular, practicando el diálogo democrático directamente con "las masas". Casi un siglo más tarde, una Francia aún más democrática (en la que había tenido lugar el episodio del Frente Popular) dio origen al régimen de Vichy, en las condiciones especiales de la desastrosa derrota de 1940, por supuesto, pero también el nazismo alemán fue una consecuencia exactamente igual de la derrota de 1918 y de sus diversos efectos. Es cierto que este régimen reveló tendencias existentes en la sociedad francesa que no eran en absoluto marginales: la sima entre las dos Francias, la tentación autoritaria que se halla en los franceses en tándem contradictorio con el rechazo a la autoridad (el líder providencial encarnado en la persona de Pétain), el clericalismo en desacuerdo con los valores republicanos laicos, la lealtad indudable a la República de gran parte de los mandos militares, un antisemitismo bastante extendido… ¡La avanzada democracia francesa no parece haber estado más inmunizada contra las derivas antidemocráticas que la imperfecta democracia alemana! Alemania no estaba más "preparada" para el nazismo de lo que lo estuvo Francia para el *vichysmo*. Ambos países se vieron empujados a esa dirección por acontecimientos muy concretos.

CAPÍTULO 3
¿FUE ALEMANIA EXPANSIONISTA?

Lo fue, sin duda alguna… Al igual que lo fueron todos los estados, grandes y pequeños, en la época a la que nos referimos.

Alemania se creó como resultado de una guerra (de una serie de guerras) y hay historiadores que ven, como Fritz Fischer, desde las primeras líneas de su libro, en la forma no democrática de constitución del Reich una especie de pecado original que subyace en todas las evoluciones posteriores. El que la unificación se realizara desde arriba no significa que no llevara implícito un sentido democrático: los alemanes, en su mayoría, la deseaban, tal y como lo hicieron patente ya en 1848, al igual que también deseaban el respeto de las particularidades y autonomías regionales, y así ocurrieron las cosas. Sin la guerra, no habría podido llegarse al final. En primer término, había que sacar a Austria de Alemania, porque con su Imperio, que desbordaba ampliamente el espacio alemán, no podía realizar la unidad a su alrededor, pero tampoco quería retirarse por las buenas del juego. La guerra contra Francia también era inevitable: Prusia tenía que hacerla para forzar la unidad alemana y Francia también para no permitir esa unidad. Fue una lucha por la hegemonía en Europa y es inútil preguntarnos si la responsabilidad

de un país fue mayor o menor que la del otro.

El expansionismo de Prusia es "estructural" ya desde sus inicios. Sin embargo, hasta 1870 la potencia expansionista europea por excelencia fue Francia. Y, por supuesto, Rusia en el otro extremo del continente. El expansionismo alemán se vio obligado a manifestarse en un espacio limitado por el avance de Rusia al oeste y el de Francia al este. Es cierto que, después de 1815, Francia vive más de recuerdos, pero estos aún están vivos y alimentan el deseo de revancha. Se consideraba que la frontera natural de Francia era el Rin, adonde la empujó la Revolución; Napoleón III también tenía puesta la mira en este proyecto "renano" al que finalmente parece renunciar por caer en la cuenta de que es irrealizable. Pero si Francia hubiese salido victoriosa en 1870, la frontera del Rin habría vuelto sin asomo de duda al orden del día. El Segundo Imperio también tenía soluciones alternativas: a falta de Renania, posiblemente Bélgica o, al menos, Luxemburgo. Al final, los alemanes fueron los que se anexionaron Alsacia y una parte de Lorena, pero no tomaron más de lo que habrían tomado los franceses si hubieran derrotado a Prusia. Para Alsacia-Lorena existía al menos una justificación, aceptable o no, de orden étnico-lingüístico e histórico, pero en lo tocante a Renania no existía más que el mero deseo de Francia de extender su territorio hasta el Rin.

Después de 1870 y hasta el final de la Primera Guerra Mundial, Francia no pudo permitirse soñar con ensanchar sus fronteras; su único y discreto pensamiento se dirigía a Alsacia-Lorena, pero la recuperación del territorio perdido parecía proble-

mática. A su vez, Alemania pudo contentarse durante un tiempo con lo que había conseguido: ocupar el lugar de Francia como primera potencia continental. Lo prioritario para Bismarck fue la política de alianzas para no consentir que Francia, que sola era más débil que Alemania, realizase una coalición antigermana. Para el canciller de Hierro era más importante que Alemania tuviese amigos antes que atemorizar a los otros con un gran apetito de poder. La historia le dio la razón: ¿de qué le valió a Alemania ser "la más poderosa", cuando tenía a todos en contra?

Pero aconteció un fenómeno histórico extraordinario: el asombroso crecimiento demográfico de Alemania, sin precedentes en la historia de Europa. El Reich creado en 1871 tenía casi la misma extensión territorial que Francia (540.000 km^2 frente a 536.000 km^2) y una población algo mayor que esta. Sin embargo, de los 39 millones de habitantes en 1871, Alemania llega en 1914 a 67 o 68 millones, mientras que en ese mismo intervalo Francia apenas pasa de 38 millones a 40 y Gran Bretaña, de 35 a 45. La ventaja demográfica de Alemania resulta abrumadora. Con la misma rapidez crece la economía, ya que Alemania supera no solo a Francia, lo que sucede inmediatamente después de la guerra franco-prusiana, sino también a Gran Bretaña (en vísperas de la Primera Guerra Mundial). Conforme a una estimación estadística, en 1870 le correspondía a Alemania el 6,5% del PIB mundial, a Francia también el 6,5% y a Gran Bretaña el 9%; en 1913, Alemania alcanza el 8,7%, mientras Gran Bretaña baja al 8,2% y Francia al 5,3%.

Alemania se convertía así en la primera potencia económica de Europa y la segunda del mundo, tras Estados Unidos (8,8% del PIB mundial en 1870 y el 18,9% en 1913)[9]. La economía alemana descollaba casi en todo, muy especialmente en las tecnologías y ramas nuevas, como la industria química, los productos farmacéuticos, aparatos eléctricos… Francia había sido durante mucho tiempo la mayor potencia territorial de Europa e Inglaterra, la mayor potencia económica. Ahora, Alemania ocupaba la primera posición, desbancando a Francia y a Inglaterra. Y no se trataba solamente de economía y población. A pesar de la brillantez de las letras y las artes en Francia y de la primacía que el francés tenía todavía como lengua de las elites y la diplomacia, puede considerarse que, en muchos aspectos, Alemania se había convertido en la primera potencia cultural del mundo, con toda certeza en la primera potencia científica. La instrucción elemental estaba más extendida en Alemania que en cualquiera de los otros grandes estados. Las universidades alemanas eran las que gozaban de mayor reputación. Alemania también ostentaba el primer puesto en producción de libros, donde rebasaba con mucho el número de títulos publicados en cualquier otro país (también en este apartado, los avances son impresionantes de un año a otro: 10.108 títulos en 1870, 14.941 en 1880, 18.875 en 1890, 24.792 en 1900…)[10]. Pero nada es más significativo que el número de premios Nobel en el campo científico. La siguiente tabla muestra cómo se presentan dichos premios en el periodo 1901-1918 (la cifra entre paréntesis indica el número de laureados en el caso de que algunos premios se

hayan concedido a más de una persona. También Austria, Dinamarca y España recibieron cada uno de ellos un Nobel de Medicina).

TABLA 1
PREMIOS NOBEL DE FÍSICA, QUÍMICA Y MEDICINA DE 1901 A 1918

PAÍS	ALEMANIA	FRANCIA	GRAN BRETAÑA	ESTADOS UNIDOS	HOLANDA	SUECIA	ITALIA	SUIZA	RUSIA
Física	6	2 (4)	4	1	3 (4)	1	1	-	-
Química	7	3 (4)	2	1	1	1	-	1	-
Medicina	4	3	1	-	-	1	1	1	2
Total	17	8 (11)	7	2	4 (5)	3	2	2	2

Fuente: Elaboración propia.

Según esta tabla, la supremacía científica de Alemania aparece en todo su esplendor: ¡tantos premios Nobel como reunieron Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos todos juntos!

Tales éxitos fuera de lo común crearon en Alemania un complejo de superioridad, pero acompañado también de un complejo de frustración y de inseguridad: ¡una mezcla peligrosa! Hacia 1900, se intensifica la sensación de injusticia: el país merecía una posición internacional más elevada, pero chocaba contra posiciones ya ocupadas con menos mérito por los otros. Había que agregar también el miedo, no exento de fundamento, a un cerco, dada la posición de Alemania en el mismísimo centro de Europa. Gran Bretaña era invulnerable por su condición insular; Francia era vulnerable en su frontera oriental y Rusia en la occidental; en cambio, Alemania lo era en todas sus fronteras y, en caso de coalición de los demás, estaría obligada a luchar en dos o más frentes. Alemania era cada vez más podero-

sa, pero también más insegura.

Lo que caracteriza el juego de poderes en la época es el ansia de espacio. Los estados sienten la necesidad de extenderse. Gran Bretaña se había construido el Imperio más extenso del mundo, en realidad, el Imperio más grande que haya existido jamás: 37.500.000 de km^2 en su fase de máxima extensión en el periodo de entreguerras. Francia le sigue con un dominio colonial que alcanza los 11.500.000 km^2. Hasta la pequeña Bélgica acaba por anexionarse el Congo, una colonia ochenta veces más extensa que la metrópoli. Rusia avanza en todas direcciones; Estados Unidos, igualmente, engulle buena parte del territorio mexicano. Y Austria-Hungría avanza un paso más en los Balcanes con la anexión de Bosnia y Herzegovina, sin intuir las complicaciones que de ello resultarían. Los países pequeños, cuando tienen ocasión, no son menos rapaces que los grandes y llegan a reñir entre ellos por una porción más de territorio; el ejemplo clásico son los conflictos de los Balcanes.

En tiempos de Bismarck, Alemania es prudente: menos expansionista si la comparamos con las otras grandes potencias. Se construye un Imperio colonial en la mayor parte de África con lo que había quedado sin ocupar (África alemana del este, África alemana del suroeste, Togo, Camerún), de dimensiones relativamente modestas comparando con las de los demás: unos tres millones de km^2. Luego interviene la "presión". La "objetiva", por el crecimiento considerable de la población y la economía alemanas, y la presión mental por tener el convencimiento de que a Alemania le corresponde más. Sin embargo, el resulta-

do, lejos de acomodarse a la reputación alemana de orden, es un movimiento absolutamente desordenado, con objetivos ambiciosos, pero muy generales, insuficientemente jerarquizados y con tácticas contradictorias e, incluso, caóticas. Alemania quiere algo, quiere cada vez más, pero no sabe muy bien lo que quiere. Lejos de la seguridad de la que alardea, lo que reina es la inseguridad. En su famoso libro, Fritz Fischer reunió todo lo que pasó por la cabeza de los alemanes en materia de expansión, dando la impresión de que nos hallábamos ante un proyecto coherente y minuciosamente puesto a punto. En realidad, la política alemana posterior a Bismarck está mal coordinada y peca precisamente por la falta de sistema y de objetivos claros.

Llegada con retraso al grupo de los grandes, Alemania hace ejercicios de imitación. Primero, se apodera del modelo francés de hegemonía continental. El propio Bismarck empuja a los franceses a buscarse la vida en las colonias para que Alemania pueda moverse a sus anchas en Europa. Después, ya con Guillermo II, se manifiesta la fascinación del modelo británico: la expansión mundial, las colonias, los mares, la flota, etc.

Las posibles direcciones de expansión eran múltiples y confusas. En primer lugar, Alemania no se había completado ni siquiera como Estado nacional. Un gran número de alemanes vivía en Austria-Hungría (según datos de 1900, más de nueve millones en Austria y más de dos millones en Hungría: más de un tercio de la población de Austria y más o menos el 11% de los habitantes de Hungría). En caso de desmembración de la monarquía de los Habsburgo, los territorios densamente germani-

zados de Austria se unirían, como es natural, con Alemania (al menos, en el sentido de la concepción alemana de nación). En cualquier caso, las relaciones con Austria-Hungría solamente podían ser especiales; este país encarnaba la germanidad en su marcha "civilizadora" hacia el este. Juntas, Alemania y Austria-Hungría constituían un gran bloque en la Europa central, poblado por alemanes, en su mayor parte, y el resto eran diversos pueblos (eslavos, húngaros y rumanos) que ya llevaban una impronta cultural alemana. "Soldar" las dos monarquías en un bloque único encontraría su expresión más elaborada en el libro de Friedrich Naumann *Mitteleuropa*, publicado en 1915. En un sentido más amplio, una Europa central que se encontrase bajo la influencia alemana podría englobar también a países ubicados fuera de las fronteras de Austria-Hungría: Rumania, los Balcanes y, posiblemente, liberados del yugo ruso, Polonia y los países bálticos. En la mitad oriental de Europa había numerosas "islas" de población alemana, resultado de ciertas olas sucesivas de colonización desde la Edad Media hasta el siglo XIX: en Hungría, Transilvania y el Banato, en Galitzia y Bucovina, en Rusia desde las regiones bálticas hasta el Volga, vivían varios millones de alemanes étnicos con los que Alemania podría contar en un proyecto de expansión al este. Por otro lado, la ideología del Estado nación se combinaba en el imaginario político alemán con la nostalgia del Imperio, un símbolo que iba más allá de la simple unificación de los territorios germánicos. Alemania se presentaba como la nación imperial por excelencia, la que ostentó el Imperio en la Edad Media y a la que seguía co-

rrespondiéndole una misión hegemónica. En cierto modo, era el homólogo occidental de Rusia, la cual también se considera-ba investida de una misión imperial ("la tercera Roma").

Respecto a los proyectos de expansión más allá de las fronteras europeas, los motivos de satisfacción se combinaron todo el tiempo con las frustraciones y el sentimiento de una injusta inferioridad. Alemania tenía un Imperio colonial del que no sacaba demasiado provecho. Con él o sin él, su peso económico habría sido más o menos el mismo. En 1913, el 37,2% de las exportaciones de Gran Bretaña iban a su Imperio colonial, de donde provenía el 24,9% de las importaciones; Francia, en relación con su propio Imperio, exportaba el 13% e importaba el 9,4%[11]. Las colonias alemanas apenas si aparecen en las estadísticas comerciales con unas décimas de porcentaje. ¡Se diría que Alemania ni siquiera merecía tenerlas! No había conseguido colonizar ningún territorio que le perteneciera, a pesar de una emigración muy importante en el curso de la segunda mitad del siglo XIX (emigración predominantemente rural que fue decayendo con el proceso de industrialización; de una cifra de cien mil, a veces incluso doscientos mil, emigrantes anuales entre los años 1880-1890, se pasó a otra en torno a los treinta mil después de 1895). La gran mayoría de los emigrantes alemanes se dirigió a Estados Unidos (entre seis y siete millones desde 1820 hasta el inicio del siglo XX)[12]. Decenas de millones de norteamericanos tienen "sangre alemana". Los alemanes, no obstante, se asimilaron rápidamente y se "perdieron" para la "madre patria". Su proporción en la amalgama norteamericana no deter-

minó ninguna inclinación sensible hacia Alemania, falta de apego que pudo observarse con ocasión de las dos guerras mundiales.

A gran distancia de Estados Unidos, el segundo destino significativo (en realidad, el último) de los emigrantes alemanes fue Brasil; en el sur de ese país, una comunidad alemana que a principios del siglo XX se estimaba en unas 350.000 personas consiguió mantener su identidad, aunque estaba inmersa en una población no germánica mucho más numerosa. Pero también estos, al final, se perdieron para Alemania. En total, tantos millones de alemanes que, teóricamente hablando, habrían podido formar (pero ¿dónde?) una "nueva Alemania".

Alemania lo intenta en todas partes. Afirma su presencia en China, donde el capital alemán llega a situarse en tercer lugar después del británico y el ruso (el 20,9% del total de capital extranjero en 1902). Recibe la concesión del puerto de Qingdao. En 1900, la revuelta de los bóxers es derrotada por una coalición internacional al mando del general alemán Waldersee: motivo de orgullo, sobre todo para el exuberante Guillermo II. Es la época en que en el imaginario occidental se afirma la cuestión del "peligro amarillo" y el káiser descubre que su misión histórica es ponerse al frente de la civilización europea para desalentar a los "nuevos hunos".

Sin embargo, un territorio más cercano es el Imperio otomano, con el cual se multiplican las formas de cooperación tanto en el plano económico (la concesión del ferrocarril Constantinopla-Bagdad, que tuvo lugar en 1903) como en el político y

militar (la misión alemana enviada en 1909 para reorganizar el ejército turco). También hubo esbozos de colonización en Anatolia, Palestina, Siria y Mesopotamia que resultaron completamente ilusorios. Las ventajas de atraer al Imperio otomano a la órbita alemana estaban por ver, pero, mientras, la penetración de Alemania en la región tuvo el efecto de intranquilizar tanto a los rusos como a los británicos.

Alemania consigue parecer más agresiva de lo que en realidad era. Desde luego, persigue ventajas reales de poder. Sin embargo, también quería que la tomasen en consideración, siempre con la sensación de que su nueva estatura mundial no era lo bastante reconocida. El problema real radicaba en la dificultad de hacer la distinción entre la fanfarronada y la amenaza real. El especialista en la materia resulta ser, sin contrincante alguno, el propio Guillermo II. Personaje teatral y exaltado, expresa con desmedida el deseo de su nación de ganarse el respeto de los demás.

Las dos crisis marroquíes ilustran muy bien la distancia entre el teatro y la realidad política. Para no dejar que Francia hiciese lo que le diera la gana en Marruecos (y, además, para poner a prueba la solidaridad de la entente franco-británica), Alemania da dos golpes espectaculares, pero más bien vacíos de contenido. En 1905, Guillermo II desembarca de manera intempestiva en Tánger, en esta ocasión ni siquiera por propia iniciativa ("*une fois n'est pas coutume!*"), sino presionado por el canciller Von Büllow. En 1911, un barco de guerra alemán penetra en la rada del puerto de Agadir. En ambas ocasiones, Alemania se ve

aislada. Después de la primera crisis no recibe nada, es un desenlace humillante. Tras la segunda, le reconoce a Francia el derecho a ejercer el protectorado en Marruecos, recibiendo a cambio una franja de tierra, sin gran valor, en la frontera del Camerún. Está claro que la que salía ganando era Francia. Actos evidentemente faltos de inspiración y peligrosos para la paz del mundo. Sin embargo, es curioso que la culpa se le achaque a Alemania y no a Francia. No fue Alemania, sino Francia, la que había iniciado la expansión en Marruecos, expansión a la que hoy llamaríamos agresión. ¿Tenía Francia más derechos allí que Alemania? En la actualidad, la respuesta sería tajante: ni Alemania ni Francia tenían ningún derecho. En 1900, la respuesta era al revés: todos los europeos tenían derechos sobre los "no europeos", derechos "iguales"; si se habían repartido China, ¿por qué no Marruecos?

La falta de inspiración de la política alemana aparece con claridad en su apuesta naval. Una gran flota de guerra es lo que desea Guillermo II y lo que el almirante Tirpitz consigue llevar a efecto en pocos años. Una gran flota de guerra, ¿para qué? No podía ser tan grande que superase a la flota británica y pusiese en peligro al archipiélago británico. Pero sí estaba en condiciones de indisponer a los británicos e incluso de arrojarlos al campo contrario a Alemania. La pregunta es si, en esas circunstancias, valía de verdad la pena hacer esa jugada. Por otro lado, los propios responsables del proyecto no tenían claro para qué servía. Para el emperador, lo esencial era la presencia de Alemania en el mundo y la protección de sus vías comerciales. A Tirpitz,

lo que le interesaba era el equilibrio naval en el mar del Norte. No está claro con qué finalidad. Por otro lado, eso se comprobó. En 1916, los alemanes ganaron la batalla naval de Jutlandia, en el mar del Norte, la batalla de Skagerrak según la terminología alemana, la única gran confrontación en el mar durante la Primera Guerra Mundial. Tras esa batalla, las naves alemanas se retiraron a los puertos y allí se quedaron.

La igualdad naval en el mar del Norte solo sirvió como símbolo de una batalla ganada y casi olvidada entre los detalles de una guerra perdida. No obstante, la gran paradoja es que Guillermo II deseaba la amistad de Inglaterra (¡al igual que deseaba la de Rusia!). La flota era para él un medio de elevarse a los ojos de ese pueblo al que detestaba y amaba al mismo tiempo (al fin y al cabo, era nieto de la reina Victoria). Antes de que Gran Bretaña entrase en la guerra, ni él ni los principales responsables políticos alemanes creyeron que los ingleses darían el paso decisivo. Aunque los habían provocado sin cesar. En buena parte, había sido una cuestión de orgullo. El error de los ingleses fue haberlo tomado en serio. *Realpolitik* es una palabra alemana, pero los alemanes dieron la impresión de haberla olvidado.

Con sus tendencias de afirmación manifestadas en todas direcciones y que, evidentemente, no podían tener éxito (y que, en buena parte, no eran sino manifestaciones de orgullo), Alemania acabó por indisponerse casi con todo el mundo. Podemos preguntarnos si, en el caso de haber demostrado más prudencia, las cosas hubiesen sido distintas. No es nada seguro. Rusia perseguía, incluso con más firmeza y de forma más conse-

cuente que Alemania, un plan de expansión en la Europa central y en los Balcanes hasta Constantinopla. En este sentido, apostaba por la solidaridad eslava, ya que los pueblos eslavos (incluso los de otra religión y otra cultura) eran mayoritarios en la monarquía austrohúngara, mientras que en los Balcanes, junto a la idea eslava, manifestaban su solidaridad cristiano-ortodoxa ante el Imperio otomano. Rusia era, como mínimo, tan expansionista como Alemania, probablemente más aún. El apoyo que Alemania, como es lógico, daba al Imperio austrohúngaro (el otro gran Estado germánico) la enfrentó a Rusia tanto en Europa central (ocupada en gran medida por la monarquía austrohúngara) como en los Balcanes, donde los austrohúngaros, que se habían anexionado Bosnia y Herzegovina, tenían posiciones e intereses que defender; la infiltración de Alemania en el Imperio otomano, el enemigo secular de Rusia y vía de acceso al Asia central, donde Rusia tenía sus propios intereses, no hizo más que agudizar la discordia. Gran Bretaña, a su vez, tenía un problema sencillo pero esencial: el equilibrio europeo. Antaño, este se había desequilibrado a favor de Francia, de ahí la larga política antifrancesa de los británicos. Ahora, el Estado más poderoso era Alemania: la opción británica no era difícil de adivinar (¡quizá solamente para los políticos alemanes!), tanto más porque había que añadir las inquietudes provocadas por el rearme naval.

Alemania no fue más agresiva que los demás; sin embargo, tuvo (y pagó por ello) una política peor que las de los otros países.

Los alemanes también eran racistas… como casi todos los europeos, los occidentales de manera especial y los nórdicos en primer lugar. En el siglo XIX, la idea considerada "correcta" (y que se prolongó de forma notable en el siglo siguiente) no era ni de lejos la igualdad entre las razas, sino, al contrario, la desigualdad racial. Un discurso "igualitario" podría parecer, como mucho, una curiosa paradoja. La jerarquía estaba bien establecida: los blancos arriba, los amarillos en medio y los negros abajo (durante mucho tiempo, se consideró a la raza negra como una especie intermedia entre el hombre blanco y el mono). Las clasificaciones raciales se depuran a lo largo del siglo, pues las razas principales se fragmentan en todo tipo de razas secundarias, inclusive en la "blanca" Europa.

La excelencia biológica e intelectual tiende a migrar hacia el norte. Las teorías raciales no hacen sino seguir la marcha de la historia. Las primeras civilizaciones son meridionales y orientales. Luego ocurrió un desplazamiento al oeste, del Mediterráneo oriental (Egipto, Siria y Grecia) al occidental (Italia). Y finalmente, bastante tarde, desde el siglo XVII, el norte, o más exactamente el noroeste de Europa, se situó en la vanguardia de la

civilización, seguido por el norte americano. ¿Quién se habría atrevido a proclamar en tiempos de César o de Leonardo da Vinci que los germánicos eran "superiores" a los italianos? Pero en el siglo XIX, las relaciones habían dado la vuelta por completo en detrimento del sur.

No obstante, los niveles del discurso racial son diferentes[13]. Existe una antropología científica, hecha por profesionales, y otra vulgarizadora sensiblemente más ideologizada y, a menudo, con más éxito de público. Los antropólogos alemanes de renombre, durante el periodo de Bismarck y Guillermo II, se destacaban en general por la moderación y el sentido de los matices. De orientación predominantemente liberal, se oponen al culto a la raza germánica "pura", así como tampoco aceptan el antisemitismo. En este sentido, es característica la polémica surgida entre Rudolf Virchow y el antropólogo francés Jean Louis de Quatrefages. Este último denunciaba la unificación alemana como "un error antropológico", ya que la "raza prusiana", corrompida por los elementos eslavos y fineses, difería de la "auténtica raza alemana". Virchow le advierte que la nación no tiene nada que ver con el perfil racial de la población. ¡El francés es el que juzga en términos raciales, mientras que el alemán resulta estar más cerca que aquel de la concepción "francesa" de la nación! Los nombres de primera fila de la antropología alemana ponen en entredicho el concepto mismo de raza; Felix von Luschan combatía en su libro *Volker, Rassen, Sprachen*, publicado en 1922, "la división de la humanidad en grupos artificiales por el color de la piel, la longitud o la anchura del cráneo, el tipo de

pelo, etc.”. Antes que en otras escuelas antropológicas, se afirma en Alemania “la genética de poblaciones” que ve en las razas una “mezcla dinámica” y no una configuración homogénea y fija: un paso hacia la posible superación de las clasificaciones raciales. En comparación, los franceses aparecen como más tradicionales. Joseph Deniker, en un libro ya clásico, *Les races et peuples de la terre*, publicado en 1900, propone la división de la población europea en diez grupos raciales diferentes (seis razas y cuatro subrazas). En 1924, uno de los libros introductorios de la gran colección de historia del mundo, *L'Evolution de l'humanité*, dirigida por Henri Berr, trata de “razas e historia”; el autor, Eugène Pittard, profesor de la Universidad de Ginebra, acepta en su totalidad el sistema de Deniker y describe las razas estrictamente desde el punto de vista de sus rasgos físicos (precisando, a fuer de verdad, que los pueblos no son homogéneos racialmente). Hasta después de la Primera Guerra Mundial, los antropólogos alemanes no parecen ser más racistas que sus colegas de otros países; en su conjunto, quizá sean, por escrúpulos profesionales, incluso menos racistas.

Es verdad que la mayoría de ellos se adhirieron a la política racial de Hitler, incluso los adeptos, al principio sensiblemente más moderados, a la “genética de poblaciones”. Lo cierto es que, después de la Primera Guerra Mundial, las inquietudes raciales se acentuaron en la antropología alemana; una manifestación más, ya se ve, de las frustraciones de una nación vencida que buscaba compensar la humillación afirmando con orgullo las cualidades de la “raza”. Una influencia notable tuvo, en un

público más amplio, el libro de Hans F. K. Günther sobre la etnología del pueblo alemán: *Rassenkunde des Deutschen Volkes*, aparecido en 1922 y reeditado en numerosas ocasiones. Pero ni siquiera durante el régimen de Hitler los antropólogos, adheridos al régimen, hablaban todos la misma lengua; permanecía neta la distinción entre quienes, como Günther (más aficionado que especialista), veían en las razas realidades perfectamente delimitadas y fijas y otros que, por el contrario, destacaban su carácter heterogéneo y evolutivo (sin embargo, también semejante concepto, en principio mejor fundamentado científicamente, tenía su sitio en el proyecto nazi de mejoramiento de la raza: ¡había que mejorarla precisamente porque no era perfecta!).

Los primeros en hacer alharacas en torno a la superioridad de un grupo racial bien definido, incluso dentro de la población blanca, fueron autores no profesionales y ni siquiera alemanes. En primer término, el francés Arthur de Gobineau, con su *Essai sur l'inégalité des races humaines* (1853-1855), según el cual la raza superior era la de los arios o indoeuropeos, originarios, en su criterio, de las mesetas del Asia central. Ellos serían los creadores de todas las grandes civilizaciones; por desgracia, al mezclarse con los no arios, perdieron toda la pureza original y ese proceso nefasto anunciaba el declive general de la humanidad. Pero la influencia de Gobineau en Alemania fue limitada; el libro no se tradujo al alemán hasta 1898. El segundo nombre de referencia, Houston Stewart Chamberlain, da el paso decisivo hacia Alemania en su libro *Los fundamentos del siglo XIX*, publicado en 1900; para este británico medio germanizado (se había

casado con una de las hijas de Wagner), los alemanes son la nación noble por excelencia, ¡la antítesis de los judíos! Ningún antropólogo profesional alemán se permitía a la sazón una interpretación tan radical. La superioridad del norte era, empero, una idea que flotaba en el ambiente. Friedrich Ratzel, el creador de la antropogeografía, veía en el clima el principal factor moderador de la biología humana y concluía afirmando que todo cuanto hay en el norte está más logrado que lo que hay bajo el sol del sur. Surgían coincidencias curiosas incluso en el seno de las naciones constituidas: los franceses, los italianos, los alemanes o los estadounidenses septentrionales serían superiores a sus compatriotas del sur. Superiores a las naciones meridionales, ¡los alemanes no eran todos ellos superiores en la misma medida! El arqueólogo Gustaf Kossinna figura entre los que llevan hasta el final la teoría nórdica al indicar que el lugar de origen de los arios o indoeuropeos, a los que él llama indogermánicos, es el espacio septentrional europeo, más exactamente, Escandinavia. Allí se conservó en mayor medida la pureza originaria de una raza de excepción, nacida bajo un clima duro, garantía de una selección natural rigurosa. Es evidente que no todos los germanos eran nórdicos. Según Günther, únicamente entre el 45% y el 50% de ellos pertenecían a esa raza y tan solo entre el 6% y el 8% eran nórdicos puros[14]. Como puede verse, si los germanos estaban mejor que otros pueblos europeos (salvo los escandinavos), tampoco ellos estaban tan bien, situación que hacía necesaria la “higiene racial”.

Una obsesión recorre el mundo occidental en la segunda par-

te del siglo XIX y en los comienzos del siguiente: el peligro de la degeneración de la "raza", de la blanca, ya se entiende. Se multiplicarían mucho los desechos humanos portadores de una herencia cargada y marcada con el sello de la miseria, las enfermedades y el alcoholismo. Una nueva ciencia se propone responder a ese reto: la eugenesia. Tampoco es esta una creación alemana. Sus fundamentos proceden del británico Francis Galton, cuya obra principal, *Natural Inheritance*, aparece en 1889. El autor la definía como "la ciencia que mejora el patrimonio hereditario". El punto central de su doctrina residía en identificar las soluciones adecuadas para dirigir el proceso de reproducción incentivando, por una parte, las uniones beneficiosas y prohibiendo, por otra, traer al mundo a seres con taras físicas o mentales. La eugenesia en sí misma no era racista, proponía una higiene social no necesariamente racial. Pero en realidad podía deslizarse con facilidad hasta el racismo en la medida en que la superioridad o la inferioridad biológica se decidía atendiendo a características raciales. Después de 1900 aparecen sociedades eugenésicas en más países. En Berlín, ya en 1905, se funda la Sociedad de Higiene Racial a iniciativa de Alfred Ploetz. El término "racial" parece hoy una elección desafortunada, porque entretanto ha adquirido una connotación absolutamente desfavorable. En el contexto dado, el sentido no era el de discriminación racial en el seno de la comunidad alemana, exceptuando, claro está, la distinción entre los blancos y las razas "de color", considerada muy normal en todos los países occidentales. Entre los eugenésicos hay partidarios de la raza nórdica y, desde luego,

también antisemitas, pero con manifestaciones relativamente discretas. Mas hay también numerosos judíos y la mayor parte de los artículos sobre el problema judío publicados por la revista editada por la Sociedad están escritos por autores judíos. La mayoría de los participantes en el movimiento eugenésico se opusieron, antes de la llegada de Hitler al poder, al antisemitismo racial y al racismo nórdico en sus investigaciones y proyectos.

El interés por la eugenesia es todavía mayor en Inglaterra que en Alemania. Fundada unos años más tarde, en 1908, la Sociedad de Educación Eugenésica de Londres contaba en 1914 con 1047 socios frente a los 425 (en 1913) de la sociedad similar de Alemania. En 1913 se sientan las bases de la Sociedad Francesa de Eugenesia. Por otra parte, varios autores franceses expresaban puntos de vista más radicales que los que podíamos encontrar entre los eugenésicos de Alemania. Entre estos, hay dos eruditos célebres, ambos galardonados con el Nobel de Medicina. Charles Richet publicó en 1919 un libro sobre la "selección humana" (*La sélection humaine*), en el cual preconizaba "la regeneración de las naciones y de los hombres" con vistas a la creación "de una raza humana admirable"; entre los métodos recomendados, figuraba "impedir la mezcla de las razas humanas superiores con las inferiores", así como eliminar a las personas "anormales". Y el doctor Alexis Carrel abogaba en su libro *La incógnita del hombre*, publicado en 1936 y que se convirtió en un éxito internacional de ventas, por la aplicación de los principios eugenésicos mediante la supresión de los "desechos" huma-

nos; ¡un medio recomendado eran las cámaras de gas (solo unos cuantos años antes de que la Alemania nazi utilizara esta técnica)!

Respecto a la puesta en práctica de los principios eugenésicos, eso dependía, como es natural, de la receptividad pública y de la implicación de las instituciones del Estado. La Alemania nazi alcanzó el límite extremo. Pero la comparación conviene hacerla entre tipos de sociedad similares, con otras palabras, entre países con un régimen de democracia liberal y la Alemania anterior al nazismo. Y, una vez más, la conclusión es que en Alemania no es donde se encuentra el mal mayor. Hacia el final de la República de Weimar se debatió una ley, que no tuvo tiempo de entrar en vigor, sobre la esterilización "voluntaria"; hubo casos, no muchos, de aplicación efectiva de este procedimiento. Pero en Estados Unidos, las leyes permitieron la esterilización entre 1907 y 1960 de cerca de sesenta mil enajenados, deficientes mentales, criminales "hereditarios" y otras categorías semejantes. Y Suecia, tenida por una de las campeonas de la democracia, marchó por la misma senda, y eso hasta una fecha reciente; en 1986 se supo con estupor que en ese país fueron esterilizadas contra su voluntad, entre 1941 y 1975, no menos de trece mil personas para asegurar la "higiene social". Semejantes registros "democráticos" Alemania solo pudo superarlos con la llegada de Hitler al poder. En julio de 1933, se adoptó la ley que preveía la esterilización obligatoria de las personas afectadas por todo tipo de deficiencias y en octubre de 1939, poco después del estallido de la guerra, Hitler dio una orden (que se

mantuvo en secreto) en virtud de la cual se hizo oficial la eutanasia.

Como se ve, los prejuicios raciales y las estrategias discriminatorias (con o sin la motivación racial) están muy divididos; es difícil establecer a este respecto la "cuota" de Alemania en relación con otras naciones: muy alta durante los años del nazismo, no parece haber sido más pronunciada que la de otros hasta la deriva provocada por las consecuencias de la Primera Guerra Mundial e incluso hasta la llegada de Hitler al poder. Sin embargo, no cabe ignorar (tanto más porque se sabe lo que siguió) la existencia de unos factores potenciales que lo favorecían, empezando por el propio concepto alemán de nación, vista como una comunidad "hereditaria". La corriente *völkisch* (de *volk*, "pueblo"), bastante extendida, hacía hincapié en la particularidad étnica y cultural; de ahí, podía deslizarse hacia el concepto de una particularidad racial. Es más, se ofrecía a los alemanes, incluso por algunos no alemanes, una posición puntera en la jerarquía de las razas por su condición de "nórdicos", ¡aunque solamente lo fueran a medias! Después, con independencia de las teorías, se abría paso un sentimiento de superioridad frente a los pueblos latinos "en declive" y, más perceptible todavía, frente a los eslavos. El hecho de que Alemania lindara al este con la Europa eslava, la mitad menos desarrollada del continente, cuyo retraso histórico impelía, según la lógica de la época, a juicios de tipo racial, solo podía alentar en los alemanes la buena impresión sobre sí mismos. Los alemanes pudieron parecer más inclinados al racismo también porque el suyo se ejercía princi-

palmente sobre otros miembros de la familia europea, mientras que el de los británicos y los franceses tenía un amplio terreno de cultivo en sus imperios coloniales y el racismo de los norteamericanos se aplicaba, en primer lugar, a la propia población de color. El racismo era menos aceptable entre blancos, mientras que parecía en cierto modo natural en las relaciones con "los otros".

No es nada seguro que en una comparación entre Alemania, aparentemente "predispuesta" al racismo y al nazismo, y Estados Unidos, el gran modelo de la democracia, la balanza se inclinara a favor de estos últimos en lo tocante al enfoque de los problemas raciales. Exceptuando, naturalmente, el periodo nazi, los Estados Unidos aparecen más marcados que Alemania por teorías y prácticas racistas. La discriminación *legal* de los negros en los estados del Sur se prolongó durante un siglo después de la abolición de la esclavitud, hasta la década de los sesenta. En general, las jerarquías raciales estuvieron fuertemente enraizadas en la mentalidad norteamericana, pues la posición dominante la ocupaban, casi hasta ayer mismo, los anglosajones protestantes y otros germánicos, la "elite nórdica", como si dijéramos. Ellen C. Semple, la admiradora norteamericana de Ratzel, asumió las teorías de este en su libro *Influences of Geographic Environment*, 1911, presentando un cuadro de grandes contrastes entre los nórdicos, dotados de todas las cualidades, y los meridionales de la cuenca mediterránea, que lo único que tenían eran defectos, los cuales estaban aún más acentuados en los negros de la zona ecuatorial. Una obra influyente fue *The*

Passing of the Great Race (1916), de Madison Grant; una vez más, los "rubios del norte", más fuertes, más inteligentes y más virtuosos que los otros miembros de la especie humana. Una idea fija de los norteamericanos resultó ser (y todavía lo es) el cálculo "científico" del coeficiente de inteligencia, el famoso I. Q. Un informe redactado en 1921 situaba a los inmigrantes originarios de los países del norte, Inglaterra, Holanda, Alemania, etc., muy por encima de la media. Al final de la lista, los que tenían el nivel de inteligencia más bajo eran los inmigrantes provenientes de Rusia y Polonia (eslavos, judíos), así como los italianos. Como es natural, los negros estaban en una posición aún peor, aunque la distancia entre ellos y los italianos era algo menor que entre estos y los británicos[15]. Estas conclusiones sirvieron de base a la ley de inmigración de 1921, destinada a favorecer la inmigración "nórdica" (cuyo peso específico, en consecuencia, habría de crecer desde el 20%, en vísperas de la Primera Guerra Mundial, hasta el 80%).

Pueden decirse muchas cosas en favor de Estados Unidos y en detrimento de Alemania, pero sería exagerado e injusto ver a los alemanes más inclinados al racismo de cuanto lo fueron los norteamericanos. Es un capítulo en el que difícilmente se puede superar a Estados Unidos.

CAPÍTULO 5
UNA ALEMANIA 'MENOS' ANTISEMITA

De todos los pecados de Alemania, el antisemitismo ha sido el que más se ha puesto de relieve; eso es fácil de entender, dados los horribles excesos antisemitas del régimen nazi. Percepción explicable, pero no del todo correcta: en el imaginario de nuestros días, la Alemania prenazi ha llegado a parecer más antisemita de lo que en realidad fue.

Es evidente que existió un antisemitismo alemán dentro del contexto más amplio del antisemitismo europeo. Tradicionalmente, la motivación predominante fue religiosa; para los cristianos, los judíos eran culpables de haber matado al Redentor. Su fe diferente, aunque no tanto, que representaba el tronco del que se desgajó en un momento dado el cristianismo, marcaba con más fuerza la diferencia de los que pudieron pero no quisieron ser cristianos y los mostraba como exponentes típicos de la alteridad en el mundo profundamente religioso de la Edad Media y de los comienzos de la Edad Moderna. En una fase ulterior, la alteridad religiosa se enriqueció o incluso llegó a sustituirse por nuevos motivos de hostilidad. Los judíos aparecieron como los exponentes más visibles del capitalismo financiero. Y, al revés, a la par que el movimiento socialista y comunista, co-

mo animadores de una ideología revolucionaria que se proponía destruir la sociedad capitalista. Con otras palabras, cada orientación podía encontrar un adversario en el judío, lo cual explica la dimensión de las actitudes antisemitas. Las interpretaciones raciales aportaron una "justificación" más: desde el punto de vista biológico y mental, los judíos aparecían como una especie humana distinta en relación con las comunidades en cuyo seno vivían: ¡Aun renunciando a su religión, seguían siendo judíos!

Hay que insistir en que el fenómeno era general en Europa. El problema no es constatar el antisemitismo en Alemania, eso es fácil. El problema es aproximar, de un país a otro, el peso y la intensidad de las manifestaciones antisemitas. Pues bien, a este respecto, la Alemania anterior al nazismo estuvo lejos de ocupar el primer puesto. Al parecer, los historiadores están empezando a darse cuenta de esta realidad, aunque las revisiones que se han propuesto no están faltas de contradicciones. Todavía hay un desfase entre la "obligación" que parecen asumir de detallar los precedentes antisemitas del nazismo y la situación efectiva en la calle, que no parece tan grave. Así, Richard J. Evans pasa revista a todo tipo de publicaciones y actitudes antisemitas, empezando por el panfleto de Wilhem Marr de 1873 titulado *La victoria del judaísmo frente al germanismo* y sin olvidar, naturalmente, la hostilidad de Richard Wagner hacia los compositores judíos y hacia los judíos en general. Los prejuicios antisemitas, subraya este autor, "eran también muy fuertes en las clases superiores de la sociedad, en la magistratura, en la función pública,

en el ejército y en la Universidad". Tras lo cual, el propio Evans nos dice que la Francia del caso Dreyfus o la Rusia de los pogromos aparecían en la época como más hostiles hacia los judíos que Alemania, donde "la comunidad judía se encontraba culturalmente muy integrada y donde el antisemitismo político explícito o violento estaba relativamente poco extendido en relación con otros países"[16]. Y entonces, ¿no habría que cambiar el sentido de la argumentación? La información correcta que convendría enunciar de forma explícita no es que Alemania era antisemita, ¡sino que era menos antisemita que otros! Las incongruencias son flagrantes en Heinrich A. Winkler. El historiador registra hasta en sus menores detalles una larga serie de tomas de posición antisemitas, ¡desde luego que hay muchas! Incluso considera que, en lo que afecta al antisemitismo moderno, Alemania fue la iniciadora y un ejemplo para los demás. No obstante, dos páginas después, encontramos que (en las últimas décadas del siglo XIX) "únicamente una minoría de alemanes seguían las consignas de los antisemitas extremistas". E, inmediatamente, la siguiente observación: "Pero también los que llamaban a la lucha contra el antisemitismo eran tan solo una minoría". ¿Tendría que haberse movilizado una mayoría para denunciar un fenómeno marginal (y al que, por supuesto, nadie podía entonces relacionar con lo que sucedería en tiempos de Hitler)? En cuanto a los votos obtenidos por los partidos antisemitas en las elecciones al Reichstag, el mayor "salto" ocurre en 1893: del 0,7% en 1890 al 3,4% 1893; en 1903 y 1907 serían el 2,6% y el 2,2%, respectivamente. Cifras muy modes-

tas. Sin embargo, Winkler precisa que, a pesar del declive de los partidos antisemitas, la judeofobia no solo no desapareció, sino que penetró en los programas de otros partidos y organizaciones (por ejemplo, en los conservadores) y se volvió más eficaz. La conclusión parece ser que había un importante filón antisemita. Pero la tesis final del libro contradice este punto de vista que está presente, implícita o explícitamente, en muchos pasajes. Leemos al final las siguientes líneas: "El antisemitismo fue un fenómeno paneuropeo y no se limitó a Europa. En Alemania, la cultura política burguesa ya estaba impregnada de prejuicios antijudíos antes de 1914, pero esta observación hay que aplicarla también a otros países. La judeofobia era incluso más patente en el Imperio zarista ruso, en los Balcanes y en Austria-Hungría e incluso en Francia que en el Reich alemán. Tan solo después de la Primera Guerra Mundial, de la derrota, de la revolución y de la inflación, Alemania alcanzó a Francia en lo que atañe al odio a los judíos"[17].

Por supuesto que Alemania alcanzó a Francia e incluso la rebasó con mucho en tiempos del nazismo, pero la cuestión no es la deriva posterior a la Primera Guerra Mundial, sino la situación previa a esta. Y a este respecto podría decirse con claridad que, desde el principio, Alemania no fue "más antisemita", sino "menos".

Entre judíos y alemanes existió una fuerte relación histórica. Lo que mejor revela esa relación especial es el yidis, la lengua hablada por la mayoría de los judíos europeos, derivada del alemán. En ningún lugar los judíos se sintieron más "en su casa"

como en Alemania. Por ninguna otra cultura se sintieron atraídos con más fuerza.

Beno Brănişteanu, un periodista rumano de origen judío, escribió unas páginas muy interesantes sobre la atracción que la cultura alemana ejerció sobre los judíos. Se refería a los judíos de Rumania, o sea, ni siquiera a los que vivían en un medio alemán. También explicaba la actitud germanófila de la mayoría de ellos durante la Primera Guerra Mundial, en contraste con la francofilia de la mayoría de los rumanos. Dice: "Solo los judíos tenían en conjunto un contacto, una relación cultural secular con los alemanes. Su lengua, el yidis [...] es un dialecto alemán que ha mantenido durante siglos el lazo de los judíos con la cultura alemana. Me acuerdo de que, en mi infancia, prácticamente no existía en Iași ninguna casa burguesa, de la pequeña burguesía, donde no se encontraran las obras de Lessing, de Schiller e incluso las de Goethe. Mi madre también las tenía y siempre, en sus conversaciones, hacía citas de los clásicos alemanes [...] Los niños judíos aprendían todos alemán"[18].

Si así estaban las cosas con los judíos en general, tanto más estaban integrados los judíos alemanes en la comunidad nacional. Representaban en torno al 1% de la población del Reich: en 1900, su número ascendía a 587.000, de un total de 56.367.000 habitantes. El número de judíos que renunciaban a su religión para adherirse al cristianismo era relativamente numeroso. Les costaba acceder a las profesiones donde todavía se mantenía cierto espíritu de casta: en especial, la oficialidad del ejército y la judicatura. Por el contrario, muchos hacían carrera

(y, a menudo, brillante) en las profesiones liberales y en la Universidad. Los hombres de ciencia judíos, algunos de ellos galardonados con el Nobel, habían contribuido masivamente a la gloria de la ciencia alemana; es simbólico el nombre de Albert Einstein. Cuando el régimen nazi excluyó a los profesores judíos de la enseñanza, en 1933-1934, un terremoto sacudió la vida universitaria. Algunas disciplinas, como la física o la biología, se apoyaban en ellos en buena medida. En conjunto, había en las universidades alemanas más profesores judíos que católicos (aunque los católicos representaban un tercio de los alemanes, frente al 1% que correspondía a los judíos).

El fenómeno más interesante, que ilustra claramente la inexistencia en Alemania de un antisemitismo generalizado, es la frecuencia de matrimonios mixtos y, en consecuencia, el número significativo de personas con "sangre" mezclada[19]. Según una estimación, el número de matrimonios entre judíos y alemanes creció desde únicamente 200 entre 1831 y 1840 a 8.220 entre 1901 y 1910, a 12.660 en la década siguiente y a 15.288 entre 1921 y 1930. En 1932, en un solo año alcanzó la cifra de 3.400 y en 1933 casi el 40% de los matrimonios contraídos por los judíos fueron mixtos. Si nos referimos estrictamente a este indicador, jamás Alemania fue menos antisemita que en el momento de instaurarse la dictadura nazi. En 1934, el porcentaje cayó al 15%, lo que resulta perfectamente explicable; incluso sorprende que hubiera alemanes dispuestos a emparentar con judíos dadas las circunstancias.

Para el régimen nazi fue un auténtico quebradero de cabeza

definir el modo en que había que clasificar y tratar a los que tenían un origen mixto, alemán y judío. El término utilizado era *Mischlinge*, que quiere decir "híbridos". Se dividía en dos categorías: *Mischlinge* de primer grado, los que tenían un progenitor judío y otro alemán (o sea, un 50% de sangre judía) y *Mischlinge* de segundo grado, con un solo abuelo judío (o sea, un 25%). Una estimación de 1935, considerada muy exagerada, del Ministerio del Interior daba la cifra de 750.000 *Mischlinge* de ambos grados. Pero esa misma exageración es significativa porque refleja la conciencia de la existencia de muchos lazos de sangre entre alemanes y judíos. Una estadística más precisa de 1939 rebaja considerablemente ese número y da para la Alemania propiamente dicha, sin Austria y los Sudetes, la cifra de 318.000 judíos "totales" o "parciales", de los cuales 52.000 eran *Mischlinge* de primer grado y casi 33.000 de segundo. La diferencia entre las dos estimaciones solamente puede explicarse porque, entre tanto, emigraron cientos de miles de judíos y de *Mischlinge*. Lo cierto es que, además de los directamente investigados, un gran número de alemanes resultó tener un grado más cercano o lejano de parentesco con judíos o con judeoalemanes. Los responsables nazis no cejaron en su empeño de buscar soluciones para resolver el problema de esta "especie" intermedia. Una de ellas (propuesta, pero no aplicada) fue asimilar lisa y llanamente con los judíos a los *Mischlinge* de primer grado y al revés, con los alemanes arios, a los *Mischlinge* de segundo grado. En la última fase de la guerra (a partir de 1944), la mayoría de los varones *Mischlinge* de primer grado fueron en-

viados a los campos de trabajo (a las mujeres las obligaron a realizar distintos trabajos en las localidades donde se hallaban). Pero no existió un proyecto de exterminio. Un motivo debió de ser, incluso para Hitler, el de no indisponerse excesivamente con la categoría de alemanes "puros" emparentados con aquellos "bastardos".

La obsesión antisemita del nazismo no puede interpretarse como continuación e intensificación de una tradición antisemita específicamente alemana. La paradoja alemana reside en haberse deslizado de un antisemitismo limitado (bajo el nivel "medio" del antisemitismo europeo) hasta otro extremo. Hay una lógica aparentemente extraña, pero la hay. Los fenómenos históricos se desarrollan con frecuencia como resultado de fuerzas contradictorias. En la sociedad alemana, justo porque no existió un antisemitismo masivo que les obstaculizase el camino, los judíos llegaron a ocupar posiciones importantes e incluso al máximo nivel en determinados campos. Se habían asimilado en buena medida, pero no hasta la plena fusión. Resulta una situación peligrosa cuando se busca un "chivo expiatorio". "El otro", que se encuentra en el corazón de la sociedad y que presenta menos signos visibles de alteridad, puede ser percibido como un adversario más peligroso que un potencial enemigo lejano o fácil de identificar. Los judíos acabarían por ser excluidos precisamente porque se habían integrado demasiado bien. Pagarían por los sucesivos fracasos de Alemania, desde la derrota de 1918 hasta la Gran Depresión de 1929-1933.

CAPÍTULO 6
1914: LA POLÉMICA DE LAS RESPONSABILIDADES

¿Es la Primera Guerra Mundial, desencadenada en agosto de 1914, imputable a Alemania? La culpa de haberla provocado la formularon explícitamente los vencedores en el texto del Tratado de Versalles (firmado a la fuerza también por Alemania); como Austria-Hungría ya había desaparecido, la responsabilidad ya no se podía dividir. Durante un tiempo, los alemanes no cesaron de clamar por su inocencia, pero llegaron el nazismo, la Segunda Guerra Mundial y una nueva derrota, más grave aún que la primera, que arrojaron, justa o injustamente, una luz desfavorable sobre la Alemania de todos los tiempos. Fritz Fischer denunció con más severidad los fines expansionistas de su país (aunque no es seguro que reconociese al Reich como su país) en la Primera Guerra Mundial de lo que lo hicieron los vencedores de entonces. Quienes han asumido su mensaje, incluso en un tono menos vehemente, siguen viendo en Alemania el principal factor responsable. Cito de la reciente obra de Heinrich A. Winkler: "Si no se puede imputar a Alemania toda la responsabilidad de la Primera Guerra Mundial, sí puede verse en ella, no obstante, a la responsable principal de esta conflagración. Sin el apoyo alemán, el Imperio austrohúngaro no habría

podido declarar la guerra a Serbia. Los partidos que auspiciaban la guerra en Berlín y en Viena se apoyaron recíprocamente y dieron alas al de San Petersburgo”[20]. ¡La pregunta sería si también Alemania tuvo la culpa de los proyectos expansionistas de Serbia y del atentado de Sarajevo!

Lo interesante es que, mientras algunos historiadores alemanes siguen entonando el *mea culpa*, hay bastantes no alemanes que no parecen tan preocupados por condenar a Alemania. Richard J. Evans comenta detalladamente todos los posibles antecedentes del Tercer Reich; naturalmente, no olvida tampoco los distintos episodios de la Primera Guerra Mundial, pero no dice una palabra sobre el estallido del conflicto y las consiguientes responsabilidades. Pues bien, justo en este punto podía juzgarse a Alemania y establecerse una relación entre el expansionismo del Segundo y del Tercer Reich. Si no se trata de un olvido explicable (¿pero, cómo?), la conclusión sería que el historiador británico no cree que la responsabilidad de Alemania sea mayor que la de otros en 1914.

Pero la sorpresa la ofrecen los historiadores franceses. En Francia, la culpa de Alemania, el enemigo “hereditario”, se daba por descontada. Pues bien, ya hay en ese país bastantes historiadores que han renunciado a seguir acusando a Alemania de haber desencadenado la guerra. No es que la consideren inocente, por supuesto, pero tampoco necesariamente “más culpable”. La actual cercanía política franco-alemana seguro que algo tiene que ver. Sin embargo, a pesar de las nuevas condiciones que se dan en las relaciones entre los dos países, a Francia le habría in-

teresado que Alemania tuviera una parte de responsabilidad mayor, pues el agravio de esta en el fondo habría servido para reforzar la razón de Francia. Sin desdeñar la nueva atmósfera política, hay que constatar también una nueva atmósfera historiográfica: las circunstancias de la Primera Guerra Mundial por fin empiezan a juzgarse *sin odio y sin favoritismo* o, al menos, con una pizca de comprensión también hacia la otra parte.

Jean-Jacques Becker, quizá el mejor conocedor actual de la Primera Guerra Mundial de entre todos los especialistas franceses, constata los "errores de apreciación" de los líderes alemanes, pero bajo ningún concepto el deseo de provocar una guerra europea; en lo que se refiere al mecanismo que desencadenó el conflicto, la decisión "sin vuelta atrás" fue la movilización general decidida por Rusia, la cual provocó inmediatamente la respuesta de Alemania[21]. En un reciente *Diccionario de la Gran Guerra*, publicado bajo la dirección de François Cochet y Rémy Porte, se estima (bajo las iniciales de Rémy Porte) que la actitud más condenable fue la del Estado Mayor austrohúngaro, "los otros participantes (Rusia, Alemania y Francia, principalmente) pecaron sobre todo de falta de coherencia, vacilaciones y contradicciones entre las palabras y los hechos"[22]. Como puede verse, se coloca a Alemania al lado de Francia, sin ningún grado más de culpabilidad. En otro artículo relativo a las causas de la guerra escrito por François Cochet, donde se critica moderadamente a Alemania (en el fondo, no más que a los otros actores), la conclusión (¡o la falta de conclusión!), lejos de los tradicionales puntos de vista tan categóricos, es que "la entrada en la gue-

rra de 1914 constituye una alquimia muy compleja que escapa en parte a la comprensión o, al menos, a un análisis puramente racional"[23]. En fin, en una biografía publicada por Christian Baechler, incluso se exonera al que se consideró gran instigador de la matanza, el káiser Guillermo II, de la intención de provocar la guerra, y tan solo se le achaca la incapacidad de oponerse a ella. Escribe el historiador francés: "No hay nada en la actitud ni en las declaraciones de Guillermo II que nos permitan concluir que deseó y preparó una guerra preventiva. Le gustaba que lo vieran como un emperador de la paz […] Se alineó con la paz hasta el final", pero no logró resistir a los que predicaban la intransigencia[24].

Vamos a abordar ahora la problemática, aparentemente simple (si nos dejáramos llevar por la seguridad con que la resuelven los historiadores), pero, en realidad, extremadamente compleja, de la causalidad histórica. El historiador decide con aparente autoridad sobre las causas, pero no tiene ningún medio de comprobar la validez de las soluciones anticipadas. La historia no es una ciencia experimental: no puede medir el peso de cada elemento que entra en su composición. Antiguamente, los historiadores recurrían a causas "pequeñas"; es célebre la observación de Pascal sobre la nariz de Cleopatra (que, de haber sido otra, habría cambiado el curso de la historia). Los historiadores modernos, por el contrario, se han orientado más hacia las causas grandes, conforme a planteamientos estructurales. Una guerra, para aproximarnos al tema, tenía su origen en grandes contradicciones: intereses económicos, zonas de influencia, etc.

Pero al tratar la Primera Guerra Mundial, se constata una reorientación interesante al considerar “los detalles”, la decisiones aisladas, las vacilaciones y apreciaciones faltas de inspiración, capaces de acercarnos más al mecanismo íntimo del desencadenamiento del conflicto que a enunciar de modo general unas contradicciones de enjundia, existentes sin duda alguna, pero ¿es seguro que únicamente ellas provocaron la guerra?

Henry Kissinger se encuentra entre los autores que creen en lo inevitable de la Primera Guerra Mundial y se basa precisamente en las causas principales que la produjeron. Esto es lo que escribe el antiguo secretario norteamericano de Estado en su libro sobre la diplomacia: “Lo auténticamente sorprendente del estallido de la Primera Guerra Mundial no es que una crisis más simple que otras que se resolvieron llevara finalmente a desencadenar una catástrofe planetaria, sino el que durase tanto hasta que saltó la chispa”[25]. De modo que la chispa tenía que saltar porque las causas menores están subordinadas a las mayores. Kissinger ve la mitad vacía del vaso, lo que está plenamente justificado. Pero no toma en consideración la otra mitad, la mitad llena, lo que no habría estado menos justificado. En Europa existía un equilibrio de fuerzas que podía degenerar en un conflicto, como así ocurrió, pero exactamente igual podría haber asegurado la paz. “Sorprendente” o no, ese equilibrio funcionó bastante bien hasta 1914, pasando por las crisis marroquíes, por la balcánica de 1908, por las guerras balcánicas de 1912-1913, etc. Había un equilibrio de poder que resultaría ser casi perfecto precisamente en las condiciones de la guerra: su prolonga-

ción más allá de las previsiones iniciales se debió al potencial sensiblemente equiparable de los dos campos. Nadie puede afirmar que, sin el atentado de Sarajevo, otro chispazo no habría encendido, a la postre, la guerra. Pero también al revés, nadie puede demostrar la inevitabilidad de un chispazo que la desencadenase. La Primera Guerra Mundial es una realidad histórica; carecemos de suficientes motivos para contemplarla como una fatalidad. Cierto es que ninguno de los actores principales de la guerra, si hubiera tenido una vaga idea de lo que iba a suceder, habría dado el paso decisivo. Con todo, si hay que buscar causas de la guerra, la menos discutible fue la inconsciencia.

La argumentación más antigua (y que ha permanecido un tanto aislada) de A. J. P. Taylor es totalmente opuesta a la convicción de Kissinger y, en general, a la opinión común respecto a las "causas". Decía el historiador británico que "está de moda hoy buscar causas profundas a los grandes sucesos. Pero es posible que la guerra que estalló en 1914 no haya tenido ninguna [...] En julio de 1914, las cosas fueron mal. La única explicación válida es que las cosas ocurrieron sencillamente porque ocurrieron". Y otro pasaje aún más explícito: "Las cosas que se condenan por su influjo en la guerra del 14, la diplomacia secreta, el equilibrio de poder o los grandes ejércitos continentales, dieron a Europa un periodo de paz sin precedentes [...] No es correcto preguntarse qué factores provocaron la guerra", sino más bien "por qué los factores que, durante tanto tiempo, preservaron la paz en Europa no lograron hacerlo en 1914"[26]. La analogía que sugiere Taylor es la de un accidente de coche. Pue-

de decirse que la causa obligatoria, pero mucho más lejana, de cualquier accidente de tráfico es la invención del motor de combustión interna. En realidad, las causas directas que la policía toma en consideración son distintas y muy fortuitas: error del conductor, velocidad excesiva, mal estado de la carretera, etc. "Lo mismo pasa con las guerras", concluye Taylor. También puede hacerse la analogía con un explosivo; solo puede explotar "provocado" por un detonador. El problema de 1914 es identificar el detonador. Al final, para volver al caso alemán, no tiene importancia si Alemania deseaba o no colonias u otras ganancias territoriales o económicas. La pregunta no es si las quería o no, sino si entró en la guerra por ese motivo. Para Taylor, antialemán visceral, por supuesto, la causa "específica" está clara: el "desencadenante" reside en las decisiones tomadas por Austria-Hungría y Alemania. Manteniendo la idea general del historiador británico, podemos mirar hoy día con más distancia el problema de las responsabilidades.

En la actualidad, las tesis de Fritz Fischer se han abandonado o, al menos, están muy matizadas. Él reunió minuciosamente todos los proyectos expansionistas alemanes en vísperas de la Primera Guerra Mundial. ¿Y quién no tenía proyectos semejantes? Por otro lado, hay una amalgama de opiniones diversas que provienen de círculos diferentes y que expresan tendencias contradictorias, algunas realizables en teoría y otras más bien utópicas. De ellas no puede deducirse una acción política premeditada de Alemania, que, según dejamos dicho antes, pecó en política más por falta de consistencia que por exceso. En

cuanto a los militares, es evidente que juegan a la guerra, ese es su oficio (¡y no solo en Alemania!). Por buscar una analogía, es difícil encontrar un texto más expansionista que el del futuro general Charles de Gaulle, en 1932, cuando era secretario general del Consejo Superior de la Defensa Nacional; se trata de un proyecto casi increíble de hegemonía francesa en todo el mundo, del que no falta la anexión de Renania, la extensión del Imperio colonial africano, incrementar la influencia no solo en Europa central y oriental, sino también en América Latina (en detrimento de Estados Unidos, por supuesto), neutralizar las posesiones británicas (Gibraltar, Malta, Suez…) y así sucesivamente. ¿Podemos sacar de ahí conclusiones sobre la responsabilidad de Francia en la Segunda Guerra Mundial? Acerca de los proyectos expansionistas alemanes, enunciados después de agosto de 1914, claro que son numerosos y se aplicaron más: había guerra, una guerra que Alemania consideraba impuesta y por la que esperaba el correspondiente "pago". Solo tenemos que comparar los proyectos alemanes, no con los simples proyectos de los demás, sino con la misma realidad de la paz de Versalles: como si los vencedores se hubieran aprovechado menos de lo que lo habría hecho Alemania en el caso de haber triunfado. Por otra parte, quedó demostrado de manera convincente que la intensa propaganda de "los objetivos de la guerra" estuvo destinada muy especialmente a la opinión pública alemana (en caso contrario, en verdad, ¿qué sentido habría tenido clamar por esos objetivos?). Había que convencer a la opinión pública y alimentar esa convicción durante los años duros de la guerra;

por un lado, de la razón de Alemania y, por otro, de las ventajas que le supondrían tras los sacrificios soportados[27].

En las antípodas de Fritz Fischer, Jean-Jacques Becker considera que en "la sucesión de circunstancias que condujeron a la guerra europea, los intereses materiales o bien brillan por su ausencia u ocupan un espacio muy restringido"[28]. Contaron mucho los sentimientos y antagonismos nacionales. En todos los grandes países implicados, el Imperio austrohúngaro, Alemania, Rusia y Francia (y hay que subrayar que el historiador francés no hace aquí diferencias entre Francia y Alemania), contó la presión de los estados mayores: los planes de guerra estaban minuciosamente puestos a punto y habían de aplicarse al pie de la letra, ya que, de lo contrario existía el riesgo de graves disfunciones (¿habría podido movilizarse Rusia únicamente contra el Imperio austrohúngaro? Tal vez sí, pero sus planes de guerra preveían una movilización general. ¿Habría podido atacar Alemania solamente a Rusia? Tal vez sí, pero el plan de von Schlieffen preveía en la primera fase una ofensiva contra Francia…). En fin, también entraban en juego de forma importante las mentalidades, el imaginario de la guerra; la generación de 1914 creía dos cosas sobre la contienda: primero, que era inevitable y, en segundo lugar, que duraría poco. La supuesta fatalidad del conflicto y la convicción de que concluiría rápidamente contribuyeron a aceptar sin cargo de conciencia una confrontación que, no obstante, habría podido evitarse.

El único punto de partida incontestable de la guerra fue el atentado de Sarajevo. Por lo demás, las causas de enjundia se

prestan a todo tipo de discusiones y pueden o no tomarse en consideración. Sin el atentado de Sarajevo, no habría estallado *entonces* la guerra europea. Quizá lo hubiera hecho en otro momento o quizá no se habría producido nunca.

En Sarajevo, la capital de la Bosnia anexionada por el Imperio austrohúngaro, el joven serbio-bosnio Gavrilo Princip asesinó al archiduque Francisco Fernando, heredero del trono, y a su esposa. Las autoridades estatales de Serbia no estuvieron implicadas en sentido estricto en el atentado, pero el grupo de los que prepararon el atentado mantenía relaciones con la organización terrorista serbia La Mano Negra, que dirigía el coronel Dragutin Dimitrievich, jefe de los servicios de información del ejército serbio; a través de aquella, recibieron armas y dinero. Austria-Hungría encontró la ocasión propicia para enviar primero un ultimátum a Serbia y, después, tras haber aceptado esta casi por completo, pero no en su totalidad, dicho ultimátum, para declararle la guerra el 28 de julio de 1914.

Es evidente que Austria-Hungría buscó la guerra a toda costa (más Austria que Hungría, pues esta última tenía bastantes conflictos con las nacionalidades, incluso con la propia población serbia y, por encima de los responsables políticos, con el Estado Mayor austriaco… pero, finalmente, esa fue la decisión). Así pues, la monarquía austrohúngara resulta la primera culpable… a condición de sacar de contexto los acontecimientos del año 1914. No obstante, tenemos que decir, en primer término, que el atentado de Sarajevo no fue de ninguna de las maneras un delito “menor”. De forma simbólica, golpeaba en el corazón del

Imperio. Si este no hubiese reaccionado, habría perdido su credibilidad como gran potencia (una gran potencia un tanto enferma, pero formalmente aún era una gran potencia). Lo que se le puede reprochar no es la primera reacción, que tenía que ser lo bastante dura, sino la desproporción entre el motivo real y la declaración de guerra. Con otras palabras, las cosas habrían concluido incluso a favor de Austria si se hubieran limitado al ultimátum y a su aceptación prácticamente completa por parte de Serbia ("un magnífico éxito diplomático" para la doble monarquía, según el juicio de un historiador)[29].

Tomando en cuenta estrictamente el ambiente del mes de julio de 1914, Serbia aparece si no del todo inocente, en todo caso, sí menos culpable que Austria-Hungría. En realidad, vistas en un marco histórico más amplio, las cosas no son exactamente así. Serbia era mucho más pequeña que Austria-Hungría, pero no menos expansionista. Incluso puede que lo fuera más, puesto que el Imperio austrohúngaro había alcanzado sus límites (y cualquier extensión en los Balcanes que implicara englobar poblaciones eslavas lo único que habría hecho sería aumentar las complicaciones nacionales del Imperio), mientras que Serbia precisamente acababa de sacarle el gusto a ensanchar sus fronteras.

Se le ha reprochado a Austria-Hungría el trato discriminatorio aplicado a las numerosas nacionalidades que su Imperio multiétnico englobaba. Se presentaba como una estructura anacrónica en plena era de afirmación de las naciones. Serbia, por el contrario, perseguía un proyecto nacional en consonan-

cia con el espíritu de la época. También acerca de estos aspectos hay mucho que decir. Si durante la Primera Guerra Mundial la tendencia general, que la contienda subrayó, iba en el sentido de consolidar las aspiraciones nacionales, la era posnacional que se anuncia hoy nos predispone a comprender mejor la formación de entidades supranacionales. Austria-Hungría habría tenido la oportunidad de convertirse en una federación de los pueblos de la Europa central. Una ocasión que desperdició, pero quizá habría valido la pena que no hubiese fracasado. Los estados "nacionales" que se edificaron sobre sus ruinas fueron tales tan solo de forma parcial o incluso para nada nacionales; era casi imposible trazar fronteras netamente separadoras entre pueblos que la historia había mezclado. Por otro lado, en la zona austriaca del imperio se habían dado pasos en dirección a una posible federalización: había autonomías provinciales y, desde 1907, cuando se introdujo el sufragio universal, los germánicos fueron minoritarios en el Parlamento. Pero Hungría se mantenía firme en la idea del Estado nacional húngaro y de una nación húngara unitaria: eso fue una gran incomprensión del curso de la historia que los húngaros pagarían caro.

En lo que se refiere al proyecto "nacional" de Serbia, hoy conocemos su historia de cabo a rabo, por lo que podemos juzgarlo mejor. Aunque a escala menor y con las justificaciones nacionales de rigor, también Serbia representa un caso de imperialismo. Perseguía no solo construir "la Gran Serbia", sino un Estado que reuniese a los eslavos meridionales y que incluso sobrepasara sus fronteras, en el cual los serbios serían "más iguales"

que los demás. Los croatas, que formaban parte de la monarquía austrohúngara, estaban muy cercanos a los serbios por la lengua, aunque por la historia, religión y cultura se presentaban como un pueblo sensiblemente diferente de ellos y no tenían lazos de unión con los Balcanes, sino con la Europa central (por otro lado, eran los únicos que dentro de Hungría disponían de cierta autonomía). Los eslovenos eran un pueblo distinto, eslavo, naturalmente, pero que había evolucionado integrado en el espacio germánico. Los macedonios se sentían más próximos a los búlgaros, pero los serbios estaban empeñados en traerlos más cerca de ellos. Los albaneses eran lisa y llanamente albaneses. Para llegar al Adriático, Serbia intentó en la guerra balcánica de 1912 ocupar todo el territorio habitado por los albaneses. Al final, y sobre todo gracias a Austria, se creó Albania como Estado independiente, aunque quedaron algunas comarcas albanesas (en Kosovo y Macedonia) dentro del territorio serbio. Sería ingenuo por nuestra parte imaginar que Serbia era más benevolente con las nacionalidades que Austria-Hungría. Le faltó, como en todas partes en los Balcanes, capacidad para aceptar las diferencias étnicas y las identidades minoritarias. Los centenares de miles de rumanos de Valea Timocului no tenían entonces, ni tampoco hoy, reconocida su condición de minoría étnica. De Bosnia es inútil hablar; el reciente genocidio habría sido inconcebible bajo el dominio austrohúngaro. Los austrohúngaros discriminaban, pero no hacían matanzas. Hay que decir que Serbia (al igual que Croacia) demostró a lo largo de un siglo entero un potencial de violencia fuera de lo común,

desde la atroz escena del asesinato del rey Alejandro Obrenovich y de su esposa en 1903 hasta los baños de sangre en Bosnia y Kosovo; el atentado de Sarajevo de 1914 es solo un episodio que no puede aislarse de un siglo de historia.

Tampoco es cuestión de invertir los papeles para poner en evidencia la parte de razón de Austria-Hungría e, implícitamente, la falta de razón de Serbia. Cada una de las dos partes tuvo y no tuvo razón o bien tuvo su propia razón, que no era la del otro. Austria-Hungría buscaba consolidar sus posiciones en los Balcanes y evitar las tentaciones secesionistas de los eslavos de territorios del Imperio. Serbia perseguía reunir en torno suyo a todos los eslavos del sur, incluyendo a los de la monarquía vecina, y convertirse en una potencia regional. La anexión en 1908 de Bosnia y Herzegovina por el Imperio austrohúngaro (que llevaba administrándolas desde 1878) hizo crecer la tensión, azuzada también por las guerras balcánicas de 1912-1913. El hundimiento de la dominación otomana en los Balcanes y el reparto de los territorios entre los pequeños estados nacionales de la península parecían anticipar un escenario similar para Austria-Hungría. Serbia, aunque no se anexionó todo cuanto habría deseado, salió reforzada del conflicto en detrimento de Bulgaria, por la que apostó Austria-Hungría. La ocupación de Macedonia por Serbia provocó la respuesta de Bulgaria y el estallido de la segunda guerra balcánica. Era de esperar que siguiese un conflicto directo entre Viena y Belgrado. Austro-Hungría aprovechó el atentado de Sarajevo para resolver una situación que le parecía peligrosa para el Imperio (y, desde luego,

que lo era). Desde su punto de vista, había que poner freno al irredentismo y expansionismo serbios. Podría ser que los temores austrohúngaros fueran exagerados y las acusaciones parcialmente injustas. Pero unos y otras tenían un fundamento. Y, al final, lo que cuenta en las relaciones internacionales (y en toda la gama de relaciones interhumanas) no es la realidad estricta, sino la representación. Viena *percibía* a Serbia como una amenaza. También Estados Unidos aprovechó, si vale el paralelismo, el atentado del 11 de septiembre para entrar en Irak, incluso con menos justificación que en el caso del conflicto entre Austria-Hungría y Serbia. Está claro que fue un error que Austria-Hungría pagó con su desaparición, pero en un juicio equilibrado no puede afirmarse sencillamente que la respuesta de Austria-Hungría fuera injustificada por completo. Imprudente, seguro que sí, y desastrosa por sus consecuencias.

Volvamos a Alemania. Ahora empieza la tragedia de Alemania, que se desarrolla de manera implacable, como cualquier tragedia, desde el primero al último momento. El factor desencadenante es el atentado de Sarajevo. Sin tener idea de lo que seguiría, Gavrilo Princip, un personaje hoy completamente olvidado, marcó el curso de la historia más que cualquier otra personalidad del siglo. Ni Hitler habría existido sin él (si admitimos que, si el atentado de Sarajevo no hubiese tenido lugar, no se habría llegado a la guerra). Alemania tomó decisiones e hizo movimientos que se encadenaron entre sí de forma casi obligatoria. Podríamos decir que ya no tenía vía de escape (siempre que nos basemos en los términos en los que se enjui-

ció la situación entonces; hoy que ya sabemos cómo pasaron las cosas, buscaríamos otras soluciones, claro está).

En primer lugar, Alemania se sentía aislada y cercada. Desde luego, eso fue una cuestión de propaganda para justificar las declaraciones de guerra y la estrategia adoptada. También expresaba una convicción, ampliamente extendida y exagerada hasta cierto punto, pero justificada en parte. Por otro lado, la guerra lo demostró: mientras Francia y Rusia lucharon en un solo frente, Alemania hubo de hacerlo en dos, tanto contra Francia e Inglaterra como contra Rusia. Era la consecuencia del fracaso de la política alemana de alianzas, pero también la consecuencia de los datos geopolíticos objetivos; la posición centroeuropea de Alemania resultaba en extremo incómoda. En estas condiciones, Austria-Hungría era un aliado precioso, el único con el que Alemania podía contar. Seguía siendo en buena medida un Imperio germánico por una parte de la población, por su historia y por la impronta de civilización que llevaban impresa los pueblos que lo formaban. La alternativa a Austria-Hungría habría sido una Europa central y suroriental dividida entre los eslavos, con Rusia como potencia hegemónica: para Alemania, eso era una hipótesis intolerable. Cuando se discuten las responsabilidades de la guerra, Rusia representa un papel un tanto secundario porque, si bien tuvo su parte de responsabilidad al principio, no la tuvo al final. Habría sido interesante de imaginar una Primera Guerra Mundial que hubiese acabado contando con Rusia entre los vencedores. Los rusos ya habían recibido permiso por parte de los aliados occidentales para instalarse en los es-

trechos del mar Negro. Con razón o sin ella, Austria-Hungría tenía algo que compartir con Serbia. Pero ¿por qué se apresuró Rusia a saltar en ayuda de Serbia? So pretexto de la solidaridad eslava buscaba, y ya desde mucho tiempo antes, extender su dominación en los Balcanes, al igual que en la Europa central. No podemos saber lo que habría pasado en caso de victoria rusa, pero puede hacerse fácilmente una analogía con lo acontecido al final de la Segunda Guerra Mundial: una parte destacada de Europa habría caído bajo dominación rusa.

Por todas estas razones, Alemania tomó partido por Austria-Hungría sin reservas, tan solo con algunos matices no esenciales. Hoy sabemos que no estuvo bien calculado. Entonces parecía justificado. No obstante, el apoyo otorgado al Imperio austrohúngaro en una primera fase no significó una opción a favor de la guerra. Hasta el momento mismo de empezar las hostilidades, la guerra parecía poco probable. Nadie la deseaba (con la salvedad de Austria-Hungría, que quería una guerra exclusivamente con Serbia). Las cosas pudieron haberse detenido con el ultimátum austriaco y su aceptación por los serbios. Dar un paso adelante significaba la guerra con Serbia; si se daba el caso, las potencias centrales esperaban que Rusia no interviniera (¡y habría hecho muy bien, incluso por lo que a su propio destino se refiere!). Si Rusia intervenía y por su culpa (al menos, según la interpretación alemana) se desencadenaba una guerra generalizada, entonces los alemanes se consolarían pensando que "mejor ahora que más tarde". "Más tarde", unos cuantos años después, significaría una Rusia más preparada desde el punto de

vista militar y de los transportes ferroviarios; así pues, como una guerra con Rusia parecía inevitable, cuanto antes mejor. Cuando Serbia "casi" acepta el ultimátum, Guillermo II se muestra encantado y considera que el desacuerdo está en vías de solución (escribe de su puño y letra: "Brillante resultado en un plazo de tan solo 48 horas. ¡Es más de lo que podría esperarse! Un gran éxito moral para Viena, pero con ello desaparecen los motivos de guerra […] Nunca habría ordenado la movilización por algo así"[30]. Sin embargo, se da un enredo diplomático. Las instrucciones del canciller al embajador alemán en Viena son equívocas, a diferencia de las intenciones pacíficas del káiser. Sin importancia, por otro lado: el 28 de julio, Austria-Hungría declara la guerra a Serbia sin tomarse la molestia de consultar con la parte alemana; se sentía apoyada (tal vez una consulta entre las dos potencias centrales habría dado una oportunidad a la paz, dada la posición más matizada de Alemania y, en todo caso, del káiser). Desde este momento, un mecanismo de precisión se pone en movimiento, parece que ni obedece al hombre, todo sucede de forma automática. El 30 de julio, Rusia ordena la movilización general. Al igual que Austria-Hungría contaba con Alemania, también Rusia confiaba en contar con la ayuda de Francia. En la crisis que precedió a la guerra, Alemania y Francia tuvieron comportamientos completamente distintos… pero que condujeron a resultados similares. Alemania sostuvo activamente a su aliado, mientras que la política francesa fue de una completa pasividad. Quizá un mensaje de moderación a los rusos hubiese hecho su efecto. La pasividad de los franceses

convenció a los rusos de que todo estaba en regla: Francia estaría con ellos. Como en el caso de Austria-Hungría respecto a Alemania, tampoco a Rusia le pareció oportuno pedirle la conformidad al aliado francés cuando emprendió el paso decisivo: la movilización general.

El 1 de agosto de 1914, inmediatamente después de la orden rusa de movilización, Alemania declaró la guerra a Rusia. En un último intento de limitar la guerra, Guillermo II pidió a su Estado Mayor que detuviese momentáneamente el ataque contra Francia. Con otras palabras, que renunciasen al Plan Von Schlieffen. ¡Imposible! Los planes de guerra no se cambian en el momento de comenzar el conflicto. El 3 de agosto, Alemania presentó a Francia la declaración de guerra.

Todas las grandes potencias implicadas tienen su parte de responsabilidad por no haber detenido el engranaje. Con que una de ellas, cualquiera, hubiese declarado explícitamente que no tenía intención de entrar en el juego, este habría terminado. Austria-Hungría no se habría lanzado al conflicto si hubiese albergado dudas acerca del apoyo alemán. Rusia no habría dado un paso decisivo a la guerra si no hubiese sentido a Francia a su lado. "Cada Gobierno, en cada momento, eligió la solución que conducía a la guerra general"[31], escribe Jean-Jacques Becker, quien, una vez más, no busca separar a Francia de la responsabilidad general. El colmo es que ninguno de los futuros beligerantes deseó la guerra, al menos no una de aquellas dimensio-

nes. “No quisimos eso”, diría más tarde Guillermo II. Nadie quiso, pero nadie estuvo dispuesto a ceder, por poco que fuera, en aras de la paz. En cualquier caso, la “tesis Fischer” se cae. Para Alemania no fue una guerra de agresión preparada de antemano y con un resultado considerado seguro a su favor (porque, de lo contrario, no la habría hecho). Al margen de los proyectos de grandeza, reales o imaginarios, que tuviera Alemania (o, mejor dicho, unos y otros de los responsables, una y otra parte de la opinión pública), la guerra no habría estallado a causa de esos proyectos. Por otro lado, los responsables alemanes no parecen haber estado tan seguros de la victoria. Tenían dudas también Guillermo II, el canciller Bethmann-Hollweg y el general Falkenhayn, ministro de la Guerra que luego fue jefe del Alto Estado Mayor. En una expresión sumaria y muy poco académica, pero quizá más próxima a la verdad, puede decirse que la guerra fue el resultado de una inmensa estupidez colectiva. No es nada alentador que una estupidez de semejantes proporciones haya pasado a ser el acontecimiento fundador del siglo XX. Casi todas las convulsiones y transformaciones posteriores parten de agosto de 1914: sin la Primera Guerra Mundial, otro habría sido el rumbo de la historia.

La responsabilidad de Alemania fue grande, pero llegó a parecer mayor de lo que en realidad fue. El destino infausto de ese país fue haberse instalado, de forma duradera, en el papel real o supuesto de agresor. La historia “simplificada” de la Primera Guerra Mundial conserva al final solo momentos cruciales. Primero, la agresión austriaca (impulsada por Berlín) contra Ser-

bia. Después, la declaración de guerra de Alemania contra Rusia (en el esquema simplificado, la movilización del ejército ruso prácticamente se deja de lado). El paso siguiente: Alemania declara la guerra a Francia. Sigue no solo la invasión de Francia por el ejército alemán, sino también la de Bélgica, país neutral, cuya neutralidad había sido garantizada también por Alemania. En realidad, este es el episodio que provoca la entrada en la guerra de Gran Bretaña, justo lo que Alemania esperaba poder evitar (aunque, probablemente, los británicos habrían entrado de todas formas para restablecer el equilibrio de fuerzas, que se había vuelto demasiado favorable a Alemania).

¡Un conjunto abrumador de cargos! En realidad, todos esos movimientos, que afectaron a su imagen durante mucho tiempo y de forma contundente, casi le fueron impuestos a Alemania, si no por los datos objetivos de la situación, en todo caso por el modo de verse esta desde Berlín. Se caía por su peso que Alemania tenía que apoyar a Austria-Hungría. Cuando Rusia decidió movilizarse, Alemania no podía permitirse esperar para ver si los rusos atacarían de verdad y si atacarían también los franceses, aliados de aquellos, en la otra frontera. Habría sido una espera muy arriesgada. El Plan Von Schlieffen preveía una guerra relámpago contra Francia que acabaría en las pocas semanas que necesitarían las tropas rusas para ser operativas. Por eso un conflicto austro-serbio se transformó casi de la noche a la mañana en una guerra franco-alemana. El Plan Von Schlieffen resultó ser a la postre demasiado optimista. Sin embargo, tuvo su lógica y habría podido tener éxito, por ejemplo, si la re-

sistencia francesa hubiese sido tan débil como en 1870 o, más tarde, en 1940, en lugar de la fortaleza con la que en verdad resistieron en 1914. El éxito del plan dependía, no obstante, de envolver a través de Bélgica el flanco del ejército francés, lo que pareció suficiente para justificar la invasión de este país. Todo se ligaba con lógica, pero una lógica puramente militar que resultó ser insuficiente, mientras que los daños políticos fueron enormes al instalarse Alemania en una posición agresora, incluso de "violadora" de los estados neutrales. Pero ¿tenía alternativa? No mucha. Posiblemente, esperar la invasión ruso-francesa y dejar que los otros adoptasen el papel de agresores.

En adelante, todas esas cosas menoscabarían la imagen de Alemania. Desde luego, hubo una parte de culpa, pero también de fatalidad. Exceptuando un breve momento al principio de la guerra, cuando los franceses entraron en Alsacia y los rusos en la Prusia Oriental, Alemania no conoció la presencia de tropas enemigas en su territorio. En cambio, los ejércitos alemanes ocuparon todo el tiempo territorios extranjeros: parte de Francia, Bélgica, una zona cada vez más amplia en la parte occidental del Imperio ruso, más tarde una parte de Rumania… Inevitablemente, asumieron el papel del ocupante, que nunca es digno de encomio. Cuando penetraron en Serbia, los austrohúngaros se entregaron a todo tipo de atrocidades; pero no sabemos lo que habrían hecho los serbios si hubiesen entrado en Austria-Hungría. Atrocidades también en los Balcanes: eso era casi una tradición local. El comportamiento de los alemanes no fue nada suave en Bélgica ni en Francia. En las primeras dos semanas

fueron ejecutados 5.500 civiles belgas y 500 franceses. Miles de edificios fueron destruidos, incluso monumentos históricos, sin que lo justificasen necesidades militares. A estos desmanes, ordenados desde arriba, hay que añadir abusos individuales, en especial, violaciones. Junto a la barbarie que acompaña por regla general a la guerra, había, hasta cierto punto, también una "filosofía" de la estrategia. A este respecto, los militares alemanes o franceses hablaban casi el mismo idioma. El general Helmuth von Moltke: "En todas las guerras, lo más beneficioso es acabar rápidamente. Con esta finalidad, hay que precisar que todos los medios son buenos, incluso los más condenables". El general francés Henri Bonnal: "En la guerra, todo ha de sacrificarse al éxito de las operaciones [...] cualquier exceso de sensibilidad, cualquier debilidad que pudiera comprometer el vigor de las tropas y, a la postre, su éxito es un crimen contra la patria"[32]. El ministro de la Guerra francés enviaba, nada más empezar las hostilidades, instrucciones acerca de la toma de rehenes a medida que se avanzase en territorio enemigo. La escasa presencia de los franceses en un rincón de Alsacia-Lorena queda ilustrada por escenas como esta (relatada por un soldado francés en una carta): "Un grupo de húsares entra en una granja alemana y les pregunta a los granjeros si hay alemanes en la granja. Ellos dicen que no, pero, nada más entrar, dos húsares caen abatidos por dos ulanos escondidos bajo un hangar. Se cerca la granja y se hace justicia en el acto. Se detiene a los habitantes, los llevan hasta la plaza de la aldea, los fusilan inmediatamente y, segundos más tarde, la granja es pasto de las llamas"[33]. Hay

episodios que se dan más en el territorio ocupado por los alemanes. Obligados a retirarse, los franceses no tuvieron ocasión de proceder así. Por otro lado, no faltan tampoco exageraciones, incluso fabulaciones, sobre la cuestión de las atrocidades: eso forma parte de la propaganda de guerra. Los alemanes también ponen de su cosecha cuando relatan los actos de barbarie de los rusos en la Prusia Oriental y los franceses no se quedan a la zaga sacándose de la manga el macabro tema de los niños pequeños a quienes los alemanes habían cortado las manos: ¡pura invención!

Otra iniciativa estratégica de Alemania que dañó aún más su imagen fue la guerra submarina. Pero, una vez más, Alemania no tenía elección: las cosas se entretejieron de tal forma que todas sus decisiones parecían más condenables que las de los demás. ¡La alternativa habría sido no haber emprendido nada para no equivocarse! Desde el principio, estuvo sometida a un bloqueo y los aliados, para llevarlo a cabo, no tuvieron que hacer ningún esfuerzo: se producía por sí solo, por la posición central de Alemania rodeada de adversarios, y a eso se añadía el dominio inglés de los mares. De ahí se derivaron grandes dificultades de aprovisionamiento que entorpecieron el esfuerzo alemán de la guerra y que, sobre todo por la escasez de alimentos, minaron poco a poco la moral de la población. Alemania tenía que elegir entre resignarse (lo que, en tiempos de guerra, no es recomendable) o establecer a su vez un contrabloqueo. Más allá del aspecto moral y de las consecuencias del plan alemán, hay que destacar tanto la inventiva de las estrategias como el alto nivel

tecnológico y la audacia de las tripulaciones. A partir de febrero de 1917, empezó una guerra submarina sin límites. La flota submarina de Alemania cortó las líneas de comunicación de Gran Bretaña y hundió tanto buques enemigos como también neutrales (sobre todo, norteamericanos) que contribuían al aprovisionamiento de los británicos. Navíos por un total de 540.000 toneladas fueron enviados al fondo del mar en febrero de 1917; en mayo, el tonelaje hundido se elevaba ya a 885.000. El tráfico de los puertos ingleses se redujo a una cuarta parte. Inglaterra empezó a asfixiarse y la perspectiva de perder la guerra se vislumbraba. Sin el apoyo británico, se derrumbaría el frente francés. Pero apareció a tiempo la solución salvadora: los convoyes que agrupaban a barcos mercantes escoltados por navíos de guerra. Las pérdidas empezaron a disminuir (aunque seguían siendo elevadas) y el comercio británico volvió a cobrar vigor. Alemania siguió sufriendo el bloqueo, mientras que sus adversarios consiguieron mitigar los efectos del contrabloqueo. Los riesgos de esta estrategia eran grandes y, desde luego, los alemanes eran conscientes de ello: que los acusaran de actos de barbarie, ya que no respetaban a los neutrales y, en especial, que Estados Unidos entrara en la guerra, pues los norteamericanos no podían tolerar indefinidamente los ataques alemanes. Estos esperaban que el éxito de la campaña submarina pusiera fin al conflicto antes de que Norteamérica tomase una decisión (declararon la guerra a Alemania en abril de 1917) y antes, en todo caso, de que el ejército estadounidense, que prácticamente no existía, empezase a existir y a llegar al frente francés. En eso se

equivocaron, como se equivocaron también con el Plan Von Schlieffen; en ambos casos, los costes resultaron ser más elevados que las ventajas. En realidad, los alemanes, al igual que los otros, buscaban las mejores soluciones para ganar la guerra; solo que los datos geopolíticos favorecían a los aliados y, como perjudicaban a Alemania, la impulsaban a montar estrategias que, si bien tuvieron su lógica, condujeron a resultados perversos. El problema de Alemania fue, desde el principio al final de la guerra, que predominaron las razones militares sobre las políticas; había que obtener una ventaja militar sin importar el coste político. Por otro lado, poco a poco, la casta militar se impuso en la cúspide de la toma de decisiones, principalmente cuando se nombró al mariscal Von Hindenburg, secundado por el general Ludendorff, al frente del Estado Mayor. De hecho, este último sería hasta el final de la guerra el hombre más poderoso de Alemania. La relativa "militarización" del Gobierno del país coincidía con la tradición del militarismo prusiano, pero también era la respuesta a una situación excepcional: Alemania tenía que movilizar sus medios de la forma más eficaz posible para dar un golpe decisivo, pues todo retraso jugaba en su contra.

Cuando las cosas ya han pasado, es muy fácil demostrar que Alemania *tenía* que perder la guerra. La balanza objetiva de poder —territorio, población, recursos— se inclinaba de forma sensible por la otra parte. Alemania era más fuerte que cualquiera de sus adversarios, pero no podía ser más fuerte ni más resistente que todos ellos juntos. Tanto más porque sus propios y escasos aliados, Austria-Hungría, el Imperio otomano y Bulgaria, solo ayudaban en muy escasa medida. O incluso eran una carga, pues le imponían esfuerzos adicionales. Las tropas alemanas tuvieron que acudir en ayuda de los austrohúngaros, que ya no resistían, en el frente ruso, en el serbio, en el rumano… Se supone que una guerra breve habría sido ventajosa para los alemanes, igual que una larga les fue desfavorable —como a la postre sucedió—, pues los adversarios tenían más recursos. Sin embargo, también intervinieron acontecimientos que resultaba difícil prever. ¿Quién hubiese podido intuir al principio del conflicto la Revolución rusa o la entrada de Estados Unidos? Del mismo modo, el factor moral era esencial e imposible de cuantificar. ¿Quién resistiría más en el frente y en la retaguardia, en una guerra de desgaste donde se ponía duramente a

prueba la resistencia psíquica? Rusia fue la primera en ceder. ¿La seguiría Francia, quizás? En la primavera del año 1917, cundió una especie de desánimo entre los franceses cuya expresión dramática viene representada por las numerosas revueltas de soldados, un fenómeno de amplitud desconocida en los otros grandes ejércitos occidentales; condenas a muerte, ejecuciones… Finalmente, las cosas se calmaron. Alemania se comportó bien casi hasta el final. Perdió la guerra, pero habría podido ganarla.

El fracaso de la campaña-relámpago en el frente occidental, tras la derrota del Marne, dejó no obstante a los alemanes como dueños de buena parte del nordeste de Francia, a lo que habría que añadir Bélgica, ocupación prolongada sin modificaciones notables en el frente, hasta los últimos meses del conflicto. Por otro lado, poco después de la batalla del Marne, los ejércitos rusos que habían penetrado en Prusia Oriental fueron completamente derrotados en Tannenberg y en los lagos Masurianos (victoria que, en cierto modo, quedó difuminada por los éxitos que los rusos obtuvieron contra los austriacos en Galitzia; por lo demás, el escenario se repetiría: por regla general, los rusos vencían a los austriacos y los alemanes a los rusos, lo que concordaba con la jerarquía efectiva de poder). Esa serie de batallas estableció cierto equilibrio que se mantuvo durante años, ya que ninguna de las alianzas en conflicto logró dar el golpe decisivo. Si sumamos los éxitos y fracasos limitados de cada una de las partes, el resultado es ligeramente favorable a Alemania, que se encontraba, en ambos frentes, fuera de su propio territorio.

Ventaja que, la verdad sea dicha, no significaba mucho, pues Alemania no lograba llegar hasta el final y alzarse con la victoria. El intento de romper el frente francés en Verdún, en 1916, se saldó con un resultado nulo, en contraste con el balance extremadamente cargado de las bajas sufridas por ambos bandos (770.000 muertos franceses y alemanes). Aún más sangrienta y con el mismo exiguo resultado fue la ofensiva aliada, sobre todo británica, en el río Somme…

Sin embargo, en un momento dado se rompió el equilibrio y ello a favor de Alemania. La Revolución rusa en febrero de 1917 destronó al zar e instauró un Gobierno "democrático". La intención del nuevo Gobierno era continuar la guerra, incluso redoblando el esfuerzo, persiguiendo los mismos objetivos: la "liberación" de los eslavos del Imperio austrohúngaro y el control de Constantinopla y los estrechos del mar Negro. En realidad, los rusos estaban cansados de la guerra y las esperanzas e inquietudes generadas por la Revolución no eran en absoluto favorables a una continuación de las acciones militares. Varias tentativas de negociación, en marzo y abril de 1917, resultaron inoperantes, pues los objetivos que los alemanes tenían puestos en la guerra, sostenidos principalmente por los militares, no tenían nada que ver con la paz sin anexiones que hubiese tentado a los rusos, sino que, por el contrario, perseguían una extensión considerable de la presencia germana en el este. Era la opción de los militares, que habían ganado mucha influencia en el frente con el general Ludendorff, el cual se había convertido en el hombre fuerte del momento; pero en el fondo era también el

deseo de la clase política y de la opinión pública, a quienes les parecía natural que Alemania tuviese su parte de garantías y de ganancias después de tantos años de esfuerzo y sacrificios. Por otro lado, los alemanes ya habían ocupado parte de los países bálticos, de Polonia y Bielorrusia; ¿cómo iban a ceder justo ahora que se encontraban en una posición de fuerza? En julio de 1917, el general Brusilov intentó otra ofensiva en Galitzia, rápidamente neutralizada por la negativa de los soldados a luchar. Las deserciones y la anarquía conducían a una rápida disolución del ejército ruso. En estas condiciones tiene lugar la segunda revolución, la bolchevique de octubre (noviembre, según el calendario gregoriano). En la imposibilidad de continuar la guerra y al quedar sin contestación su propuesta de paz general e inmediata sin anexiones, los bolcheviques se vieron obligados a concertar primero un armisticio (en diciembre de 1917) y luego a firmar el 3 de marzo de 1918 el desastroso Tratado de Brest-Litovsk, que parecía prácticamente una capitulación sin condiciones. Rusia tenía que evacuar Ucrania y Bielorrusia y renunciar a sus pretensiones sobre los países bálticos y Polonia; perdía un cuarto de población, más o menos lo mismo de su capacidad industrial y la mayor parte de sus recursos mineros. En el territorio liberado había en curso de formación varios estados inde pendientes, formalmente independientes o semiindependientes: Finlandia, Ucrania, Polonia, Lituania, Letonia y Estonia, los cuales se hallaban todos, de una forma u otra, bajo la tutela o influencia de Alemania. Era un éxito asombroso.

Como cualquier hecho histórico, Brest-Litovsk puede con-

templarse bajo diferentes ángulos. En los tiempos en que los alemanes denunciaban el Tratado de Versalles, les gustaba presentar la paz que ellos le impusieron a Rusia como un modelo de solución moderado y equitativo. Para los adversarios de Alemania, por el contrario, Brest-Litovsk era un ejemplo detestable de *Pax germanica* y se lo recordaban a los alemanes para que dejaran de quejarse del Tratado de Versalles, que consideraban incomparablemente más suave. Probablemente, la verdad tenga unos matices que les faltan a estas interpretaciones contradictorias. Por supuesto que hubo una paz dictada por el vencedor, y dictada sin contemplaciones. Era una paz destinada a asegurar la supremacía alemana en la Europa central y oriental. Pero no era una paz impuesta a unos pueblos libres, sino al gran Imperio ruso, opresor de pueblos, sea en la vieja estructura zarista o en la nueva comunista que estaba en vías de consolidarse. Después del Tratado de Brest-Litovsk surgieron estados nacionales donde antes solamente existía un único dominio imperial. Desde luego, estos estados entraron en la órbita alemana. ¿Era mejor o peor que la dominación rusa? Lo ideal para ellos habría sido librarse tanto de Rusia como de Alemania. Cosa que sucedió, pero únicamente durante dos décadas, en el periodo de entreguerras (no para Ucrania, que poco más tarde volvió a anexionársela la Rusia comunista).

A la vez que Rusia salió de la guerra, Alemania arregló sus problemas también con Rumania, que se había adherido a la Entente en agosto de 1916 con el fin de incorporar los territorios mayoritariamente habitados por rumanos y que pertene-

cían al Imperio austrohúngaro (Transilvania, el Banato y Bucovina). Rumania había sufrido una primera derrota en el otoño del año 1916, cuando los alemanes, que habían acudido en apoyo de los austrohúngaros, ocuparon todo el sur del país, incluso la capital, Bucarest. Las tropas rumanas se retiraron a Moldavia y resistieron con éxito los intentos del mariscal Mackensen de completar la conquista del país. Una vez producida la defección rusa, los rumanos no tenían ninguna posibilidad de defender ellos solos todo el frente. Al igual que los rusos, concluyeron un armisticio en diciembre de 1917 y después la paz preliminar de Buftea (marzo de 1918) y la paz considerada "definitiva" de Bucarest (mayo de 1918). Era una paz en absoluto más suave que la de Brest-Litovsk. Rumania perdía Dobrogea y la mayor parte de la zona de los Cárpatos. Por descontado que habría entrado también el preconizado sistema político-económico de una Europa central dominada por los alemanes. Al menos, consiguió recuperar Besarabia (en marzo de 1918), que se desgajó de Rusia tras la desmembración del Imperio.

Se había acabado con el frente oriental (Serbia estaba totalmente ocupada ya desde finales del año 1915). Alemania tenía la guerra medio ganada. Se había librado de la obsesión de tener que luchar en dos frentes, de modo que podía concentrar todas sus fuerzas en el oeste. Resolvía, asimismo, siquiera de forma parcial, un problema de aprovisionamiento, pues podía aprovechar las riquezas naturales de los territorios que habían caído bajo su control.

Quedaba tan solo el gran golpe en el frente occidental, tanto

más necesario porque la guerra submarina casi había agotado sus posibilidades y las tropas norteamericanas estaban concentrándose, poco a poco, en Francia (unos 40.000 soldados en octubre de 1917, 160.000 en enero de 1918, 1.500.000 en septiembre de 1918… los cuales entraron en combate a principios del verano de 1918). La ofensiva alemana —en realidad, una serie de ofensivas— se desarrolla desde marzo hasta junio de 1918. Inicialmente, el éxito es espectacular y la victoria alemana parece cercana. De nuevo, las tropas alemanas se aproximan a París: cañonean la capital francesa. Pero los alemanes carecen de fuerza para seguir adelante. La contraofensiva de los aliados, desencadenada en julio de 1918 (la segunda batalla del Marne), continuará sin interrupción empujando a las tropas alemanas hacia las fronteras de Francia, hasta que Alemania acepta el armisticio del 11 de noviembre de 1918, en realidad, el reconocimiento de su derrota.

Lo que ocurrió —muy rápidamente— fue delirante. De tener una guerra ya ganada en el este (y ganada de forma aplastante) y otra desde luego aún no ganada en el oeste, pero que evolucionaba siempre a su favor, Alemania pasó en unos pocos meses a ser derrotada por completo. Intervinieron muchos factores que explican ese dramático cambio de rumbo. Primero, la contención de la ofensiva en junio de 1918 mostró a los alemanes que ya no podían ganar la guerra. Y una guerra no ganada equivalía, en una perspectiva más amplia, a una guerra perdida, puesto que el equilibrio de fuerzas se había ido modificando constantemente en detrimento de Alemania gracias a la afluen-

cia de las fuerzas norteamericanas en el frente. Además, la sucesiva defección de sus aliados dejó sola a Alemania: Bulgaria concertó el armisticio a finales de septiembre de 1918, seguida de Turquía un mes más tarde y de Austria-Hungría (que, en el frente italiano, sufrió la derrota de Vittorio Veneto y, en realidad, ni siquiera existía, pues Hungría acababa de separarse de Austria) el 3 de noviembre de 1918. Lo más grave de todo resultó el desplome de la moral. Los alemanes habían creído en la victoria y ahora ya no creían. Durante años, soportaron privaciones más duras que los aliados occidentales. Carencias de todo tipo, sobre todo alimenticias, produjeron un estado de descontento manifestado incluso a través de huelgas, cuyo número se multiplicó en 1916 y 1917, después en enero de 1918. Un rayo de optimismo se filtró con la derrota de Rusia y la última ofensiva alemana en el frente occidental, evoluciones que parecían anunciar el final próximo y victorioso de la guerra. Tanto mayor fue la desilusión cuando se llegó a un nuevo callejón sin salida. Los costes humanos de la ofensiva habían sido enormes. Se supone que Alemania habría resistido luego mejor si en lugar de forzar inútilmente la victoria hubiera pasado a la defensiva. En el verano del año 1918, el ejército alemán llegó al límite de sus fuerzas. Los actos de insubordinación se multiplicaron: deserciones, retrasos en la reincorporación a las unidades, etc. Parte de los soldados alemanes —agotados, malnutridos y con la esperanza perdida— no querían seguir luchando y muchos dejaban que los cogieran prisioneros. Los efectivos estaban incompletos a causa de los que desaparecían o no volvían al frente;

una investigación posterior alude a un millón de soldados "ausentes". ¡Se decía que Ludendorff llegó a transmitir órdenes a unas divisiones que ya no existían! El ambiente llegó a degradarse también en la retaguardia. La revolución de los marinos del puerto de Kiel en los primeros días de noviembre fue la señal para un levantamiento revolucionario en muchos lugares de Alemania. El 9 de noviembre, Guillermo II se vio obligado a abdicar: el régimen imperial se había venido abajo. Alemania ya no resistía ni en el frente ni en la retaguardia. Tan solo le quedaba aceptar la firma del armisticio el 11 de noviembre de 1918.

¿Habría podido ser diferente? En principio, todo puede ser diferente. Sin embargo, para ello, los alemanes —tanto los que estaban en el frente como los que estaban en su casa— habrían tenido que estar decididos a continuar la guerra, que era justamente lo que no querían. Inmediatamente después del armisticio, se perfiló en Alemania lo que se llama "la leyenda de la puñalada por la espalda"[34]. Presentaba dos variantes: una que la achacaba a un grupo relativamente restringido de espartaquistas, comunistas y judíos acusados de subversión; la segunda variante culpabilizaba a la retaguardia del frente en general, que había abandonado a un ejército hasta entonces invicto. Si nos atenemos a la primera versión, la leyenda es tendenciosa, desde luego, y se asienta en el archiconocido cliché de la conspiración. La segunda estaría más cerca de la verdad… a condición de extenderla más. No solo cedió la retaguardia, sino que también cedió el hasta entonces "invicto" ejército alemán (y no solo por

la influencia de la propaganda revolucionaria y de la agitación tras las líneas del frente). No hubo ninguna puñalada por la espalda, sino un colapso generalizado. Si los alemanes hubiesen hecho suya la idea de combatir hasta el final, hasta en las calles de Berlín, como ocurriría en la Segunda Guerra Mundial, a los aliados, agotados también, no les habría resultado nada fácil lograr la victoria decisiva.

Comparando sin prejuicios, el Tratado de Versalles (junto a los tratados afines: Saint-Germain con Austria, Trianon con Hungría, Neully con Bulgaria y Sèvres con Turquía) no parece ser más benevolente con los vencidos que los de Brest-Litovsk y Bucarest, impuestos por Alemania a Rusia y a Rumania. El territorio de Alemania quedó sensiblemente disminuido (y más aún si tomamos en cuenta a las colonias) y se le imponía una drástica reducción de su potencial económico y militar. A Turquía se la trató más bien como a un país no europeo y, conforme a la práctica colonialista, las potencias vencedoras se la repartieron. Es cierto que Austria-Hungría desapareció por sí sola, pero a Hungría, a lo que de ella quedó, le trazaron unas fronteras muy desfavorables y un buen número de húngaros quedaron fuera del país.

Cuando firmaron el armisticio, los responsables alemanes aún no eran plenamente conscientes de que estaban firmando una capitulación incondicional. Pronto cayeron en la cuenta; sin embargo, el paso decisivo se había dado y Alemania ya no podía reanudar las hostilidades. El artículo 231 del Tratado de Versalles decretaba que Alemania y sus aliados eran los únicos

culpables de haber desencadenado una guerra de agresión y, en consecuencia, responsables de las pérdidas sufridas por los países aliados. Como Austria-Hungría había desaparecido y los otros aparecían en cierto modo como algo residual, Alemania habría de cargar con casi todo el peso moral y material de las responsabilidades. Hoy sabemos que la culpa de Alemania fue menor que la culpa ilimitada que entonces se le atribuyó. Esa "falta de generosidad" que, en nombre de Francia, reconocía recientemente el presidente Sarkozy[35], contribuyó en gran parte, tal vez incluso de forma decisiva, a los trastornos que lanzaron al mundo a la Segunda Guerra Mundial.

La misión más delicada de los vencedores fue rediseñar el mapa político de Europa. Los imperios tenían que desaparecer y los estados nacionales ocuparían su lugar, conforme *al derecho de los pueblos a disponer de sí mismos*, principio enunciado por el presidente Wilson de Estados Unidos. Sin embargo, era más fácil enunciar el principio que aplicarlo, en especial porque lo que estaba en discusión era, en primer lugar, la Europa central, caracterizada por una amalgama de etnias entre las cuales resultaba muy difícil trazar líneas separadoras. A decir verdad, la Europa central se habría adecuado mejor a una fórmula de tipo confederal que a la separación drástica de unos territorios con mezcla de población. Lamentablemente, no se podía pasar de la noche a la mañana de una situación de discriminación y confrontación a otra de igualdad y entendimiento mutuo. El criterio que se tomó en consideración fue el idioma y la definición de un territorio como nacional se hizo atendiendo al elemento

étnico mayoritario, sin preocuparse mucho de las minorías, por numerosas que fueran. Las cosas se complicaron más aún al poner en la balanza, junto al criterio étnico, también otros, opuestos a veces a este según los intereses de quienes se hallaban en el campo vencedor. En caso de necesidad, se invocó el derecho histórico: así, Bohemia permaneció íntegramente dentro de sus límites históricos, aunque "el derecho de los pueblos" habría debido tener en cuenta la existencia de dos poblaciones bien delimitadas territorialmente, checos y alemanes. Criterios geográficos, estratégicos o, sencillamente, "el derecho" de los vencedores contribuyeron también a establecer las nuevas líneas fronterizas. Fijar el Danubio como frontera permitió la anexión a Eslovaquia de una región entera habitada por húngaros, la cual habría debido permanecer en Hungría. Al trazar la frontera entre Italia y Austria en el paso montañoso del Brennero se rompió buena parte del Tirol mayoritariamente austriaco a favor de Italia. Lo cierto es que ninguna de estas excepciones redundó en beneficio de los vencidos.

Los estados nacionales resultantes tuvieron de nacionales solo el nombre. En la Europa central, el más próximo al modelo nacional (pero todavía bastante lejos; diríamos que estaba a medio camino entre un Estado nacional y uno multinacional) fue Rumania. Las provincias anexionadas comprendían numerosas minorías (húngaros y alemanes en Transilvania, ucranianos y alemanes en Bucovina, rusos y ucranianos en Besarabia y judíos en todas las regiones); sin embargo, los rumanos al menos eran mayoritarios casi en todas partes. Por ello, el sistema de Versa-

lles resistió en Rumania mejor que en todos los demás estados nuevos. Polonia se valió del derecho étnico en el oeste, pero en el este reivindicó sus derechos históricos para, a la postre, englobar territorios habitados mayoritariamente por ucranianos o bielorrusos. De Checoslovaquia solamente puede decirse que era un Estado casi igual de multinacional que el difunto Imperio austrohúngaro: además de checos y eslovacos, abarcaba regiones compactas de alemanes, húngaros y ucranianos. A primera vista, Yugoslavia parecía más bien un Estado nacional, ya que las poblaciones eslavas que la constituían estaban muy próximas por la lengua (aunque junto a ellas se hallaban bastantes minorías: albaneses, húngaros, rumanos, alemanes…). Sin embargo, es un caso que demuestra la insuficiencia del criterio lingüístico para perfilar, en ausencia de otros factores de vinculación, una unidad de tipo nacional. Los serbios ortodoxos, los croatas católicos y los bosnios musulmanes, incluso hablando el mismo idioma, demostraron finalmente no solo ser muy diferentes, sino también hostiles unos con otros.

En tales condiciones de aplicación muy generosa del crite rio etnolingüístico (¡en realidad, la definición "alemana" de la nación!), los alemanes tenían motivos fundados para solicitar un tratamiento igualitario. Con otras palabras, a cambio de renunciar a los territorios no alemanes que poseían, conseguir reunir por fin todas las regiones alemanas. Las zonas que perdieron representaban el 13% de la superficie y el 10% de la población del Reich. Alemania se reducía de 540.000 a 472.000 km². Francia recobró Alsacia-Lorena sin referéndum: el único

caso en el cual el criterio no fue la lengua hablada, sino la pertenencia nacional conforme a la concepción francesa (realmente, la germanización e integración en el conjunto alemán había hecho muchos progresos; es difícil decir en 1918 en qué medida los alsacianos se sentían más franceses o más alemanes). Polonia recibió las provincias de Posen y Prusia Occidental (con un "pasillo" hasta el mar Báltico), de cierta mayoría polaca, pero también con una minoría alemana bastante significativa; tras un plebiscito, recibió también la extremidad oriental de Silesia. Igualmente por un plebiscito, Dinamarca volvió a posesionarse de la zona septentrional de la provincia de Schleswig. Aparte de territorios mayoritariamente no alemanes, Alemania hubo de ceder en varios lugares donde los alemanes eran mayoritarios. Así perdieron la ciudad de Danzig (actual Gdansk), que se convirtió en "ciudad libre" al final del "pasillo" polaco. En Memel (en la extremidad norte de la Prusia Oriental) tendría que haberse celebrado un plebiscito, pero los lituanos ocuparon la ciudad sin complicarse con formalismos. Malmédy, de lengua francesa, pasó a Bélgica pero, a la vez, también el distrito de Eupen, en su totalidad de lengua alemana (y para que todo fuera perfecto e irrefutable, ¡la población alemana de Eupen ratificó en un referéndum la anexión!).

En cambio, se negó tajantemente a los alemanes que estaban fuera de Alemania el derecho a unirse con Alemania. Existía un fuerte deseo recíproco de unión entre Alemania y Austria. "Expulsada" de Alemania en 1866, pero ahora sin Imperio, parecía absolutamente natural que Austria, no menos germana que

cualquier otro Estado germano, volviese al seno de Alemania. El veto que los vencedores pusieron al *Anschluss* desconcertó a los austriacos y disgustó profundamente a los alemanes. La discusión concluyó aún con más rapidez en lo tocante a la integración en Alemania de la región de los Sudetes, poblada en su gran mayoría por alemanes. La decisión fue favorable a los checos con el argumento de que ¡no podía romperse la unidad histórica de Bohemia! Estas decisiones injustas son fáciles de entender: Austria, con seis millones y medio de habitantes, y la región de los Sudetes, con tres, habrían añadido a Alemania, en términos de población y de valor general del territorio, más de lo que se había visto obligada a ceder. Después de la derrota, Alemania habría ganado en lugar de perder. Eso no podía admitirse. ¡Tanto peor para los principios: a los alemanes no se les aplicaban!

Al menos no se llegó a desmembrar Alemania, una idea no carente de adeptos en Francia y que parecía realizable toda vez que el Reich solamente databa de 1871 y que en su interior los diferentes estados habían mantenido su identidad. La cuestión de Renania fue más espinosa. Los franceses querían anexionarse este territorio situado al oeste del Rin (28.000 km^2, cinco millones y medio de habitantes y con una importante capacidad económica). Pero la anexión parecía difícil de llevar a cabo: los aliados anglosajones no la habrían aceptado y por descontado que la población germana de la región tampoco la habría recibido con entusiasmo. Quedaba la fórmula de la independencia, combinada con una unión aduanera con Francia. O, al menos,

una amplia autonomía dentro de Alemania: esta variante se apoyaba en un movimiento autonomista renano bastante activo. Los franceses perseguían que, de una forma u otra, la frontera occidental de Alemania (si no la frontera política, al menos sí la militar) se detuviera en el Rin. El mariscal Folch, el vencedor de 1918, consideraba que Francia tenía que asegurarse a toda costa una defensa avanzada en la línea de ese río. Los franceses acudieron al Congreso de Paz con la tesis de que los habitantes de Renania fueron originariamente celtas y que fueron romanizados después y solo más tardíamente germanizados, pero que todo el tiempo estuvieron sometidos a una fuerte influencia francesa. Entre unas cosas y otras, ¡estaban más cerca de los franceses que de los alemanes![36]. Los ingleses y los norteamericanos se opusieron con firmeza a esas tentativas capaces de provocar otra desavenencia del tipo Alsacia-Lorena, pero en sentido inverso. Finalmente, Clemenceau se vio obligado a ceder. No obstante, Francia siguió en los años siguientes pescando en las aguas revueltas del separatismo o autonomismo renano, pero sin obtener ningún resultado. La única posibilidad de anexión fue la pequeña región fronteriza del Sarre, de 2.000 km^2 y 800.000 habitantes. Parte de esa región perteneció a Francia hasta 1815. Pero el gran interés residía en sus ricos yacimientos de carbón. Francia obtuvo la propiedad de las minas y la inclusión de la región en su propio espacio aduanero. Quince años más tarde, un referéndum decidiría su situación jurídica posterior: la unión con Alemania, con Francia o la continuación del régimen de autonomía bajo la égida de la Sociedad de Nacio-

nes. En 1935 el veredicto de la población fue inapelable: la gran mayoría se pronunció por la reintegración en Alemania. Todas esas pretensiones francesas envenenaron más aún las relaciones entre ambas naciones y reforzaron en Alemania el espíritu de revancha.

Si se mermó el territorio del Reich, aunque no se desmembró, las posesiones coloniales alemanas fueron sometidas a un tratamiento mucho más radical: todas fueron confiscadas. Los vencedores se las repartieron bajo la protección de la Sociedad de Naciones, para dejar una mejor impresión. Gran Bretaña recibía el África oriental alemana (Tanganica, que correspondía en gran parte a la actual Tanzania). Togo y Camerún se repartieron entre Gran Bretaña y Francia. África del suroeste se le atribuía a la Unión Sudafricana, o sea, al Imperio británico. Bélgica recuperaba Ruanda. A Japón se concedía Qingdao, en China, y se repartía con Gran Bretaña las posesiones insulares alemanas del Pacífico. Lisa y llanamente, era un auténtico expolio, aunque hoy la injusticia pueda parecer menos evidente, desde el momento en que toda dominación colonial se considera injusta en relación con las poblaciones colonizadas. Ni que decir tiene que el famoso derecho de los pueblos a disponer de sí mismos no se aplicaba a las razas "de color". Para Alemania significaba menos una pérdida material que una pérdida de prestigio, una pérdida simbólica. Se le hacía saber que, en adelante, quedaba limitada a su espacio europeo, en contraste con Gran Bretaña y Francia, potencias mundiales, con posesiones e intereses en todos los continentes. Una humillación más.

Había que "reducir" a Alemania en toda su dimensión. El ejército se limitaba a 100.000 hombres y exclusivamente para mantener el orden interno. La flota de guerra fue hundida para no tener que entregarla. En lo económico, a Alemania se le impusieron obligaciones discriminatorias de todo tipo. Pero el colmo del abuso lo alcanzó la deuda de guerra, fijada en 1921 en la enorme cantidad de 132.000 millones de marcos-oro; conforme a un fraccionamiento posterior, ¡Alemania habría tenido que pagar hasta 1988! Las dificultades económicas y financieras fueron causa desde el principio de un retraso en los pagos. Francia aprovechó la ocasión para ocupar la región del Ruhr en 1923 con la intención, además, de forzar a Alemania al pago de las cantidades convenidas, de poner a su servicio el potencial económico de la región y de estimular el separatismo renano. Al final, la operación fue un fracaso; las fuerzas francesas se retiraron en 1924 y ese mismo año, con la adopción del Plan Dawes, se recalculó la deuda alemana de una forma menos onerosa. En total, Alemania pagaría (hasta que la "perdonaran" en 1932) la cantidad de 23.000 millones de un total de 132.000, desproporción que ilustra lo excesivo de las pretensiones iniciales.

La responsabilidad de Francia a la hora de provocar en Alemania un estado de desesperación fue mayor que la de sus aliados anglosajones. Estos exhortaron más de una vez a París a comportarse con moderación. Inicialmente, tampoco parecían convencidos de los derechos de Francia sobre Alsacia y Lorena; en todo caso, no aceptaron sus pretensiones sobre Renania. Por otro lado, poco después, Estados Unidos adoptó una línea polí-

tica "aislacionista" y se desinteresó de Europa. Gran Bretaña continuó con su tradicional estrategia del equilibrio europeo: con una Alemania debilitada, no era cuestión de reforzar mucho a Francia. Sin embargo, entre Francia y Alemania las cosas eran más complejas. Se había desatado una serie de conflictos ya desde la época de las guerras napoleónicas. Ora los alemanes, ora los franceses tenían que tomarse la revancha por las derrotas y pérdidas anteriores. Como Inglaterra ocupaba una posición especial de potencia con intereses en todo el mundo, los dos países competían entre sí por ostentar la categoría de primera potencia europea. A la sazón, los franceses tenían mucho que recuperar y mucho que pagar: la derrota de 1870, la pérdida de Alsacia y Lorena, el haber pasado a ocupar el lugar de una potencia de segundo orden en relación con Alemania, la invasión de 1914, la ocupación alemana de una parte del territorio francés, con todos los perjuicios y traumas que de ella se derivaron… Desde el punto de vista francés, Alemania había de pagar sin ningún límite, con creces. Un empobrecimiento tal de la potencia rival tenía que llevar a invertir los papeles: una Francia de nuevo primera potencia europea (con mayor motivo porque Rusia se quedó un tiempo fuera de juego). El nuevo proyecto hegemónico francés se manifestó de todas las modalidades posibles, por su presencia o por intervenciones militares en distintas zonas de Europa, por intentos de apoderarse de la "herencia" económica alemana, por cultivar estrechas relaciones con los nuevos estados de la Europa central (Polonia y la Pequeña Entente: Checoslovaquia, Rumania, Yugoslavia). El problema, no

obstante, era que esa política resultaba demasiado ambiciosa para las fuerzas de Francia. Incluso disminuida, Alemania seguía siendo mayor y, potencialmente, más poderosa que su adversaria: sesenta millones de alemanes en el interior de las nuevas fronteras, en 1919, frente a cuarenta de franceses; de igual forma, por grandes que hubieran sido las pérdidas y dificultades de la posguerra, la capacidad económica de Alemania, principalmente la industria, superaba con mucho las posibilidades de la economía francesa. El espíritu de revancha de los franceses es comprensible después de todo lo que había acontecido, así como sus sueños de hegemonía, nutridos por la nostalgia de una época en que Francia era, de lejos, la primera potencia europea. Una política más comprensiva con Alemania —para ser sinceros, más fácil de imaginar ahora que en el ambiente de entonces — habría podido tener, no obstante, efectos positivos sobre la evolución ulterior de los acontecimientos. También Francia trabajó sin saberlo y sin quererlo en la subida de Hitler al poder y en la preparación de su propia derrota dos décadas más tarde. Es significativo que, de todas las campañas de la Segunda Guerra Mundial, la más popular en Alemania fuera la ofensiva contra Francia de mayo y junio de 1940. La derrota de esta, rápida y completa, se percibió como una lección merecida por las humillaciones que Alemania hubo de soportar al final de la contienda precedente.

El mundo previo a la Primera Guerra Mundial habría podido evitar esa conflagración. Sin embargo, es difícil imaginar cómo habría podido el mundo posterior evitar la segunda. El recorrido conduce casi inevitablemente de una guerra a la otra. En la Europa del año 1914 existía un equilibrio de potencias que, por desgracia, funcionó mal en el momento decisivo. En la Europa posterior a 1918 ya no existía ningún tipo de equilibrio y las contradicciones eran más fuertes que antes de la guerra. Estados Unidos se lavó las manos, Francia desempeñó un papel que le venía grande y Alemania y Rusia acechaban el momento de recuperar lo perdido o incluso más. La Europa centro-oriental, completamente fragmentada después de la desaparición del Imperio austrohúngaro, se presentaba como una presa ideal. Frente a Alemania, en 1914, se abrían muchas vías virtuales. Después de 1918, el camino se estrechaba y conducía cada vez más directamente a la catástrofe.

Primero y principal, el final de la guerra resultó intolerable para los alemanes, casi incomprensible. Ellos habían tenido la impresión casi de haberla ganado, para, de la noche a la mañana, enterarse de que en realidad la habían perdido y encima de

forma desastrosa. Habían tenido la convicción de haber hecho una guerra defensiva y al final les dijeron que precisamente ellos habían sido los agresores. Habían tenido la sensación —justificada en buena medida— de que la civilización alemana había alcanzado un punto muy alto y se encontraron arrojados, sin miramientos, a los confines del mundo civilizado. Ningún alemán podía aceptar tales consecuencias. Alemania estaba "programada" para tomarse la revancha.

No era la República de Weimar la llamada a atarla corto[37]. Se había instalado de la noche a la mañana en todo el Imperio, en medio de la situación creada por la derrota, por la ola revolucionaria y por la abdicación de Guillermo II. Nunca fue muy querida. La columna vertebral del régimen la constituían los socialdemócratas, que también pasaban por una crisis de identidad. Habían renunciado a seguir siendo un partido revolucionario sin por ello atraerse la simpatía de la burguesía, pero provocaron una honda brecha entre ellos y los comunistas. En la derecha, quedaba viva la nostalgia del Imperio y en la extrema izquierda, la de una revolución que no había ido hasta el final. Muchos alemanes de derechas se adhirieron a la República por cálculo u oportunismo, no por tener ningún sentimiento republicano; tampoco el electorado socialista estaba demasiado contento con una república más burguesa que social y la consecuencia fue, sobre todo en los años de la crisis económica, la erosión de los votos tradicionales del Partido Socialdemócrata. Los escritores y los artistas —categorías influyentes en un periodo de gran efervescencia cultural—, liberados de los prejuicios y

coacciones de la Alemania imperial, no solo no alababan el nuevo estado de cosas, sino que manifestaban su falta de adaptación a la sociedad en la cual vivían.

La gobernación estuvo asegurada durante años por una coalición entre los socialdemócratas y dos formaciones burguesas moderadas: “el Centro” y el Partido Demócrata Alemán. Los tres partidos obtuvieron las tres cuartas partes de los sufragios en enero de 1919, pero al año siguiente bajaron a menos de la mitad y, desde entonces, nunca tuvieron la mayoría absoluta. Para seguir conservando algo de la idea “imperial” del Estado, la Constitución republicana había concedido importantes poderes al presidente; este podía disolver el Reichstag y nombraba al canciller sin verse obligado por la relación de fuerzas en el legislativo. El primer presidente fue el socialdemócrata Friedrich Ebert. Le sucedió en 1925 el mariscal Hindenburg, elegido en la segunda vuelta del escrutinio con el 48,3% de los votos frente al 45,3% que obtuvo el centrista Marx. Hindenburg, un militar aristócrata fiel a la tradición imperial, no era, desde luego, republicano; su elección se debió a que buena parte del cuerpo electoral seguía siendo escéptica (o, incluso, claramente hostil) respecto al simbolismo republicano. Por otro lado, Hindenburg tendría su papel en la llegada de Hitler al poder, no porque apreciara al pequeño cabo austriaco al que él, todo un mariscal prusiano, tan solo podría mirar por encima del hombro, sino porque aún sentía menos consideración por la república de la que era presidente. Ello no quiere decir que la República de Weimar no habría podido mantenerse pese a todas sus insufi-

ciencias, pero en un mar en calma o con una moderada marejada y no en medio de una gran tempestad.

Tampoco la economía alemana fue después de la guerra lo que había sido antes: se descompuso, como se descompusieron todas las cosas. No es el único país que pasó por dificultades, pero tampoco hubo ninguna otra gran nación industrial que tuviera entre 1918 y 1933 tantos años económicamente desastrosos como Alemania. Por supuesto, el origen de los desarreglos no se debe solo a las consecuencias de la guerra, pero es innegable que estas fueron la parte más sustancial. Sin embargo, nuevamente hemos de decir que el papel clave es el de las "percepciones" más que el de las "realidades". Más allá del peso real (imposible de cuantificar) de los efectos de la derrota, está el hecho de que, en la percepción alemana, las imposiciones del Tratado de Versalles y, especialmente, las reparaciones de guerra fueron la causa principal de la pobreza del país ("los hombres de negocios con dificultades, el profesor mal pagado, el obrero en paro, todos echaron la culpa de sus desgracias a las reparaciones")[38].

Para poner coto a la tensión social y conforme a su propia filosofía social y estatalista, la República de Weimar intervino en los ámbitos más sensibles y el gasto sobrepasó el límite de la prudencia. Se destinaron cantidades considerables a las víctimas de la guerra (casi 2.700.000 inválidos, más de medio millón de viudas, un millón largo de huérfanos, etc.). También fueron costosas las ayudas para la construcción de viviendas, donde la crisis era aguda por la interrupción de la actividad durante los

años de guerra y la afluencia de refugiados que llegaban procedentes de los territorios cedidos. Finalmente, se completó y amplió el sistema de seguridad social que existía desde los tiempos de Bismarck. La presión a la que se vio sometido el presupuesto fue enorme y corrió el riesgo, difícil de eludir, de caer en inflación. En enero de 1923 se produjo la ocupación del Ruhr por los franceses y la resistencia pasiva decretada por el Gobierno contra el ocupante, paralizando los transportes y las actividades industriales, provocó prácticamente un colapso económico. La inflación, ya en aumento, se convirtió en hiperinflación, con récords jamás alcanzados en la historia. En enero de 1923, un dólar norteamericano valía no menos de 18.000 marcos, pero aquello era el principio; ¡en noviembre del mismo año, alcanzó la cota de cuatro mil doscientos millardos de marcos!

La situación se estabilizó en 1924, pero años realmente buenos hubo pocos, tan solo hasta 1928. El índice de producción industrial apenas si superaba el de 1913 (si tomamos la cifra de 100 en 1928, la curva indicaba 98 en 1913, 37 en 1919 y 70 en 1922). El crecimiento no fue muy saludable. La penuria de capitales —que tampoco habían abundado en Alemania antes de 1914— se hizo muy aguda; de ahí la necesidad de créditos externos y la sensibilidad ante cualquier seísmo financiero que se produjera en el exterior. La gran crisis económica se dejó sentir en Alemania antes incluso que en los demás países industriales, pues los primeros síntomas aparecieron en la segunda mitad del año 1928. Dependiente muy en especial de la financiación norteamericana, la economía alemana se resintió plenamente en

los años siguientes por el impacto de la crisis que afectó a Estados Unidos. En relación con el índice de producción industrial, 100 en 1928, el nivel se mantiene en 1929 para bajar a 87 en 1930, a 70 en 1931, a 58 en 1932 y remonta a 66 en 1933. La media anual de parados era de casi un millón novecientos mil en 1929, pasa de tres millones en 1930, cuatro millones y medio en 1931 y cinco millones seiscientos mil en 1932; lo cual supone un 8,5% de la población activa en 1929 y un 29,9% en 1932. Tras la guerra, hubo un desastre seguido por un breve periodo de esperanza y luego por una nueva caída: los alemanes sufrieron un tratamiento de *shock* de una violencia inusitada.

Se sucedieron años de humillación que empezaron con el armisticio de noviembre de 1918 y culminaron con la ocupación del Ruhr en 1923. El desenlace final de ese episodio, no obstante, perjudicó a Francia, que se vio aislada, sin poder llevar a cabo ningún objetivo. Hubo un cambio de rumbo: Alemania tomó la iniciativa y la mantendría mientras estuvo Gustav Stresemann al frente de la política externa, desde 1923 a 1929. Su apuesta fue que Alemania recuperase la posición de potencia que tenía antes de la guerra, pero no por la fuerza, sino mediante un paulatino entendimiento con los vencedores[39]. Una política de pequeños pasos: Alemania tenía que convencer de su buena fe y volver a ganar con el tiempo una parte al menos de lo que había perdido y quizá más. Con habilidad, Stresemann supo explotar las disensiones franco-británicas y la disposición pacífica y conciliadora de su colega francés Aristide Briand. En 1925, por el Acuerdo de Locarno, las potencias occidentales ga-

rantizaron las fronteras comunes de Alemania, Francia y Bélgica y dejaron implícitamente abierta la posibilidad a determinadas revisiones en la zona oriental. En 1926, Alemania es admitida en la Sociedad de Naciones; con otras palabras, salió de la cuarentena política en la que había estado hasta entonces. Stresemann tenía como objetivo, a más largo plazo, obtener una nueva frontera con Polonia (principalmente, la recuperación de Danzig y del "pasillo"), la unión con Austria (el *Anschluss*) y recuperar un espacio colonial. Pero, en realidad, no consiguió alcanzar ni los objetivos que parecían más simples: el territorio de Eupen que, de forma abusiva, había sido incorporado a Bélgica, la recuperación del Sarre sin tener que celebrar un referéndum y la retirada anticipada de las tropas francesas de Renania. Acerca de la estrategia de Stresemann, la opinión pública alemana estuvo dividida entre los que esperaban que podría conseguir algo, aunque fuera al precio de determinadas renuncias, y los que consideraban que, metiéndose en un juego "legalista", Alemania lo único que hacía era ratificar el orden impuesto por los vencedores. Inicialmente, las esperanzas fueron grandes, pero al final se acentuó la sensación de insatisfacción. En el fondo, en lo tocante al problema crucial, la recuperación, aunque fuese parcial, de los territorios perdidos, ¡no se consiguió nada!

¿Habría tenido éxito Stresemann al final? Es difícil creerlo: los vencedores no habrían aceptado mutilar el sistema de Versalles. Hablando francamente, la alternativa era o una revisión radical o ninguna, pero no por los medios de Stresemann, sino por los que empleó Hitler una década más tarde. Incluso en la

versión más optimista, el hábil diplomático habría necesitado mucho tiempo para obtener mínimas concesiones y un periodo de calma para que se consolidase la confianza de las potencias europeas en Alemania. No hubo lugar ni para lo uno ni para lo otro. En 1929, Stresemann murió de repente; solo tenía 50 años. Podría decirse que su desaparición fue simbólica. Esa desgracia abría el camino a unos procedimientos menos diplomáticos. No solo Alemania como Estado, sino también los alemanes como nación no tenían la menor intención de renunciar a unos objetivos territoriales que consideraban absolutamente justificados.

Resulta revelador observar el porcentaje de votos obtenidos por los nazis en las elecciones legislativas desde 1924 hasta 1933. Helo aquí[40]:

TABLA 2
PORCENTAJE DE VOTOS DEL PARTIDO NACIONALSOCIALISTA ENTRE 1924 Y 1933

Mayo 1924	6,5%
Diciembre 1924	3%
Mayo 1928	2,6%
Septiembre 1930	18,3%
Julio 1932	37,4%
Noviembre 1932	33,1%
Marzo 1933	43,9%

Se constata fácilmente que el periodo de relativo equilibrio y crecimiento económico entre 1924 y 1928 no les favoreció nada. En cambio, la crisis económica los ayudó extraordinariamente. Así y todo, el porcentaje más alto que obtuvieron fue del 37,4%. A partir de ahí, a los pocos meses tiene lugar un retroceso de varios puntos: 33,1%, menos de lo que registraba la suma de socialistas y comunistas (solo que no iban juntos). Señal de que el Partido Nacionalsocialista había alcanzado su techo. El descenso habría continuado con toda seguridad junto a

los signos de salida de la crisis. Si Hitler no hubiera logrado alcanzar el poder en enero de 1933 (tal y como ocurrieron las cosas), no habría tenido ninguna otra oportunidad. Lo ayudó la democracia, desde luego. Sin el sufragio universal ni amplias libertades políticas, los nazis no habrían podido llegar tan alto. Pero la democracia (con la crisis al fondo) tan solo les aseguró un tercio de los votos. Se sumó el apoyo de una derecha hostil a la República de Weimar, pero muy alejada de las intenciones revolucionarias de los nazis: una derecha que equivocó la jugada y se engañó. Es un hecho constatado que Hitler no obtuvo nunca la mayoría en Alemania antes de convertirse en el amo del país. También las elecciones de marzo de 1933 fueron significativas: el 43,9% de los votos, menos de la mitad, en condiciones de intimidación e incluso de terror contra los adversarios políticos.

En su carrera por el poder a principios de los años treinta, los nazis contaron con el voto masivo de la clase media y de una parte menor del voto obrero. Pero las razones por las que este voto fue al nazismo no fueron las que podrían suponerse hoy en una lectura superficial de la historia. Las ideas fijas de Hitler, expresadas en su libro programático *Mein Kampf* (1925-1926), eran exterminar a los judíos y extender las fronteras de Alemania lo más lejos posible al este mediante la destrucción de Rusia. La raza alemana purificada poblaría así un extenso Imperio. Esos objetivos los persiguió el *Führer* con tenacidad tan pronto como llegó al poder. Pero a través de ellos y solo por ellos nunca lo habría alcanzado. ¿Cuántos alemanes lo votaron únicamente para quitarse de encima a los judíos o para colonizar Rusia? El

problema de los alemanes eran las repetidas crisis de la sociedad en la que vivían y la humillación que les impuso el Tratado de Versalles. Perfectamente manejado por Goebbels, imbatible especialista en la materia, la propaganda electoral nazi apostó por el profundo descontento y la expectativa de las gentes y adaptó su discurso, aparte de los temas generales, a cada sector en particular. Una Alemania poderosa y unida, sin barreras entre las clases y sin conflictos sociales; una Alemania próspera y reasentada entre las grandes potencias del mundo: esa era la esencia del mensaje. El racismo y el antisemitismo, el núcleo duro de la doctrina nazi, se dejaron de lado o, en cualquier caso, quedaron muy atenuados, pues se consideraban con toda razón contraproducentes como temas electorales. No solo la mayoría de los alemanes no votaron a Hitler, sino que la mayor parte de quienes lo votaron no lo hicieron, en el fondo, por lo que constituía el perfil específico de la doctrina nazi. Fue un voto producto de la desesperación y la esperanza. Que se pagó caro.

¿En qué medida se adhirieron los alemanes al régimen nazi en los años siguientes? Para responder a esa pregunta, las consultas electorales no tienen ninguna relevancia; en 1938, 48.850.000 electores dijeron "sí" a la lista única y tan solo 75.000 se pronunciaron en contra. Para conseguir esa aparente cuasiunanimidad en torno a su proyecto, los nazis aniquilaron a la oposición, lógicamente. Los líderes políticos o de opinión, socialistas, liberales, comunistas, universitarios, judíos, etc., o bien estaban en las cárceles y campos de internamiento o bien en el exilio. Por otro lado, los éxitos del régimen tuvieron un

impacto, pues cumplió algunas de sus promesas. Se relanzó la economía, el desempleo bajó de seis millones en 1932 a un millón a fines de 1937. Como puede comprenderse, el régimen se jactó de sus logros económicos. Los historiadores han reducido algo sus proporciones. Sin el nazismo, una vez que Alemania hubiese salido de la crisis, habría registrado, al igual que los otros países, un crecimiento económico y una disminución del paro. Pero es cierto que, en las condiciones dadas, un régimen totalitario dispuso de medios más eficaces para movilizar recursos y personas. Las grandes obras públicas, principalmente la construcción de autopistas, y las inversiones en la industria pesada —en la industria armamentística, en primer lugar— estimularon la economía en su conjunto y ofrecieron numerosos puestos de trabajo; la reintroducción del servicio militar obligatorio también tuvo su contribución a la disminución del desempleo. Según recientes estimaciones, considerando 100 el PIB en 1932, se llegó en el año 1938 en Alemania (sin Austria y los Sudetes) a 155, mientras que Gran Bretaña registró únicamente 125 y Francia un índice todavía menor, 113[41]. Subieron los salarios, no mucho, pero subieron. En conjunto, y sobre todo comparado con el desastre de los años de la crisis, la situación social mejoró sensiblemente, cierto que pagando el precio correspondiente: la pérdida de las libertades. Al mismo tiempo, los puntos marcados por Hitler en el plano europeo, a saber, la anexión de los territorios germánicos (Austria y la región de los Sudetes) y la reafirmación del Reich como potencia de primer rango tenían que satisfacer a una nación que había sentido has-

ta lo más hondo la humillación de Versalles.

La impresión es que hubo una adhesión masiva a la política de Hitler, al menos en el periodo de los grandes éxitos (que fue erosionándose en los últimos años, cuando la guerra tomó un giro desfavorable para Alemania). De ahí podría sacarse con facilidad (con demasiada facilidad) la conclusión de una responsabilidad colectiva. Ese juicio debería tener en cuenta la condición específica de los sistemas totalitarios. El nazismo no puede contemplarse únicamente en sí mismo, sino en el contexto de una tipología que encontramos también en la Italia mussoliniana (aunque de forma menos acentuada) y plenamente en los regímenes comunistas. No resulta adecuado de ninguna manera sopesar el comportamiento de una sociedad "cerrada" por analogía con los valores y reacciones propios de una sociedad "abierta". Por ejemplo, la convocatoria a las urnas en un régimen totalitario equivale a una ceremonia de apoyo unánime, en absoluto a una consulta electoral auténtica. Los himnos de alabanza al líder supremo o al partido único forman parte de un ritual y no definen grado alguno de convicción. En democracia también se manipula a la gente; siempre se la ha manipulado. Pero, al menos, en los regímenes democráticos la manipulan en varios sentidos, lo cual se traduce en una diversidad de opciones. En los totalitarismos tiene lugar una manipulación única y masiva cuyo resultado es lavar el cerebro de forma total o parcial (pues solamente una minoría bastante restringida es inmune a este procedimiento). Seguro que sí hay bastantes entusiastas seducidos por lo que suponen que es la nueva condición he-

roica de la existencia; seguro que también hay gente ligada al régimen totalitario por intereses y ventajas de todo tipo. Pero la mayoría la compone una masa influenciable y manipulable. Ya desde el principio existe un miedo generalizado: el individuo se siente falto de defensa, atrapado en un engranaje implacable que puede aplastarlo en cualquier momento. En todas partes resulta decisiva la alteración desconcertante de los puntos de referencia. El mundo de los totalitarismos se presenta como un mundo nuevo construido con criterios sociales y morales completamente diferentes, opuestos a los del mundo "anterior". Da la impresión de haberse instalado definitivamente en la historia, sobre las ruinas del "antiguo mundo". Así se presentaba el "Reich de los mil años", así se presentaba el comunismo, que afirmaba ser la culminación de la evolución humana en su integridad. El juicio individual cede ante lo que parece ser el veredicto de la historia (que, a menudo, en una esquizofrénica mezcla de contradicciones, Orwell definía con el sintagma de "doble pensamiento"). La historia siempre tiene razón. Son pocos los que conservan una plena independencia de espíritu y menos aún quienes tienen la osadía —o la inconsciencia— de oponerse de manera efectiva. Los activistas del régimen, instrumentos suyos directos, son una minoría. Pero, de hecho, la mayoría lo sostiene por la docilidad con la que se somete a las órdenes. Así pues, cierta "responsabilidad colectiva" existe, pero no como consecuencia de una opción libre y voluntaria y, en ese caso, de una culpabilidad equivalente, sino en el sentido de una vinculación pasiva ante la falta —real o aparente— de alternativas. Los ale-

manes no fueron el problema, sino los mecanismos propios del totalitarismo (en Alemania y en todas partes donde esos regímenes existieron) sobre un fondo frágil de convicciones y comportamientos humanos.

Los golpes de fuerza de Hitler anteriores a la guerra representan solo una primera etapa de su plan de expansión y dominación. Pero si los separamos de todo lo que siguió, aparecen como soluciones, brutales, por supuesto (¿acaso lo contrario era posible?), de la inmensa frustración alemana que resultó de las decisiones que le impusieron en Versalles. La entrada del ejército alemán en Renania en marzo de 1936 (en su propio territorio) confirmaba en el fondo un derecho de todo Estado soberano que a Alemania le habían menoscabado. El *Anschluss* en marzo de 1938 encarnaba por fin la unión de Alemania y Austria, un viejo anhelo de alemanes y austriacos (¡todos eran germanos!); desde luego, habría sido preferible que se hubiese hecho en condiciones democráticas y no como un paso a la guerra que daba un régimen totalitario. El pacto de Múnich de octubre de 1938 supuso una vulneración flagrante de la soberanía de Checoslovaquia, pero no debemos olvidar que ese país había sido un "invento" del sistema de Versalles. Según los principios de Wilson aplicados a las otras naciones, la región de los Sudetes tendría que haber sido considerada alemana y no checoslovaca. Todo parece feo porque se trata de Hitler y de sus métodos y objetivos, pero el que Alemania tuviera razón en esa disputa territorial no puede ignorarse ni negarse (sin que semejante afirmación signifique —¿hay que volver a decirlo?— reabrir

casos definitivamente cerrados). Si el Tratado de Versalles se hubiese redactado de otra forma, no se habría llegado a eso, ni a Hitler ni a la Segunda Guerra Mundial. La timidez de Francia y Gran Bretaña, que cedieron con facilidad en Múnich, se explica por el deseo de paz del Gobierno y de la opinión pública de los respectivos países, lo cual los colocó en una neta posición de inferioridad frente a un dictador dispuesto a jugárselo todo a una carta. Pero la explicación también reside, al menos en parte, en la falta de convicción de las dos potencias occidentales en lo tocante a la validez de Checoslovaquia y en el reconocimiento tácito de que había cierta razón en las reivindicaciones alemanas. Lo que está en discusión es una cuestión de principios y no la estrategia de Hitler, al cual no se le pasaba por la imaginación limitarse a las fronteras étnicas: solo unos cuantos meses después de Múnich se anexionó todo el territorio checo con el estatuto de "protectorado".

Tras esas anexiones, la extensión del Reich llegó a ser de 637.000 km² y la población aumentó a casi 87 millones de habitantes, muy superior a antes de 1918; en población casi igualaba a la de Gran Bretaña (47 millones) y Francia (42 millones) juntas. Si Hitler se hubiera detenido ahí, Alemania habría sido, con mucho, la mayor potencia europea. Desde luego, del proyecto "puramente" alemán aún quedaba por recuperar Danzig; esa fue la gota que colmó el vaso: Gran Bretaña y Francia ya no aceptaron esa nueva pretensión que apuntaba en realidad a toda Polonia (destinada a que se la repartieran entre Alemania y la Unión Soviética) y así se llegó a la Segunda Guerra Mundial.

Hitler no tenía la menor intención de pararse: para él, la consecución de la unidad nacional alemana no significaba el final, sino el principio de un proyecto de mucha más envergadura. La mayor parte de los alemanes seguramente se habrían conformado con lo realizado hasta entonces; quisieran o no, tuvieron que estar a su lado. Nadie les preguntó y, aunque les hubieran preguntado, en un régimen totalitario las respuestas se saben de antemano.

Con Polonia, las cosas se resolvieron rápidamente; totalmente derrotada en solo tres semanas, su mitad occidental (incluida Varsovia) quedó anexionada al Reich. En junio de 1940, Francia se quedó fuera de combate; el ejército alemán ocupó una parte del país y la otra, al sur, quedó bajo la autoridad del Gobierno de Vichy, dependiente a su vez de la potencia vencedora. Los ejércitos alemanes habían invadido entretanto Dinamarca y Noruega, Holanda, Bélgica y Luxemburgo. Pero el proyecto de invadir Gran Bretaña fracasó, ya que la "batalla de Inglaterra" se saldó con fuertes pérdidas para la aviación alemana; su condición insular salvaba una vez más a los británicos. Vuelve la pregunta: ¿qué habría pasado si Hitler se hubiese detenido ahí? La respuesta es que tenía grandes posibilidades de ganar la guerra o, al menos, de no perderla. Al este, la Unión Soviética se habría quedado tranquila, satisfecha con lo que le había ofrecido el Pacto Ribbentrop-Molotov en agosto de 1939: la Polonia oriental, los países bálticos, Besarabia y la Bucovina del norte arrebatadas a Rumania… Difícilmente habría podido Hitler dejar a Inglaterra fuera de combate, pero tampoco esta podía

hacerlo con Alemania. Ni siquiera la entrada de los Estados Unidos en la guerra habría tenido un efecto decisivo. Con las tropas alemanas concentradas enteramente en el frente occidental, una invasión anglo-norteamericana resultaba harto problemática.

Esta lógica no era la de Hitler. *Su* guerra tenía que ser a toda costa la guerra, la guerra total, la guerra de exterminio contra la Unión Soviética (el aliado provisional de 1939). Por otro lado, Hitler esperaba que franceses y británicos cedieran en la cuestión de Polonia, al igual que lo habían hecho antes en el momento del *Anschluss* y después con la desmembración de Checoslovaquia. Él no quería la guerra con Francia e Inglaterra y menos aún con los Estados Unidos. Es cierto que con Francia había que ajustar cuentas, Alsacia-Lorena y en especial la humillación siempre presente de Versalles que, en su mayor parte, se le achacaba a ese país. Eso para Hitler era una cuestión secundaria. Con Inglaterra, también un país de “raza” germánica, habría deseado más bien una alianza, un acuerdo para repartirse el mundo: los mares para Inglaterra y el continente para Alemania.

Ya en *Mein Kampf* Hitler había expresado su convicción (a la que no renunció en ningún momento) de que Alemania no tenía que concebir su expansión ni al oeste ni al sur, sino al este. Sin quererlo, se vio con una guerra en el oeste al dar el primer paso hacia el este y desmantelar Polonia. Su idea era que Alemania, tal y como se presentaba, no podía considerarse en verdad una gran potencia. No lo había sido ni en 1914 (de ahí la

derrota), ni se había convertido en una potencia lo bastante grande con las sucesivas anexiones de 1938 y 1939. Países grandes —y solamente con ellos cabía la comparación— eran el Imperio británico, a su manera, aunque muy fragmentado, y sobre todo las extensas potencias continentales: los Estados Unidos, Rusia y China. De todos ellos, Estados Unidos era el modelo a seguir. Es interesante constatar lo sensible que fue Alemania a los distintos modelos que imitó sucesivamente. Primero, se conformó con ocupar el lugar de Francia como potencia continental. Luego ambicionó la posición de Inglaterra de potencia marítima y colonial. Con la llegada de Hitler, los Estados Unidos pasan a primer plano: parte entera de un continente poblada de colonos de raza "nórdica" en detrimento de los indios autóctonos, expulsados de sus tierras o, lisa y llanamente, exterminados[42]. En su adolescencia, Hitler era un apasionado lector de las novelas de aventuras de Karl May centradas en el salvaje Oeste y en las guerras contra los indios y ahí reside, en buena parte, el origen de su interés por el espacio norteamericano[43]. Vio una salida a la frustración causada por la derrota de 1918 precisamente acudiendo al imaginario norteamericano de May. Para la mayoría de los alemanes, habría bastado con que su país recuperase la posición de 1914. Para Hitler, por el contrario, las fronteras de 1914 no resolvían nada, ni siquiera con la inclusión de los territorios germánicos limítrofes. Se habría llegado de nuevo a la situación que se saldó con la derrota de Alemania, ni más ni menos. La única solución era que Alemania se convirtiera en una Norteamérica de Europa, en un Estado que domi-

nase la mayor parte del continente y no en una simple confederación de pueblos bajo dominio alemán (tal y como se presentaban los objetivos alemanes en la Primera Guerra Mundial), sino poblando con elementos germánicos unos territorios que previamente serían "depurados" de la presencia de los otros. Semejante proyecto solo podría tener un nombre: Rusia[44]. Allí y solamente allí se encontraban aquellas extensiones interminables que el Reich necesitaba para convertirse en un país verdaderamente grande, al igual que una población considerada inferior, destinada a ser expulsada, reducida a esclavitud o exterminada. Según la lógica estricta de la guerra, Hitler cometió un error al desencadenar en junio de 1941 las hostilidades contra la Unión Soviética mientras todavía luchaba contra Inglaterra y cuando ya se vislumbraba la entrada en el conflicto de los Estados Unidos. Pero no erró absolutamente nada conforme a su propia lógica. Su misión histórica era extender la dominación alemana sobre las estepas rusas. Consideraba que una victoria sobre Rusia, que suponía rápida, pondría a su disposición los inmensos recursos de ese país y consolidaría sus posibilidades en la confrontación posterior con los anglonorteamericanos. Sin embargo, los rusos aguantaron, de suerte que Alemania tuvo que luchar, como en la Primera Guerra Mundial, en dos frentes e incluso en tres, si tenemos en cuenta el frente italiano en un momento dado. Una guerra así únicamente podía perderla.

Ni que decir tiene que la expansión al este no es algo que se inventó Hitler. El *Drang nach Osten* fue una constante en la his-

toria alemana: la parte oriental del Reich se extendía por territorios antaño eslavos y las islas alemanas esparcidas por el Volga parecían indicar la senda de una futura marcha gloriosa. En vísperas de la Primera Guerra Mundial, las personas y organizaciones más enfervorizadas, como la Liga Pangermana, imaginaron proyectos inconcretos de anexiones y colonizaciones en la zona báltica y en Polonia (aunque, en realidad, los alemanes no consiguieron finalmente ni la colonización interna en las zonas orientales del Reich, donde se mantenía todavía una mayoría polaca). El tema se puso de actualidad durante los años de la guerra a medida que avanzaban las fuerzas alemanas por las orillas del Báltico, Bielorrusia y Polonia y se agudizó después del Tratado de Paz de Brest-Litovsk. A juicio de Ludendorff, Crimea habría sido el lugar ideal para una colonización alemana. Pero los responsables políticos se mostraron reticentes por miedo a despertar susceptibilidades en los pueblos que acababan de desgajarse del antiguo Imperio zarista: ¿cómo iban a atraerse a Ucrania si planeaban la colonización de Crimea? Resulta imposible saber lo lejos que habría llegado la expansión oriental de Alemania en caso de una victoria definitiva. Durante la República de Weimar, dos autores contribuyeron especialmente al debate en torno al "espacio vital" *(Lebensraum)*: el "geopolítico" Karl Haushofer, profesor de la Universidad de Múnich, cuyos argumentos puede que llegaran a Hitler a través de su admirador Hess, y Hans Grimm, autor de la novela que lleva el explícito título de *Volk ohne Raum*, o sea *Un pueblo sin espacio*, publicado en 1926 y que fue un éxito de ventas. Pero en lo refe-

rente a la estricta expansión territorial, Haushofer no iba más allá de unificar todos los territorios germánicos y restaurar el Imperio colonial, mientras que a Grimm le interesaban exclusivamente las colonias[45]. Según puede verse, aunque hizo suyas tendencias preexistentes, Hitler fue incomparablemente más lejos: desde una Europa oriental, zona de influencia y *hinterland* económico de Alemania, a una Europa oriental anexionada y colonizada.

Digamos también que la historia volvió a tender una trampa a los alemanes. Cuando empezó la guerra, los súbditos del *Führer* no se mostraron muy optimistas e incluso los generales albergaban sus dudas. El haber derrotado con una facilidad inesperada al ejército francés, considerado el mejor del mundo, creó de repente la sensación de ser invencibles y catapultó a Hitler, a sus propios ojos y a los de otros, al rango de genio militar sin igual. Poco antes, la inmensa Rusia había estado en un tris de ser derrotada por la pequeña Finlandia: ¡una prueba lamentable para el Ejército Rojo! Si Francia hubiera resistido mejor y Rusia hubiese derrotado con facilidad a los finlandeses, quizá Hitler habría sopesado con más fundamento los pasos siguientes. Pero así, ¿cómo iba a dudar del éxito de la campaña del este?

En los meses que siguieron a la invasión de Rusia (el verano y otoño de 1941), Hitler se deleitaba invocando ante sus invitados los grandiosos proyectos para el este. Una red de ciudades y aldeas alemanas, así como vías rápidas de comunicación, cubrirían el antiguo espacio soviético. Los eslavos se quedarían fuera de la civilización, en una especie de reservas, como si dijéramos,

y consumidos por las privaciones desaparecerían paulatinamente a causa de las enfermedades y la miseria (una vez más, la analogía con los indios americanos). Veinte años después, los colonos serían veinte millones. Al cabo de un siglo, la población eslava sería completamente reemplazada por alemanes. En julio de 1942 se adoptó de forma oficial un Plan General para el Este. Preveía la evacuación al este de más de treinta millones de personas: entre el 80 y el 85% de la población polaca; el 64% de la población ucraniana y el 75% de los bielorrusos. Los reemplazarían diez millones de alemanes[46]. ¡Y eso solo era el principio!

Es extraño que Hitler no se percatara de la enorme diferencia de nivel histórico, demográfico, social y tecnológico que había entre las tribus dispersas de los pieles rojas norteamericanos y el imponente Imperio ruso. Subestimó a los rusos en idéntica medida y, contra toda lógica militar, lanzó la ofensiva en 1941 no en una sola dirección decisiva, sino en tres: hacia Leningrado, Moscú y Kiev e incluso, al año siguiente, dividió de nuevo sus fuerzas entre Stalingrado y el Cáucaso. Un apoyo precioso para los alemanes habría sido atraerse a los pueblos dominados por los rusos, en primer término al mayor de ellos, los ucranianos. Llegó a esbozarse esa estrategia, pero no fue muy lejos: ¡Hitler no tenía la menor intención de regalarles a los ucranianos los territorios conquistados!

CAPÍTULO 12
LA SOLUCIÓN FINAL

El terrible trato que se aplicó a los judíos es actualmente el capítulo más invocado en la historia del Tercer Reich. Parece casi increíble hasta dónde se pudo llegar; sin embargo, en el fondo, todo es explicable, no en la lógica normal, desde luego, sino acudiendo a la lógica perversa del nazismo (y a la de Hitler en particular). En realidad, el problema judío se integra para los nazis en una filosofía más amplia de la raza. Siguiendo las huellas de Gobineau y Chamberlain, Hitler consideraba que los únicos creadores auténticos de civilización en todo el mundo eran los arios. Los judíos eran el polo opuesto: carecían de espíritu creador, eran egoístas, unos parásitos y subversivos. La sangre aria solamente predominó en los pueblos germánicos. En otras partes, la mezcla racial disolvió a la minoría aria creadora. Nada hay más destructor que el mestizaje. Rusia apareció y se consolidó a lo largo de siglos gracias a las virtudes del elemento germánico que catalizó a una masa eslava de calidad inferior; ese núcleo conductor desapareció y lo sustituyó, en la Rusia bolchevique, el elemento judío disolvente. De este modo, Rusia se acercaba a su desaparición. Un fenómeno de mestizaje ocurre también en Francia por el aporte de "sangre" negra de las

colonias; se vislumbraba un inmenso territorio, desde el Rin hasta el Congo, poblado por una raza mulata: ¡tremenda degradación! Para Alemania, no había más elección que cultivar la pureza racial. Una estrategia de múltiples facetas. Era menester eliminar a quienes tenían taras biológicas: discapacitados, homosexuales, etc. Había que eliminar a los gitanos. Pero, sobre todo, a los judíos. Por los motivos mitológicos citados, pero también por el motivo más concreto —que invalidaba de hecho su hipotético parasitismo y falta de creatividad— de su presencia con un peso significativo en sectores clave de la sociedad y cultura alemanas. El ascenso de los judíos al mismísimo núcleo de la sociedad —prueba de que antes de 1933 Alemania no había sido tan antisemita— los señalaba a ellos como el "chivo expiatorio" ideal por todos los fracasos registrados desde el fin de la Primera Guerra Mundial hasta la llegada de Hitler al poder. Todo cuanto ocurrió con los judíos fue fraguado por un grupo restringido de personas, ejecutado de igual forma por una minoría y, por desgracia, aceptado tácitamente por una mayoría de alemanes que no lo supieron, o tan solo en parte, y eso porque no quisieron saberlo, porque así los condicionó la filosofía del totalitarismo. El mismo tipo de actitud se encuentra en los países comunistas en relación con los crímenes del comunismo.

Hay que admitir que, en una primera etapa, el nazismo de Hitler fue menos exterminador que el comunismo de Lenin y Stalin. Este último goza de una incontestable prioridad en el capítulo de los crímenes en masa, aunque no es convincente la tesis de que el nazismo se inspiró en su ejemplo[47]; el nazismo fue

propulsado por la propia concepción y el propio impulso en una sociedad de tipo occidental donde, mal que bien, se conservaba algo de una tradición de legalidad que nunca existió en Rusia. Lo cierto es que, antes de la guerra, la táctica del nazismo fue hacerles la vida imposible a los judíos para obligarlos a abandonar el país. Los expulsaron de las universidades, de los colegios, de los cargos públicos y, de forma paulatina, de casi todos los sectores de actividad; las leyes de Núremberg los despojaron de la nacionalidad alemana (1935); tampoco faltaron episodios violentos que culminaron en la "noche de los cristales rotos" (9 y 10 de noviembre de 1938), con incendios de sinagogas, destrucción de tiendas y judíos asesinados y maltratados. Hasta el 1 de septiembre de 1939, unos cuatrocientos mil judíos abandonaron Alemania, lo que equivalía a la mayoría de la población judía.

Con la invasión de Polonia y la anexión de su mitad occidental en septiembre de 1939, casi dos millones de judíos polacos entraron en las fronteras del Tercer Reich. Ahora surgía un problema mucho más difícil de resolver que antes, cuando se presionaba a los judíos alemanes para que se marcharan del país. Se idearon planes ilusorios, como desplazarlos al este (¡pero antes había que conquistar Rusia!) o más lejos, a Madagascar, que formaba parte del Imperio colonial de la Francia derrotada. En espera de una solución, los amontonaron en guetos en condiciones inimaginables de miseria donde muchos encontraron su fin.

La etapa última aparece estrechamente relacionada con la

guerra contra la Unión Soviética que empezó en junio de 1941. Los "judío-bolcheviques" eran los primeros a los que había que eliminar del territorio ocupado; hubo matanzas en cadena. A fines de dicho año, la derrota ante Moscú dio al traste con la ilusión del *Blitzkrieg*; la victoria se alejaba, la guerra se prolongaría y no podía pasarse por alto la posibilidad de un final desfavorable para Alemania. En esas condiciones, las de una guerra generalizada y de larga duración, ya no había ni dónde ni cuándo evacuar a los judíos. Tras la ocupación de la Polonia oriental, de Ucrania y de la Rusia occidental, el número de judíos en los territorios controlados por los alemanes se había elevado a unos cinco millones. El proyecto nazi de librarse de ellos se asociaba ahora a otro más amplio de "limpieza étnica" de un territorio que se extendía hacia el este; tras los judíos venían los eslavos, los polacos y los rusos (a los que ya se había sometido a un principio de genocidio). Desde el punto de vista nazi, había que añadir también otras razones. Hitler había advertido a los judíos que lo pagarían caro si los Estados Unidos entraban en la guerra y, ya metidos en el conflicto, se propuso cumplir su palabra. Al alargarse la guerra, morían en los frentes cada vez más alemanes. Y también más civiles en las ciudades alemanas a consecuencia de los bombardeos anglo-norteamericanos. Para el régimen nazi habría sido inconcebible que los alemanes pagasen un tributo de sangre mayor que los judíos. Y la hipótesis de una posible derrota no hacía más que poner de relieve la urgencia de su eliminación: que al menos quedara eso de la obra de Hitler, no podía permitirse que sobrevivieran al Reich. Argumentos su-

ficientes para motivar el paso —decidido entre finales del año 1941 y principios de 1942— a una nueva fase de exterminio sistemático[48].

Los dos proyectos de exterminio, el nazi y el comunista, obedecen a causas similares a pesar de las diferencias. Los comunistas se proponían eliminar al enemigo de clase y los nazis al de raza. Los crímenes nazis se practicaron de forma metódica, con una organización de tipo industrial, lo que les da un aire más siniestro, aunque, en lo que al número total de víctimas se refiere, el comunismo se coloca con diferencia el primero (pues cierto es que dispuso de mucho más tiempo y espacio que el experimento nazi). Lo que aproxima a ambos sistemas es el imaginario de la salida de la historia y de la inauguración de una era poshistórica de armonía y perfección, en un sentido universalista por parte de los comunistas y en uno racial y étnico en los nazis. Construcciones de tipo milenarista, variantes secularizadas de los antiguos escenarios milenaristas de factura religiosa que tenían como meta cambiar al mundo de base; no es casual en absoluto que los acontecimientos tomaran el mismo sesgo en Rusia y en Alemania, dos sociedades que, por otro lado, son muy diferentes, pero donde, en igual medida, bullían contradicciones y resentimientos. La perfección del mañana pasa por la violencia de hoy. Es menester purificar el cuerpo social (o racial). Entre los verdugos hay también monstruos sádicos que gozan torturando y matando. Pero la mayoría son funcionarios corrientes del orden nuevo (caso típico es el de Eichmann). No matan por placer, sino por obligación. Tienen una misión his-

tórica que cumplir. Hay que pasar página lo antes posible para instaurar la armonía definitiva.

La catástrofe en que los nazis sumieron al mundo relegó a un segundo plano apenas perceptible los sufrimientos que, no en pequeña medida, sufrieron los propios alemanes. Porque la culpabilidad alemana tapó casi por completo la parte de culpa de los otros. “El reequilibrio” se produce lentamente, con prudencia y bastante hipocresía. Entre otras cosas, se expresa el temor de que poner en evidencia los crímenes cometidos por otros o mostrar compasión por las víctimas del lado alemán tendría como objetivo o como resultado la relativización de los crímenes del nazismo y los colocaría en el mismo plano que las numerosas fechorías cometidas a lo largo de la historia. El historiador no puede aceptar caer prisionero de semejante dialéctica. Ha llegado el momento en que en la Europa de hoy se sopesen las responsabilidades históricas con más serenidad y objetividad.

Sería miserable poner en tela de juicio la legitimidad de la sentencia de Núremberg[49]. Aquellos hombres que ensangrentaron Europa y que a sangre fría enviaron a la muerte a millones de sus semejantes merecían pagar, y no una sola vez, con su propia vida. El hecho de que la sentencia esté justificada no significa que todo fuera perfecto en el tribunal de Núremberg. La

solución menos discutible habría sido presentarlo como un tribunal internacional de verdad; pues bien, fue un tribunal de las potencias vencedoras y, más concretamente, de las grandes del campo vencedor (Estados Unidos, Unión Soviética, Gran Bretaña y Francia). Países neutrales hubo muy pocos, desde luego, pero, en una fórmula más equitativa, habría sido conveniente apelar a jueces neutrales e incluso a jueces alemanes. Digámoslo una vez más: no es cuestionable el resultado, pero el método quizá lo sea. Como el hecho de que el tribunal formulara por sí mismo las propias normas jurídicas, cuando una archiconocida máxima forense establece que uno solamente puede ser juzgado en base a leyes que estuvieran vigentes en el momento de la comisión del delito. De los cuatro cargos: conspiración, agresión a la paz, crímenes de guerra y crímenes contra la humanidad, los dos primeros no parecían muy convincentes; según ciertos autores, su ausencia habría favorecido la acusación, pues se habría concentrado en los otros dos, difíciles de rebatir ("conspiración" era un concepto que resultaba familiar solo a los juristas anglosajones y bastante impreciso para los otros, mientras que la "agresión a la paz" simplificaba demasiado, en perjuicio de Alemania, la problemática histórica de los orígenes de la Segunda Guerra Mundial; era una cuestión más propia para que los historiadores se devanaran los sesos que para debatirse en un tribunal)[50]. La presencia de los soviéticos en el tribunal de Núremberg estuvo justificada y, al propio tiempo, fue un desafío; habrían podido estar tanto entre los acusados como entre los acusadores. Por un lado, habían soportado los mayores sacrificios,

tanto militares como civiles, en la guerra contra Hitler y, por otro, representaban a un régimen no menos criminal que el nazi; eso por no hablar de que la guerra estalló en 1939 como consecuencia de una alianza de facto entre Hitler y Stalin. Entre otras cosas, tuvieron la desvergüenza de echarles la culpa a los alemanes de haber asesinado en Katyn a millares de oficiales polacos y se sabe y se sabía entonces que la matanza había sido ordenada por Stalin. Los soviéticos pidieron para todos los enjuiciados la pena de muerte (¡esa solución en ellos era un acto reflejo!) y mostraron su descontento cuando algunos de los acusados, por decisión mayoritaria de los otros jueces, fueron condenados solo a penas de cárcel e incluso algunos resultaron absueltos (los más clementes fueron los jueces franceses, aunque, de todos los países occidentales, Francia fue el que más sufrió con el nazismo). Ni que decir tiene que los crímenes de guerra de los aliados no los juzgó nadie. Los rusos cometieron numerosos actos de barbarie en los territorios que habían ocupado, especialmente en Alemania. Pero también los anglo-norteamericanos tenían una mancha en su conciencia: los bombardeos aéreos dirigidos en su mayor parte contra la población civil. Los alemanes habían dado el tono en Varsovia, Rotterdam, Londres y Coventry. Pero los ingleses y estadounidenses intensificaron mucho esa estrategia de romper la moral aterrorizando a la población civil. Por consiguiente, de eso en Núremberg ni se habló: ¡fue el único delito que los alemanes cometieron, pero del que no fueron acusados!

Ya que no tuvieron incriminación jurídica, los bombardeos

anglo-norteamericanos deberían someterse a un drástico juicio moral e histórico. En Dresde, los días 13 y 14 de febrero de 1945, perecieron bajo las bombas unas cuarenta mil personas. La comparación que se sugirió con Auschwitz es inadecuada. Es innegable que Auschwitz fue un crimen de proporciones mucho mayores y mucho más sórdido, tanto por los medios empleados como por el fin que se perseguía de aniquilación de una comunidad entera. Pero que Auschwitz fuera un crimen mayor no significa que Dresde no fuera otro crimen. Pocas ciudades alemanas se libraron de ese calvario. Por supuesto, en el punto de mira estuvieron los objetivos militares e industriales, pero, en considerable medida, también la población civil (es lo que ocurrió a menor escala en Rumania, en especial en el bombardeo de Bucarest el 4 de abril de 1944, que se saldó con tres mil muertos). El número de víctimas civiles en Alemania (en su mayor parte, mujeres y niños) se estima, con bastante aproximación, en torno al medio millón de personas. El historiador Jörg Friedrich causó sensación cuando publicó en el año 2002 un libro minuciosamente documentado sobre el "incendio" que consumió a ciudades y personas[51]. Decía que se sabía muy bien, pero durante décadas solo se mencionó un discreto registro, por miedo con toda seguridad a no "relativizar" los crímenes nazis sacando a colación otros crímenes "concurrentes".

Evidentemente, para el régimen soviético las personas no contaban: no solo los alemanes, sino tampoco los rusos. Stalin forzó la toma de Berlín al precio de tener unas pérdidas en sus filas superiores a las alemanas (la relación de pérdidas humanas

fue durante todo el curso de la guerra muy desfavorable a los soviéticos). En tales condiciones, ¿qué respeto podía tener por los alemanes de los territorios que habían caído bajo el control del Ejército Rojo? Manifestó plenamente su deseo de venganza, el deseo de dar una lección a los enemigos que no olvidaran durante generaciones. Intervenía también el pasmo de una sociedad poco evolucionada (al menos, en las capas más bajas) que de repente entraba en un país con una civilización mucho más avanzada. Fue proverbial la atracción irresistible de los rusos por los relojes de pulsera, primeros objetos que confiscaban. Todo lo que podían arrebatar lo arrebataban. Asesinaron a muchos paisanos sin ninguna razón, salvo la rapiña o la venganza. Y violaron a las mujeres en una proporción sin precedentes: violaciones generalmente colectivas, cometidas bajo la atenta supervisión de los oficiales y que a veces concluían con el asesinato de la víctima. Se ha dado la cifra de 1.400.000 mujeres violadas, la mayoría en repetidas ocasiones. Más allá de la mera satisfacción de los instintos, era un ritual destinado a rematar la humillación de los vencidos. Un gran número de alemanes, los militares hechos prisioneros, por descontado, pero también paisanos, fueron enviados a los campos de concentración soviéticos, donde buena parte de ellos acabaron sus días y hasta una década más tarde, en 1955, no fueron liberados los supervivientes. Otros, y no solo los nazis, fueron internados en la zona soviética de ocupación, incluso en el antiguo campo nazi de concentración de Buchelwald; y de ellos perecieron decenas de miles. Los alemanes no se habían comportado mejor en la Unión

Soviética, quizá incluso lo hicieran peor. Pero en ese momento estaban sometidos al oprobio del mundo y algunos de ellos conocerían la soga, mientras un himno de alabanza se elevaba hacia el "glorioso ejército soviético libertador".

La parte oriental de Alemania —Silesia, Pomerania y la Prusia Oriental— fue troceada e incorporada a Polonia y un pequeño territorio a la Unión Soviética, con la ciudad de Königsberg (patria de Kant) convertida en Kaliningrado (por el nombre menos honorable de un líder bolchevique, uno de los pocos a los que perdonó Stalin). De esos lugares, así como de la franja de los Sudetes en Checoslovaquia, fueron expulsados todos los habitantes de etnia alemana. Aunque era su tierra desde hacía muchos siglos. El argumento de que, antes que los alemanes, los pobladores habían sido eslavos es absurdo: significaría rehacer todo el mapa del continente tomando posiblemente como referencia el año 1000 (o, en la variante mussoliniana, ¡el Imperio romano!). En total fueron evacuados —teniendo en cuenta también a los que habían huido por miedo al Ejército Rojo— unos once millones de alemanes. La iniciativa correspondió a los soviéticos, pero los aliados occidentales tampoco se opusieron. Fue la mayor limpieza étnica que ha conocido Europa. Una vez más puede argüirse, y con todo fundamento, que los alemanes se comportaron aún peor. Pero eso no hace que las cosas sean más equitativas. Es un tema que se sigue tratando con bastante discreción. En su detallada historia del Tercer Reich, Richard J. Evans apenas le dedica unas líneas, sin arriesgarse a hacer ningún comentario. El tema es delicado, por supuesto,

porque las regiones respectivas pertenecen ahora a Polonia, a la República Checa e incluso a Rusia y su componente étnico llegó a ser otro completamente distinto; la propia Alemania renunció sin equívocos a toda pretensión de rectificar las fronteras. Entiéndase que las cosas deben permanecer así, pero eso no significa que estas fueran de forma diferente a como fueron.

Añadamos que, en la parte alemana ocupada por los occidentales, estos se comportaron por regla general de manera correcta. Únicamente los franceses, representados por De Gaulle, que aspiraba a recuperar el rango de gran potencia para su país, manifestaron sus intenciones, de nuevo y por última vez, de anexionarse Renania. Tampoco en esa ocasión lo lograron; al menos, si lo hubiesen hecho, no habrían procedido como los rusos, checos y polacos expulsando a los habitantes; se habrían esforzado en convencerlos de que se convirtieran en franceses.

CAPÍTULO 14
NO SOLO LOS ALEMANES…

El 8 de mayo de 1945, el mismo día que concluyó la guerra en Europa, estalló una revuelta en Argelia que produjo víctimas entre los colonos europeos. Siguió una represión implacable ordenada por el general De Gaulle: 1.500 muertos, según las cifras oficiales francesas, 45.000 según las autoridades argelinas, mientras que los historiadores la estiman entre 6.000 y 15.000. Los franceses no trataban mejor a los argelinos de lo que los habían tratado los alemanes a ellos. Y no fue un desgraciado suceso aislado. También entonces, los disturbios acaecidos en Siria (país formalmente independiente, pero controlado militarmente por Francia) se reprimieron del mismo modo y se saldaron con más de mil muertos. En relación con “los otros”, los europeos seguían permitiéndose lo que se había considerado vituperable en el interior de Europa.

Los norteamericanos, implicados al otro lado del océano contra un régimen racista, cultivaban imperturbables en su casa sus propios prejuicios raciales. Se practicaba la discriminación en el ejército enviado contra Hitler y en el cual los militares de color detentaban estrictamente grados subalternos. En el territorio estadounidense, la discriminación *legal* de los negros en la

mitad meridional del país se prolongó durante dos décadas.

Las autoridades norteamericanas hicieron una distinción entre los alemanes blancos (incluso más que blancos, "nórdicos") y los japoneses "amarillos". Cuando Estados Unidos entró en la guerra, sus ciudadanos de origen japonés (algunos de ellos, perfectamente integrados) fueron internados en campos de concentración, lo que no aconteció con los de origen alemán (mucho más numerosos, es cierto). La guerra contra Japón fue más cruel por ambas partes, ya que los japoneses no eran menos racistas que los norteamericanos; evidentemente, se manifestó mucho más odio en el teatro de operaciones del Pacífico. El bombardeo de las ciudades japonesas fue de una violencia que superó a la de los bombardeos de Europa. ¿Habrían recurrido los norteamericanos al arma atómica contra Alemania? No es nada seguro. Pero lo hicieron sin el menor remordimiento de conciencia, tratándose de los japoneses. Ya hemos dicho que resultaría miserable comparar a Auschwitz con Dresde. ¿Y con Hiroshima o Nagasaki? Naturalmente, hay justificaciones estratégicas e incluso "humanitarias": acortar la guerra, salvar vidas de soldados norteamericanos… Nos queda a cada uno el derecho a dictar un juicio moral. Indudablemente, los criminales de guerra japoneses fueron juzgados y condenados, como los nazis.

Hay una medida en todo. No pueden ponerse en un mismo plano los desaciertos colonialistas o racistas de los franceses o norteamericanos y el racismo cínico de los nazis. Sin embargo, todas estas manifestaciones tienen un parecido, aunque su intensidad no sea la misma. Ocurren en un mundo en el que la

jerarquización de las razas o de las distintas comunidades parece algo que se da por descontado, con todas las consecuencias que se derivan de esa perspectiva discriminatoria.

Lo que ocurrió en Alemania fue una tragedia en el sentido propio de la palabra: una concatenación de acontecimientos que condujeron de forma inexorable a un desenlace desastroso.

En el momento de ponerse en marcha el mecanismo fatal, nada presagiaba lo que iba a suceder. Contrariamente al juicio demasiado sumario de algunos historiadores, Alemania no estaba "programada" para una cosa así. Quizá fuera más frágil que otros países occidentales, a pesar de sus apariencias de fuerza y solidez. Había experimentado un crecimiento demasiado rápido durante medio siglo y ello generó desequilibrios de todo tipo, tanto en estructuras como en mentalidades. Ninguna nación aunaba, en un contraste de semejante amplitud, un fuerte complejo de superioridad con una confusa gama de zozobras y frustraciones.

Una vez Alemania optó en 1914 por la guerra, todo discurrió por la dirección más desfavorable casi de manera automática. Incluso las decisiones que podían parecer más desacertadas se inscribieron entre 1914 y 1918 en una serie lógica: era difícil proceder de otra forma. Al igual que era difícil no deslizarse desde la Primera Guerra Mundial a la Segunda, habida cuenta

de las tensiones que resultaron de las decisiones de Versalles y de la reestructuración de Europa. La gran crisis económica intervino a su vez con consecuencias más dramáticas en Alemania que en otros países, justo porque castigaba a una sociedad traumatizada: en cierto modo, fue el último golpe. Una última oportunidad podría haber sido no entregarle el poder a Hitler en enero de 1933, aunque era muy difícil contener la presión nazi. En verdad, si entonces no hubiese alcanzado su objetivo, sus posibilidades habrían quedado sensiblemente mermadas. Fue la última perfidia del destino: otra elección desastrosa.

Para que se cumpliese la tragedia tenía que existir un Hitler. Nadie puede decir qué curso habría seguido la historia sin él, pero es de suponer que no habría sido el mismo. Por mucho que deseáramos abordar el pasado en términos estrictamente estructurales, renunciando a héroes y acontecimientos, lo cierto es que sin Hitler es casi imposible imaginar el Tercer Reich y la Segunda Guerra Mundial. De todos los personajes políticos, es probablemente el que ha tenido un mayor impacto en la historia. También sin él habría existido el movimiento nazi, pero es muy dudoso que los nazis hubieran llegado al poder; incluso con él al frente, lo consiguieron por los pelos. Y si hubieran accedido al poder, ¿qué otro líder habría reunido un loco empeño de llevar a cabo unas ideas desatinadas y una fuerza de convicción dotada de un extraño carisma? Podemos suponer que, a falta de Hitler, la cadena fatal se habría roto y que la historia habría dado a Alemania la posibilidad de transitar por un camino distinto al que conocemos.

Desde luego, existe todo un contexto alemán donde pueden identificarse una variedad de rasgos y tendencias que tuvieron su parte alícuota en la evolución que tuvo lugar, pero que es difícil de valorar, tanto más porque algunos son comunes a toda la civilización occidental. En lo relativo a los rasgos específicamente alemanes, también estos pueden combinarse de muchos modos y maneras en una diversidad de escenarios. Por regla general, se invoca la tradición aristocrática y militar con los valores y tentaciones que le son propios: autoritarismo, nacionalismo, expansionismo, etc. Pero en vísperas de la Primera Guerra Mundial, el movimiento socialista no era menos característico para la sociedad alemana a la cual proponía valores completamente opuestos a los antes mencionados. También la integración, conseguida en su conjunto, de los judíos en el cuerpo de la nación quizá fuera un rasgo más específicamente alemán que el fenómeno del antisemitismo. Tal y como se presentaba la sociedad alemana en 1914, nada hacía presumir que llegaría al nazismo, a una guerra devastadora y al exterminio del pueblo judío. No obstante, los historiadores tienen la ventaja de saber cómo sucedieron las cosas, de modo que tienen a su alcance adecuar las interpretaciones para acoplarlas mejor a una lógica historiográfica que no coincide necesariamente con la lógica efectiva de la historia. Se pueden formular muchas hipótesis y se pueden proponer muchas explicaciones. Sin embargo, la única certeza en la problemática que hemos abordado es el hilo secuencial que une el atentado de Sarajevo de 1914 con el hundimiento del Reich en 1945. Contemplada desde esa perspectiva,

la tragedia de Alemania no parece encontrarse tanto bajo el signo de varias deficiencias estructurales como de una perversa combinación de acontecimientos inesperados y de decisiones que tuvieron unas consecuencias insospechadas.

NOTAS

1. Alan J. P. Taylor, *The Course of German History*, Londres, 1945. William L. Shearer, *The Rise and Fall of the Third Reich*, Hamish Hamilton, Nueva York, 1960. [N. del T.: todas las notas al pie son del autor, salvo indicación en contra].

2. Gerhard Ritter, *Das deutsche Problem*, R. Oldenbourg Verlag, Múnich, 1962. *Staatskunst und Kriegshandwerk. Das Problem des "Militarismus" in Deutschland*, 4 vol., R. Oldenbourg Wissenschaftsverlag, Múnich, 1954-1968.

3. Fritz Fischer, *Griff nach der Weltmacht*, Droste Verlag, Düsseldorf, 1961. Edición en inglés: *Germany's Aims in the Fist World War*, W. W. Norton & Company, Nueva York, 1967.

4. Heinrich A. Winkler, *Der lange Wer nach Westen*, 2 vol., C. H. Beck, Múnich, 2000. La cita sigue la edición francesa, *Histoire de l'Allemagne, XIX-XX siècle. Le long chemin vers l'Occident*, Fayard, París, 2005, p. 669.

5. Heinrich A. Winkler, *Histoire de l'Allemagne, XIX-XX siècle*, *op. cit.*

6. Richard J. Evans, *The Third Reich*, 3 vol., Penguin, Londres, 2003-2008. Edición francesa: *Le Troisième Reich*, 3 vol., Flammarion, París, 2009 [*Trilogía sobre el Tercer Reich*, 3 vol., Ediciones Península, Barcelona, 2005-2011].

7. En lo tocante a la nación y, seguidamente, a la democracia y a otros aspectos históricos, me remito a mis obras: *Două secole de mitologie națională* [Dos siglos de mitología nacional], Humanitas, Bucarest, 2005; *Mitul democrației* [*El mito de la democracia*], 2ª edición, Humanitas, Bucarest, 2007; *Occidentul. O interpretare istorica* [Occidente. Una interpretación histórica], Humanitas, Bucarest, 2007.

8. Se trata de un verso del poeta nacional rumano Mihai Eminescu con el que encabeza su poema *Doina*, escrito en 1883 [N. del T.].

9. Angus Maddison, *The World Economy*, vol. 2, *Historical Statistics*, OECD, París, 2006, p. 641.

10. *Verlagsbuchhandel*, en *Brockhaus' Konversations-Lexicon*, vol. 16, Brockhaus Verlag, Leipzig, 1903, p. 270.

11. Jacques Marseille, "Les colonies, une bonne affaire", *L'Histoire*, julio, 1984, pp. 122-126.

12. Estadísticas detalladas y comentarios sobre las corrientes migratorias del siglo XIX, pueden consultarse en la obra de René Gonnard, *L'Emigration européenne au XIX siècle. Angleterre, Allemagne, Italie, Autriche, Hongrie, Russie*, París, 1906.

13. Sobre antropología y eugenesia, véase: Paul Weindling, *Health, Race and German Politics between National Unification and Nazism, 1870-1947*, Cambridge University Press, Nueva York, 1989; edición francesa parcial: *L'Hygiène de la race. Hygiène raciale et eugénisme medical en Allemagne, 1870-1933*, La Découverte, París, 1998, acompañado de un extenso prólogo de Benoît Massin, en realidad un estudio autónomo (pp. 5-68). Este mismo es autor del estudio *Anthropologie raciale et national-socialisme: heurs et malheurs du paradigme de la* "*race*", en *La science sous le Troisième Reich*, París, 1993, pp. 197-262.

14. Hans F. K. Günther, *Kleine Rassenkunde des Deutschen Volkes*, Múnich, 1935 (primera edición de 1929), pp. 91-92.

15. *The Bell Curve Debate. History, Documents, Opinions,* editado por Russell Jacoby y Naomi Glauberman, Times Books, Nueva York, 1995, p. 491.

16. Richard J. Evans, *Le Troisième Reich*, vol. 1 *(L'avènement)*, *op. cit.,* p. 63.

17. Heinrich A. Winkler, *Histoire de l'Allemagne, XIX-XX siècle*, *op. cit.,* principalmente, pp. 203, 205, 241-242 y 993.

18. B. Brănişteanu, *Jurnal* [Diario], vol. 1, Editura Hasefer, Bucarest, 2003, p. 200.

19. Las informaciones que siguen están tomadas del artículo de Jeremy Noakes "The Development of Nazi Policy towards the German-Jewish Mischlinge, 1935-1945", Leo Baeck Institute Yearbook, vol. 34, 1989, pp. 291-354.

20. Heinrich A. Winkler, *Histoire de l'Allemagne, XIX-XX siècle*, *op. cit.*, p. 223.

21. Jean-Jacques Becker, *La Grande Guerre*, PUF, París, 2004, pp. 20, 21 y 23 [*La Gran Guerra: la Primera Guerra Mundial*, Davinci Continental, Barcelona, 2007].

22. Rémy Porte, "Responsabilité de la guerre", *Dictionnaire de la Grande Guerre 1914-1918*, bajo la dirección François Cochet y Rémy Porte, Robert Laffont, París, 2008, p. 890.

23. François Cochet, "Causes de la guerre", íbidem, p. 213.

24. Christian Baechler, *Guillaume II d'Allemagne*, Fayard, París, 2003, pp. 381 y 383.

25. Henry Kissinger, Diplomația [Diplomacia], Editura All, Bucarest, 1998, p. 180.

26. Puntos de vista de A. J. P. Taylor recogidos por Norman Davies en *Europe. A History*, Oxford University Press, Londres, 1997, pp. 895-896.

27. Para una interpretación equilibrada sobre "los objetivos de la guerra", véase Jean-Jacques Becker y Gerd Krumeich, *La Grande Guerre. Une histoire franco-allemande*, Tallandier, París, 2008, pp. 239-242.

28. Ibídem, p. 22.

29. Ibídem, p. 17.

30. Christian Baechler, *Guillaume II d'Allemagne*, *op. cit.*, p. 386.

31. Jean-Jacques Becker, *La Grande Guerre*, *op. cit.*, p. 23.

32. Jean-Jacques Becker y Gerd Krumeich, *La légende du coup de poignard dans le dos*, *Mémoires allemandes*, dirigidas por Etienne François y Hagenb Schulze (selección y traducción de la edición alemana, 2001), París, 2007, pp. 508-525.

33. Ibídem, p. 171.

34. Un análisis de esta controvertida interpretación se halla en Gerd Krumeich, *La légende du coup de poignard dans le dos. Mémoires allemandes*, *op. cit.*, pp. 508-527.

35. Del discurso del presidente Sarkozy pronunciado el 11 de noviembre de 2009 (reproducido en *Le Monde*, 13/11/09): "Esta paz no supimos hacerla en 1918, no solo porque los vencedores demostraron falta de generosidad, sino también porque se negaron a ver el destino trágico que los ligaba a los vencidos y que el indecible horror de la guerra acababa de poner en evidencia".

36. Punto de vista sostenido por André Tardieu, colaborador cercano de Clemenceau, que abordó en su libro *La Paix*, Payot, París, 1921, p. 185.

37. La mayoría de informaciones referidas a la República de Weimar están tomadas del libro de Christian Baechler, *L'Allemagne de Weimar, 1919-1933,* Fayard, París, 2007.

38. A. J. P. Taylor, *The Origins of the Second World War*, Hamish Hamilton, Londres, 1961.

39. Un excelente análisis de la actuación de Stresemann se encuentra en Henry Kissinger, *Diplomacia*, cap. XI, "Stresemann y el resurgimiento de los vencidos", *op. cit.*

40. Richard J. Evans, *Le Troisième Reich*, *op. cit.*, vol. I, p. 528. Algunos de los datos que siguen proceden de esa obra.

41. Porcentajes obtenidos de las estadísticas realizadas por Angus Maddison, *The World Economy*, *op. cit.*, pp. 428-429.

42. Un enfoque original en el sentido de la analogía con los Estados Unidos puede verse en Philip Eidelberg, *German National Socialist Foreign Policy Aspirations (1919-1941)*, en *History B. A. Honours Guide, International Relations, 1890-1945*, ed. P. G. Eidelberg and B. J. Liebenberg, Departamento de Historia, Universidad de África del Sur, 1977, pp. 143-161.

43. Ian Kershaw, biógrafo de Hitler, destaca el especial interés de este por las novelas de Karl May. Apunta que esa pasión infantil se prolongó cuando siendo canciller del Reich "seguía leyendo los relatos de May y se los recomendaba a sus generales, a los que reprochaba falta de imaginación". Ian Kershaw, *Hitler*, vol. I (1889-1936), Penguin Books, Londres, 2001, primera edición, 1998, p. 15 [*Hitler*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2000].

44. Argumentos que anticipaba en *Mein Kampf.* Véase Adolf Hitler, *Mi lucha*, vol. II, cap. XIV, *Orientación política hacia el Este*.

45. En relación con los orígenes del expansionismo nazi, en la doble versión *Weltpolitik* (política mundial) y *Lebensraum* (espacio vital), véase la obra de Woodruff D. Smith, *The Ideological Origins of Nazi Imperialism*, Oxford University Press, Oxford, 1986.

46. Para los detalles, véase Richard J. Evans, *Le Troisième Reich*, *op. cit.*, vol. III, segunda parte, capítulo 7, parágrafo II.

47. Punto de vista que sostiene Ernst Nolte en un libro controvertido: *La guerra civil europea, 1917-1945. Nacionalsocialismo y bolchevismo* [Título original: *Der Europäische Bürgerkrieg, 1917-1945. Nationalsozialismus und Bolschewismus*, Herbig Verlag, Frankfurt del Meno, 1987].

48. Una periodización de la "solución final" se encuentra en Florent Brayard, *La "solution final de la question juive". La technique, le temps et les catégories de la décision*, Fayard, París, 2004.

49. Para una exposición detallada y equilibrada del proceso: Joe J. Heydecker y Johannes Leeb, *Der Nürnberger Process,* Kiepenheuer & Witsch, 1958 y 1979 [*El Proceso de Nuremberg*, Bruguera, Barcelona, 1972].

50. Sobre los equívocos político-jurídicos del proceso de Núremberg, véase un interesante comentario en el artículo de Michael Biddiss, "Nuremberg trials", en *The Oxford Guide to World War II*, Oxford University Press, Oxford, 1995, pp. 643-649.

51. Jörg Friedrich, *Der Brand. Deutschland im Bombenkrieg 1940-1945*, Propyläen, Múnich, 2002.

Lucian Boia

LA TRAGEDIA ALEMANA 1914-1945



ÍNDICE